

JUAN A. MATEOS



La historia política del siglo diez y nueve es uno de los tiempos mayúsculos en el transcurrir de México; es el foro donde surge la nación en el campo armado, donde las ideologías se enfrentan; y es, asimismo, el nacimiento de una literatura y un periodismo que van sembrando conceptos que permiten la aparición de una conciencia nacional en un itinerario manchado de dramatismo.

La prensa periódica ocupó un lugar nunca más igualado y sus periodistas fueron guerreros y pensadores, arquitectos de ideologías y forjadores de instituciones; aquella capacidad no tuvo límites, y muchos de ellos fueron tribunos distinguidos en la Cámara de Diputados: en este panorama la figura de Juan A. Mateos, originario del Distrito Federal, transcurrió con habilidad, patriotismo y un indiscutible talento.

Su obra de escritor, periodista y legislador es amplia, como la de muchos de sus contemporáneos; y para que su memoria no pase inadvertida, se ha hecho una selección para rescatar algunos trabajos que explican su inquietud y que en los días actuales nos pone frente al ejercicio de un mexicano distinguido.

Lectulandia

Juan Antonio Mateos

Juan A. Mateos

Periodista liberal

ePub r1.0

Titivillus 14.06.16

Título original: *Juan A. Mateos*
Juan Antonio Mateos, 1983
Estudio y selección: Dr. José Barragán

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Presentación

La historia política del siglo diez y nueve es uno de los tiempos mayúsculos en el transcurrir de México; es el foro donde surge la nación en el campo armado, donde las ideologías se enfrentan; y es, asimismo, el nacimiento de una literatura y un periodismo que van sembrando conceptos que permiten la aparición de una conciencia nacional en un itinerario manchado de dramatismo.

La prensa periódica ocupó un lugar nunca más igualado y sus periodistas fueron guerreros y pensadores, arquitectos de ideologías y forjadores de instituciones; aquella capacidad no tuvo límites, y muchos de ellos fueron tribunos distinguidos en la Cámara de Diputados: en este panorama la figura de Juan A. Mateos, originario del Distrito Federal, transcurrió con habilidad, patriotismo y un indiscutible talento.

Su obra de escritor, periodista y legislador es amplia, como la de muchos de sus contemporáneos; y para que su memoria no pase inadvertida, se ha hecho una selección para rescatar algunos trabajos que explican su inquietud y que en los días actuales nos pone frente al ejercicio de un mexicano distinguido.

DEPARTAMENTO DEL DISTRITO FEDERAL

Proemio

La presencia de Juan Antonio Mateos en la historia del periodismo liberal mexicano del siglo diez y nueve, ocupa un lugar preponderante e imperecedero.

El solo hecho de mencionarlo como partidario del partido progresista, nos hace ubicarlo dentro del marco epopéyico de la Revolución de Ayutla, que iniciada en marzo de 1854 vino a significar la plasmación del programa enunciado por los pensadores de la Independencia y también por los batalladores políticos en las décadas que corren de 1820 a 1850: Valentín Gómez Farías y el Dr. José María Luis Mora, entre los más destacados.

El presente trabajo encuentra su origen en el deseo de ofrecer al periodista Mateos un homenaje, un reconocimiento a su labor como escritor público, y tanto más cuanto que el 29 de diciembre de 1983 se cumple el 70 aniversario de su deceso; ello propicia que el Departamento del Distrito Federal siguiendo su línea editorial puesta en marcha hace diez meses, sea quien se ocupe en esta ocasión de un verdadero personaje también trascendente en el desarrollo de nuestras ideas políticas, de un reformista preclaro, de un radical cuya pluma fue constante en las páginas del periodismo, en la estructuración de las instituciones nacionales; escribir sobre el hombre significa conocer su obra, sus ideas, el desarrollo de su talento, pero también, significa conocer en detalle las situaciones de una época, la que enmarca su existir; su periodismo señala las controversias políticas, la perspectiva del escritor sobre la transformación del país y los vicios, que a su criterio, tenía la administración pública; nuestro pasado, otorga el criterio necesario para valorizar el presente y vislumbrar el futuro.

Ahora bien, objetivamente no resulta sencillo escribir la biografía de un personaje como fue Juan A. Mateos; liberal del siglo diez y nueve y que, como la mayoría de ellos, por las circunstancias de entonces ejercieron la pluma en el periodismo, la inspiración en la literatura y el verbo en el parlamento.

Trilogía que desembarca en la unidad: por la experiencia y el ideal progresista fueron periodistas; por periodistas fueron escritores literarios, políticos y de costumbres; como diaristas y escritores fueron políticos y, como políticos fueron articulistas y escritores. Voceros de las necesidades ciudadanas; analistas de la historia; polemistas por antonomasia, tales fueron las características de aquellos hombres, y ellas fueron las armas en la vida nacional que ejercitó Mateos.

En consecuencia, me he propuesto exponer en los límites naturales de un ensayo biográfico, las tres faces de la vida de Mateos que, finalmente, constituyen el todo de su personalidad: primeramente, el periodista; enseguida el escritor y, finalmente, el parlamentario.

Tres secuencias a través de las cuales podemos delinear con más segura precisión la personalidad de tan eminente individuo del glorioso siglo diez y nueve mexicano.

El Periodista

La ciudad de México fue la cuna de Juan A. Mateos cuyo primer latido se produjo el 24 de junio de 1831 en los brazos de sus padres Remigio Mateos y Matilde Lozano.

Inició sus estudios en la escuela del profesor José María Rico y los continuó en el Colegio de San Gregorio, viéndose interrumpidos por las pasiones políticas, por los rencores de los reaccionarios hacia los liberales, y su padre, hallándose en las filas de los últimos, no pudo escapar a sus represalias; liberal ancestral desde entonces conoció las pasiones de la lucha ideológica que se planteaba en el concierto nacional y a la que Mateos entraría poco después, ungido de una pasión cívica.

Por efectos de la invasión norteamericana, se trasladó a la ciudad de Toluca para continuar sus estudios en el famoso y prestigiado Instituto Científico y Literario del Estado de México, donde trabó conocimiento con alumnos destacados que posteriormente constituyeron una generación valiosa en la vida pública del país; en aquella institución recibió cátedra del insigne republicano Ignacio Ramírez, no siendo raro por tanto que le hubiese heredado conceptos radicales que en años próximos fueron escritos o pronunciados en el Congreso de la Unión; lecciones bien aprendidas que en la situación obligada fueron aplicadas.^[1]

Fue uno de los alumnos que más destacaron durante los estudios que realizó en el centro educativo de la ciudad de Toluca en compañía de su hermano Manuel, éste, que fuera inmolado por los esbirros de Leonardo Márquez el 11 de abril de 1859 en Tacubaya, siendo uno de los mártires que conoce la historia. Los documentos del Instituto del Estado de México dan fe del brillante paso por aquellas aulas del joven Mateos, cuyo nombre apareció prominente en la ceremonia solemne de la distribución de premios que se verificó el 1.º de diciembre de 1848 junto con Mariano Arizcorreta, su hermano Manuel y Gumersindo Mendoza como alumnos distinguidos; aquella fecha no fue una más, sino que se distinguió en virtud de que era la primera vez que se efectuaban exámenes públicos; fue también sustentante distinguido del plantel en 1850 junto con los alumnos Joaquín M. Alcalde e Ignacio M. Altamirano, entre otros; igual circunstancia concurrió en su persona en el examen público con obtención de premios en la ceremonia de fin de cursos del 12 de diciembre de 1851 junto con los alumnos Mariano Arizcorreta, Gumersindo Mendoza, su hermano Manuel y Jesús Fuentes Muñiz.^[2]

Posteriormente volvió a la ciudad de México a continuar estudios de Derecho en el Colegio de San Juan de Letrán; en estos años se inició en el periodismo pudiendo tan solo mencionarse su primer artículo en *El Monitor Republicano* de Florencio M. del Castillo Velasco en el año de 1856, órgano también en que se empezaron a publicar algunos de sus poemas que serán objeto de mención en el apartado correspondiente de este ensayo.

Sus biógrafos señalan que en 1856, filiado a los hombres de la Revolución de

Ayutla, fue a combatir el movimiento subversivo de los reaccionarios en la ciudad de Puebla, dejando momentáneamente sus estudios; después del triunfo liberal regresó a la ciudad de México a proseguirlos hasta alcanzar el grado de abogado en el año de 1857.

A los 24 años de edad empezó su carrera de periodista político publicando el artículo titulado «La Reacción» que apareció en el periódico *El Monitor Republicano*, a partir de entonces, estudios y profesión de escritor, demostraron que Juan A. Mateos no solamente era incansable con la pluma, sino también un preocupado constante por los problemas nacionales y un partidario decidido de la Reforma. Hombre de su generación, empezó a entregarse a las pasiones políticas, a las luchas del pensamiento, consciente del momento trascendental que vivía la joven nación, cuya estructuración y nacionalidad exigía el concurso de sus buenos hijos.

Su cálamó fue el servidor fiel del régimen emanado del Plan de Ayutla, presintiendo y valorando que ese movimiento era la llave de un nuevo orden que terminaría el planteamiento del edificio nacional; en términos de esa virtud, atacó a los reaccionarios de Puebla en 1856, censuró y polemizó con los redactores conservadores que en la trinchera de la libertad de imprenta lanzaban tiros a mansalva contra el gobierno liberal; radical en sus frases, fustigó a los conservadores diciéndoles en un artículo que escribió el 8 de mayo: «El Pensamiento no puede salir de México porque está defendiendo los intereses del clero. Las sotanas consagran una capellanía al pago de artículos, y a la opaca luz de las sacristías se confeccionan esos párrafos, escándalo del sentido común»

Esa tónica destaca en los artículos de Mateos: radicales, como era el caso de ser liberal frente a un orden de situaciones públicas que pretendían continuar los postulados del coloniaje español en su aspecto político, económico y social.

Su ejercicio de periodista le señaló un camino: la Reforma; una sola meta: México.

Posteriormente prestó su concurso en la guerra de Reforma, militando bajo las órdenes de hombres de la categoría del general Zaragoza, Berriozábal, González Ortega y Arteaga, habiendo sido de éste último secretario; aquellos días de lucha civil, marcaron la vida de Mateos con el hierro de la tragedia: su hermano Manuel, compañero de estudios, joven tribuno, «... de arrogante figura, de pecho generoso y devasto talento, ya popular por su torrentosa elocuencia, cayó prisionero en Tacubaya y fue pasado por las armas en unión de un grupo de jóvenes patriotas, todos salidos del colegio, poetas, médicos y escritores» el 11 de abril de 1859.

Uno de sus biógrafos nos proporciona líneas interesantes para conocer el desarrollo posterior de la vida de Mateos: «Durante la invasión francesa estableció en la capital algunos periódicos, desafiando audazmente la terrible penalidad del Código Militar aplicado a las leyes de imprenta. Un brillante artículo en defensa de Nicolás Romero le atrajo la cólera del Mariscal Bazaine y juzgado sumariamente en las cortes marciales, se le sepultó en un calabozo de la ex-Acordada. Indultado Mateos y puesto

en libertad, volvió a empuñar la pluma, recibiendo varias advertencias, y al fin de una noche fue asaltado por un enjambre de esbirros y metido en la diligencia, llevado a los calabozos de San Juan de Ulúa y de allí a las mortíferas playas de Yucatán, sin más consuelo que la honrosa compañía de una docena de patriotas, entre los cuales se hallaba el ilustre Ramírez. Vuelto del destierro de 1867, fue a incorporarse en el Ejército de Oriente bajo las órdenes del General Porfirio Díaz que venía sembrando en rápida marcha la savia prodigiosa de sus victorias. Se halló en la batalla de San Lorenzo y en el sitio de México. Triunfante la República, el Presidente D. Benito Juárez lo nombró Secretario de la Suprema Corte de Justicia. Pasó después al Congreso de la Unión donde ha permanecido ocupando un asiento entre los más brillantes oradores parlamentarios».^[3]

Desde 1856 en que aparecieron artículos con su firma en el diario *El Monitor Republicano* también se dieron a luz numerosos poemas; en el transcurso de su ejercicio de periodista se mostró paralela tal actitud y en 1861 no escribió artículos para el periódico, mas sí algunos poemas como el que leyó en los funerales de Miguel Lerdo de Tejada y el que escribió en la conmemoración de la Batalla de Churubusco. En el año de 1862 se publicaron en el *Monitor* su poema dedicado al diplomático peruano Manuel Nicolás Corpancho, el poema al Ejército Mexicano en la jornada del 5 de mayo y el que leyó en el panteón de San Fernando en la inhumación de los restos del General Santos Degollado. Igualmente, su carrera política corrió paralela con actuaciones brillantes en el Congreso de la Unión y como Secretario que fue del Gobierno del Distrito Federal en tiempos del General de brigada Ángel Trías.^[4]

Con antelación se ha hecho referencia escueta de sus actividades de 1863 a 1867, año este último en que el día 17 de septiembre renunció al cargo que se le había confiado por el Distrito de Tlalpan a la Convención Nacional, renuncia que obedeció a razones particulares.^[5]

Destacado autor poético, sus trabajos se publicaron esporádicamente en las páginas del periódico de García Torres, que en el año de 1871 incluyó diversos artículos sobre teatro y temas de actualidad política; pronto volvió a ingresar en forma permanente al periodismo, cuando el 8 de noviembre de 1871 fue llamado por el impresor Vicente García Torres, en virtud de un cambio de personal en la redacción de *El Monitor Republicano* y entonces el señor Mateos «cuya ilustración era una garantía» pasó a encargarse de la parte política en la sección de editoriales; igualmente comenzó a escribir numerosas noticias correspondientes a la sección de la gaceta.

El prestigio de su pluma indica por que fue a engrosar la redacción de uno de los periódicos de mayor circulación y prestigio nacional.

Para comprender su pensamiento político y sus escritos de entonces, es necesario hacer la siguiente reflexión: Juan A. Mateos fue en la época de Ayutla y la Reforma un periodista liberal, defensor de las instituciones democráticas y del territorio amenazado por la intervención francesa; estas características permanecen en un gran

número de escritores de aquellos años y que estuvieron filiados en el juarismo libertario y progresista; al restaurarse la República en 1867, nació una nueva época: se escindió el gran partido liberal y los diferentes grupos, con caudillos y pensadores, se lanzaron unos contra otros. De 1867 a 1877 puede considerarse un lapso distinto y trascendente; período de luchas álgidas en que Mateos, como otros muchos, ocupó un escaño en la prensa de oposición; sus artículos fueron hirientes y atacaron al ámbito oficial en la sucesión presidencial de 1871, por lo que sus artículos interesan para el estudio detenido de aquellos sucesos.

Lejos la intervención, derrotada la reacción, la lucha se enfrasca alrededor de la defensa de tres hombres: Juárez, Lerdo de Tejada y Porfirio Díaz. La prensa de entonces tomó partido y las figuras entraron a la polémica.

A fines de 1871, Mateos escribió en el *Monitor* censurando la política del gabinete de Juárez, él apareció filiado a las huestes del porfirismo y encontramos su razón, en la lealtad al amigo junto con el cual había luchado en 1867 contra los últimos vestigios del retroceso; estas cuestiones nos explican su partidismo y sus artículos nos hacen conocer ya no sólo la época, sino también el pensamiento de la oposición; las bases de la lucha y su controversia política.

En esa secuencia, estudiaremos un nuevo periodismo, muy distinto al de la reforma y la intervención; la cuestión de la patria se había finiquitado en el Cerro de las Campanas, ahora entraba al terreno de la discusión pública, las ideas de cada uno de los grupos, sus perspectivas para el mejor desarrollo de las instituciones nacionales, los vicios administrativos, los ataques personales; cada grupo hizo su juego, y cada periodista tomó un nuevo rumbo en los avatares de la historia nacional.

La política interna lo envolvió todo; prensa y tribuna señalaron un momento trascendental, sucesos que la historia aún no tiene por completo definidos.

El fallecimiento del Presidente Juárez el 18 de julio de 1872, calmó la efervescencia de la oposición y Mateos vio al nuevo régimen de Sebastián Lerdo de Tejada como una excelente promesa de progreso.

Al igual que artículos políticos, también se publicaron algunas piezas oratorias de Mateos, como el discurso que en el aniversario de la Independencia pronunció en septiembre de 1872, haciendo un llamamiento a efecto de conservar la tranquilidad pública. La característica de orador dentro de su personalidad, es un símbolo más de su figura, y un signo adyacente para la precisa valoración del biografiado.

La elevación a la primera magistratura del país de Lerdo de Tejada, abrió un paréntesis en las luchas civiles e hizo apreciar la alborada pletórica de nuevos propósitos en un concierto de tranquilidad. Mateos dejó de escribir furibundos artículos de opositorista y comenzó a analizar las situaciones de mayor urgencia; sus escritos comenzaron a tratar de los múltiples problemas de la administración pública, dentro de un marco ecuaníme; el progreso constituyó una nueva bandera en la palestra del periodismo de Mateos.

Jubiloso escribió sobre la partida del ferrocarril a Veracruz, diciendo que era un

sueño que su generación veía realizado; por otra parte, al aplicar en 1873 una política liberal el gobierno de Lerdo de Tejada, Mateos fue de los primeros escritores que no olvidaron su honda raigambre progresista, apoyó esa política y polemizó continuamente con los escritores de las publicaciones clericales; radical sin mácula, atacó furibundo el núcleo de la organización jesuita en México en numerosos artículos; basado en los principios de la Constitución y la Reforma señaló que los jesuitas caían en la parte penal de la ley y que ningún sofisma, por bello que fuere, podía surgir superando a la verdad y a la filosofía.

Batallador con la espada, soldado con la pluma, Mateos escribió implacable contra los jesuitas en aquel año de 1873; con verdades que aunque sorprendentes, no perdieron por ello su veracidad y en muchos conceptos siguen siendo aplicables; no olvidemos que por circunstancias de su vida estudiantil había sido discípulo del enorme Ignacio Ramírez; «El jesuitismo —dice Mateos— es una cifra que dice lo mismo en la Europa que en América, siempre el mismo de todos los siglos, siempre las mismas tendencias, siempre el mismo plan de conspiración. Nosotros, que no pactamos con los errores tradicionales de la sociedad en que vivimos, aún a costa de nuestro bienestar íntimo y social, recogemos el guante, aceptamos el reto, y estaremos en el terreno hasta la última hora del combate»

Su trabajo como editorialista fue oportuno y relativo al pulsamiento de todos los negocios importantes a la cooperación de mejorar el desarrollo nacional.

El 30 de agosto de 1873, se separó de la redacción de *El Monitor Republicano* quedando solamente como esporádico colaborador; mas no tardó en volver al periodismo político actuante y a partir del 1.º de enero de 1874 ingresó al diario *El Correo del Comercio* como redactor en jefe y responsable.

Dentro de las páginas de *El Correo del Comercio* exaltó las instituciones liberales, la Constitución Federal de 1857 y su pluma sutil y romántica ofreció la magnífica descripción de un viaje a Cacahuamilpa en visita presidencial.

La reseña del viaje a Cacahuamilpa es interesante por el aspecto de la época que nos ofrece detalladamente; leer aquellas páginas no solamente otorgan curiosidad, sino también nos dan a conocer los problemas de aquellos días, problemas en cuanto a transporte, clima, paisajes, trasbordos, etc. Aquel viaje lleno de vicisitudes ahora se efectúa sin peligros y con la rapidez que el progreso ha hecho posible; en aquel entonces significó una aventura casi romántica trazada por la fina pluma de Juan A. Mateos.

El deleite de su lectura me ha llevado a incluir aquella reseña en la presente antología.

Por otra parte, aquel viaje a Cacahuamilpa en compañía del Presidente Lerdo de Tejada y comitiva oficial, puso de relieve los ataques de la oposición.

El 2 de junio de 1874 Mateos dejó la redacción de *El Correo del Comercio*; una noticia de la gacetilla dijo: «D. Juan A. Mateos. Este caballero amigo nuestro se ha separado de la redacción del *Correo del Comercio* por exigirle así sus muchas

ocupaciones...»

Mas el periodista parlamentario volvió a la lucha en las páginas de *El Siglo Diez y Nueve* a principios de enero de 1875, bajo la jefatura de redacción del eminente escritor Julio Zárate; los fueros de la Reforma penetraron al público lector a través de los radicales artículos de Mateos que defendió la constitucionalización de las Leyes de Reforma y la aplicación del Código Fundamental a las organizaciones eclesiásticas. El contenido inmarcesible de la Reforma fue la inspiración de sus artículos para justificar el término del grupo de las llamadas Hermanas de la Caridad; las disposiciones del gobierno al respecto fueron protestadas por los periódicos clericales y los grupos conservadores, a los que dedicó Mateos varios artículos para demostrar la justicia social en las medidas dictadas por la administración del Presidente Lerdo de Tejada: «Pero la Revolución viene indeclinable, si los conservadores no la hacen, la hacemos nosotros en el seno de la paz; porque la Constitución no es sospechosa desde que esos miserables la invocan y la defienden; haremos otra más adecuada y esto lo aconseja la experiencia y el mismo pacto fundamental; tendremos otra *alocución* que la popularice, el nombre de México sonará en voz de Reforma, y el mundo entero sabrá que esta tierra es el asilo de la libertad, que el Papa vale menos que nada delante del progreso, que los impostores religiosos, que el sacerdocio, que todos los creyentes, encontrarán garantías en nuestro suelo como no atenten a la salud pública ni a las instituciones. Que México va en alas de la ilustración moderna, que ha atravesado por medio de las censuras de la intolerancia fanática y de las protestas al apolillamiento político, firme y sereno como una nave en medio de las tempestades, que no extraña en su frente una tiara o una mitra, si lleva el gorro frigio y los laureles de la libertad».

A fines de 1874 el último día de diciembre, los redactores de *El Siglo Diez y Nueve* dieron por terminado su contrato con el editor, y es así como concluye, con el último día de aquel año nuestro estudio del periodista Juan A. Mateos, distinguido siempre como una pluma liberal, radical y defensora sin mácula de los principios de la Reforma. Aunque posteriormente escribió en otros periódicos de la ciudad de México como *El Tiempo* y *El Imparcial*, a nuestro juicio su actividad más valiosa se encuentra en los años de 1871 a 1875; de las postrimerías del régimen de Juárez al evolucionista de Sebastián Lerdo de Tejada; es por ello que el interés primordial de esta antología se ha dirigido a ese lapso. Por otra parte también considero que la época del interinato y el interregno constitucional de Lerdo de Tejada es de los menos estudiados, en tal virtud el presente ensayo aspira modestamente a contribuir al mejor conocimiento de aquel régimen.

Mateos y sus compañeros de redacción se despidieron de sus lectores expresando la fuerza que guió todos y cada uno de sus escritos y con el cual concluyó el presente apartado, demostrativo de la característica viril de aquellos hombres a los que profesamos un devoto recuerdo de su inmortal memoria: «Hemos defendido las conquistas obtenidas por el gran partido liberal en el transcurso de muchos años de

luchas y sangre, porque esas conquistas tienen aun numerosos y encarnizados enemigos que pretenden hacer estériles sus inmensos resultados. Hemos defendido el orden legal, amenazado también continuamente por los adversarios de la libertad y de la democracia, porque fuera de él no vemos más que la deshonra primero, y luego, el aniquilamiento completo de nuestra patria. Para fortificar aquellas conquistas, para que el orden legal se asiente sobre sólidas y firmísimas bases siempre hemos creído que la Reforma debía seguir su marcha majestuosa, y a ese fin han tendido nuestros trabajos en la prensa; hemos querido —y tales son nuestras más íntimas convicciones— que la Reforma después de regenerar nuestras instituciones políticas, regenere también nuestras instituciones sociales, derribando todo ese complicado monumento de opresión que por tantos años pesará sobre nuestros conciudadanos. Y hemos procurado defender todo lo que en nuestro concepto debe redundar en bien y en provecho de la República porque no concebimos la libertad sino como la fuente inagotable y fecunda de todo progreso y de todo bienestar para la humanidad».

El Escritor

En líneas anteriores ya hemos manifestado el paralelismo que existe en los trabajos de Mateos como periodista y como escritor. Al mismo tiempo que sus preocupaciones políticas dieron nacimientos a diversos artículos para la prensa periódica de México, también sus inquietudes literarias se manifestaron a través de poemas, dramas, novelas y diversos escritos, a que ahora paso a referirme.

Al mismo tiempo que se conocen sus artículos políticos en 1856 en las páginas de *El Monitor Republicano*, también salieron a la luz pública sus poemas que, del año mencionado en 1875 suman una buena cantidad; algunos de ellos fueron publicados en dos libros de versos que tituló *Paginas de Juventud* y *Romances y Leyendas* aparecidos en el año de 1875 bajo el rubro prestigioso de la imprenta de Ignacio Cumplido,^[6] a estas publicaciones se puede añadir la titulada *El General Porfirio Díaz en las Batallas de Oriente* que apareció en 1888, integrándose la publicación a través de ocho romances en verso, escritos por Mateos, en virtud de encargo especial de Ignacio María Escudero, Presidente de la Asociación Mutualista Militar. El libro fue dedicado a la esposa del General Díaz indicándosele en la dedicatoria que era una narración poética de hechos bélicos y que se publicaron en el siguiente orden: 5 de Mayo; San Agustín; La Evasión; La Revancha; el 2 de Abril; San Lorenzo; El Sitio de México y Epílogo.

Algunos de sus biógrafos indican que después de la guerra de Reforma es cuando se dedicó con mayor entusiasmo a la literatura, comenzando a escribir sus interesantes novelas históricas y para el teatro.^[7] Respecto a esta última materia, tenemos la primera noticia cuando el 27 de enero de 1861 en compañía de Vicente Riva Palacio obtuvo un espléndido triunfo literario por el drama *Odio Hereditario* estrenado en el Teatro Iturbide, según la noticia que publicaron algunos periódicos de la ciudad de México.^[8]

Sobre su trabajo teatral se ha referido un acucioso periodista con motivo de su trabajo sobre Mateos de José Guadalupe Zuno Hernández; aludiendo a los primeros pasos dados por nuestro biografiado en materia teatral: «Veía al teatro, pues, con el prestigio de ser uno de los más fervorosos combatientes de la Revolución de Ayutla, y defensor de la Reforma Juarista. Su producción dramática, a partir de *Odio Hereditario*, es fecunda, abundante, una veces en colaboración con Riva Palacio, y otras él sólo. *Borrascas de un Sobretodo*, *El Incendio Del Portal de Mercaderes*, *La Ley del Uno Por Ciento*, fueron dramas que se estrenaron inmediatamente después, en el propio Teatro Iturbide, suscritos por ambos, o sea por Juan A. Mateos y Vicente Riva Palacio»

«Así comenzó lo que llamó la crítica de entonces la gran ofensiva teatral de los dos militares y escritores. Luego vendrán *El Abrazo de Acatempan*, *La Hija del Cantero*, *La política Casera*, *Temporal y Eterno*, *La Catarata del Niágara*, *El Tirano*

Doméstico y otras más en las que recogían asuntos nacionales, políticos y costumbristas, que alcanzaron aplauso unánime».

«Mateos escribió también, él sólo, obras teatrales de diversa índole: zarzuelas como la *Revista de Guante Blanco* con música de José Austri y *El Sueño de un Loco*, con música de Jordá, comedias como *Los Grandes Tahúres*, *La Muela del Juicio*, *Luna de Miel*, *La Calle de Enmedio*, dramas como *La Monja Alférez*, *La Muerte de Lincon*, *Los Dioses se van*. Se le recuerda no sólo por su fecundidad, su tremenda facilidad para escribir, sino por su propósito de crear un teatro nacional, con asuntos y problemas de todas las clases sociales, costumbres y sucesos históricos...»^[9]

Algunas de las obras teatrales tratadas con antelación fueron publicadas en un tomo por Mateos y Riva Palacio con el nombre de *Las Liras Hermanas* que apareció en 1871 con el pie de imprenta de F. Díaz de León y S. White; *Las Liras Hermanas* contuvieron *Odio Hereditario*, *La Policonomanía*, *La Hija del Cautivo*, *Temporal y Eterno*; *Borrascas de un Sobretodo*; *Martín el Demente* y *La Catarata del Niágara*.

Al año siguiente, en junio de 1872 se puso en escena su comedia *El Novio Oficial*.^[10]

Fue autor también de las obras teatrales *La Huelga*, *Los Dioses se van*, *El Otro* y *Ave Negra* esta última estrenada en el Teatro Principal de la Ciudad de México en 1881.^[11]

Pluma infatigable que incursionó en el periodismo con gran renombre, incansable y fecundo escritor cuya obra teatral bosquejada apenas, lo eleva a un sitio privilegiado en los anales de la historia del teatro; siempre buscando en el artículo, en el poema o en la comedia, un sentido, una perspectiva característica de nuestro siglo diez y nueve: el espíritu nacional, estructurado y proyectado con sentido político, económico y social.

Autores nacionales y extranjeros han referídose a su obra escuetamente, Luis Alberto Sánchez lo señala dentro de una época vigorosa y fecunda para la novelística mexicana diciendo al respecto: «Aparecen una serie de relatos sobre la invasión francesa por Juan A. Mateos, autor de *El Cerro de las Campanas* lugar donde fue liquidado el efímero Imperio de Maximiliano, Mateos noveló al cura Hidalgo en sus *Sacerdotes* y *Caudillos*; a Morelos en *Los Insurgentes*, donde figura también Iturbide, y a Porfirio Díaz en *La Majestad Caída*.»^[12]

Carlos González Peña al estudiar la literatura nacional del siglo diez y nueve señala que: «La novela histórica, que gozó de especial boga, tuvo numerosos cultivadores. Entre ellos resalta D. Juan A. Mateos, escritor prolijo y sin estilo, bien que sus principales novelas *El Sol de Mayo*, *Sacerdotes* y *Caudillos*, *Los Insurgentes*, *Sor Angélica*, *Los Dramas de México* escritas entre 1868 y 1887, tengan cierto valor histórico por su documentación.»^[13]

Además de las mencionadas novelas, escribió otras muchas, demostrativas de un gran talento, y una fecundidad sin límites.

Quisiera opinar someramente sobre todas y cada una de ellas, pero los límites

naturales de las presentes páginas lo impiden, además del obstáculo principal consistente en la carencia, por todos los conceptos deplorable, de las obras de Mateos en las bibliotecas de nuestra ciudad.

Su obra titulada *Memorias de un Guerrillero* no solamente tiene la característica de la novela de la época, sino el acopio numeroso y cierto de fechas, lugares, nombres y descripciones, tan importantes para el conocimiento de aquellos años, de situaciones que no pueden constar en las páginas de los libros de historia pero que, de sumo interés, se sirvió el escritor para incluirlos en sus novelas; trabajos o capítulos más bien, nacidos de una pluma testiga y participante en casi todos los hechos que incluyó en sus relatos.

Memorias de un Guerrillero comienza relatando el triunfo de la Revolución de Ayutla en la ciudad de México, la acogida a la Revolución por los estudiantes y hombres destacados en su pensamiento progresista; todo un conjunto vivido y vivido, más en la novela que en la historia, siendo esta última, materia esencial de la primera.

En las páginas de *Memorias de un Guerrillero* lucen los sucesos históricos: el gobierno del General Juan Álvarez; el ámbito en que se expidió la Ley de Administración de Justicia (Ley Juárez); el levantamiento reaccionario de Puebla en el año de 1856, el Congreso Constituyente, el Plan de Tacubaya, y los múltiples acontecimientos gloriosos de la Guerra de Reforma, que integran las páginas de ese libro, emotivo y plagado en detalles de gran interés como la reseña de los acontecimientos que tuvieron desenlace fatal el 11 de abril de 1859, en que asesinaron a su hermano, y cuyos siguientes párrafos corresponden a aquel acontecimiento: «El rencor de los clérigos y la piedad de unas cuantas mujeres, convierten en delirio homicida el regocijo de la victoria.

El jefe se lanzó una mirada irónica de compasión, y se sonrió ligeramente.

Una nueva escolta llegó a la puerta.

Apareció otro oficial, y la voz que había pronunciado los primeros nombres, volvió a hablar:

Agustín Jaúregui, Santiago Ortega, José María Sánchez, Antonio Contreras, Alberto Abad, Quintín Duval, MANUEL MATEOS... —¡Presente! dijo Manuel, con voz de trueno. ¿Es usted hermano del escritor Juan A. Mateos? —Sí: es mi hermano. ¿Y del coronel Miguel Mateos, que está con los latrofaciosos? Sí; es mi hermano. ¿Y del licenciado José P. Mateos, que acaba de escapar de Tepic, del poder del General Lozada? Sí; es mi hermano. —Buena familia —dijo con ironía el oficial.

—Mi padre dijo Manuel peleó por la Independencia; hemos heredado su sangre. —¡Basta! gritó el oficial pasen a las filas. —¡Adelante! exclamó Manuel, y siguió resuelto.

Un joven, o digamos mejor, un niño, el poeta Juan Díaz Covarrubias, practicante de medicina, levantó, para ver a Manuel, sus negros ojos dilatados por el espanto, diciéndole con tono doliente: ¿Tú también hermano mío? ¿Será posible? ¡No, Manuel, Manuel! Yo estoy soñando aún. Espera... —dijo Manuel— haciendo un

signo de silencio, sin aparta, la vista del hombre que nombraba a los prisioneros. El joven al escuchar su nombre, tendió los brazos para buscar un punto de apoyo y encontró la vigorosa mano de Manuel, que se adelantó a sostenerlo».

Aquellos fueron los prolegómenos de la matanza del 11 de abril, consumada por disposición del tigre Leonardo Márquez en los seres inocentes, siendo la pasión política brazo del verdugo que escribió las páginas dramáticas de aquella fecha y llevó a la inmortalidad a *Los Mártires de Tacubaya*.

Memorias de un Guerrillero concluye en principios de 1861 cuando volvió a la ciudad de México, vencedor y triunfante el ideal democrático, el Licenciado Benito Juárez.

Antes de proseguir, cabe concluir también una opinión de uno de sus contemporáneos, del famoso político y escritor Vicente Riva Palacio, a cuya bien cortada pluma pertenecen los siguientes párrafos:

«En la prensa, en la tribuna, en el teatro, en el periodismo, en la leyenda, en el poema, en la poesía lírica, en todas partes nos encontramos con Juan Mateos. ¡Vaya si ha sido trabajador!

Su nombre, como literato, es conocido en toda la república, y apenas habrá un rincón en nuestro país en que no haya penetrado alguna de sus obras.

Mateos tiene un talento claro, una imagen ardiente, una facilidad extraordinaria para escribir, y es fecundo como una sardina y atrevido como el primero que comió zapote prieto; pero escribe mucho y lee poco. Es una planta que necesita poco riego, y toma su alimento de la atmósfera que le rodea.

Tiene Juan Mateos, como autor dramático y como novelista, el gran mérito de haber intentado crear la escena nacional: alguna vez se ha atrevido, mas que a presentar en el teatro las costumbres de la clase alta de nuestra sociedad, a llevar a él a personajes escogidos entre los hombres del campo, exhibiendo en el palco escénico los tipos del guerrillero y del labrador.

El público recibió con aplausos esa novedad: indudablemente aquel hubiera sido el principio de una nueva era para nuestra escena, si por desgracia Juan no se hubiera encontrado con un obstáculo que es casi insuperable, que hará abortar todas las tentativas que se hagan para formar un teatro nacional, y que nos obligara a no ver representadas mas que comedias españolas o dramas traducidos del francés.

Mateos, luchando contra todos estos obstáculos, ha conseguido ver representadas sus obras y estar ya reconocido, entre nosotros, como autor dramático y a salvo de los escollos con que tropieza el poeta novel y desconocido.

Como novelista, Mateos ha logrado no sólo renombre sino provecho. Un literato en México vive con mucha dificultad de su pluma, porque si no alcanza un buen lugar en la redacción de un periódico, la publicación de sus trabajos, aun cuando pueda conseguirla a costa de heroicos sacrificios, le produce pocas ganancias; y Mateos ha vendido bien todas sus obras, teniendo relativamente un extraordinario número de suscriptores.

El Sol de Mayo, El Cerro de las Campanas, Sacerdote y Caudillo y Los Insurgentes, pertenecen a la novela histórica; y no pocas veces, datos que en publicaciones serias relativas a la historia del país no pueden encontrarse, se hallan en algunas de las novelas de Mateos.

Para escribir cualquiera de ellas, ha sacudido su indolencia y ha buscado y encontrado la manera de referir los acontecimientos públicos más notables, enlazándolos con la ficción del argumento de una manera fácil y natural.

El carácter y las costumbres de algunos de nuestros hombres distinguidos, están mejor pintados en los libros de Mateos que en muchas de las biografías que de ellos se han escrito.

Juan es perezoso porque tiene la facilidad para comprender y para escribir. En la tribuna, cuando no convence, alucina, o por lo menos agrada: tiene siempre una extraña novedad en sus frases y en sus giros y es difícil encontrarle un plagio porque no ha ido a beber la inspiración a extraña fuente. Los hombres que han leído mucho, son plagiarios sin quererlo y sin comprenderlo; el que vuelve a apagar un incendio huele a humo, y él sin embargo juraría que no, aunque todos lo sientan a diez metros de distancia.

No diré que Juan Mateos sea un gran orador, porque un orador perfecto, o al menos con pocos defectos, que se acerque siquiera al modelo que de él nos presentan los maestros, o al ideal que tenemos formado, seguramente es muy difícil encontrarlo; pero orador en el sentido de meditar más o menos una cuestión, y, ocupando la tribuna, expresarse con facilidad y casi con elegancia y hacer un discurso, sí puedo decir que Juan Mateos es orador».^[14]

Continuando el bosquejo sobre el novelista, ahora paso a referirme a su trabajo intitulado *El Cerro de las Campanas* y cuyo tema central fue la guerra de intervención francesa, desde los momentos mismos en que cayó Puebla hasta el detalle circunstanciado de la caída de Querétaro, el fusilamiento de Maximiliano, Miramón y Mejía y la toma y capitulación de la plaza de la ciudad de México por las fuerzas del General Porfirio Díaz.

El Cerro de las Campanas puede considerarse una continuación de *Memorias de un Guerrillero* ya que el relato de principio en mayo-junio de 1863 reseñando con visión histórica los momentos trágicos en que el gobierno constitucional presidido por el licenciado Benito Juárez abandonó la ciudad capital en compañía de los funcionarios civiles más destacados y parte del ejército republicano rumbo a San Luis Potosí.

Las cualidades de las novelas de Mateos señaladas en líneas anteriores por Riva Palacio, encajan perfectamente en *El Cerro de las Campanas* por sus datos precisos y detallados de situaciones que no figuran en los libros históricos que se han ocupado de dicha época.

Infinidad de acontecimientos llenan las páginas de esta obra de Mateos, basta conocer los años a que se refirió: de 1863 a 1867, para comprender el cúmulo de

noticias en la trama de la novela propiamente dicha.

Como escritor, Juan A. Mateos tuvo una excelente capacidad para escribir sobre los hechos históricos, y así como hizo referencia en sus obras a los hombres de la Independencia, de la Reforma y de la Intervención, su existencia, y fecundo talento le dio oportunidad solemne de escribir sobre la Revolución de 1910, tema central de su novela *La Majestad Caída* integrada bajo los siguientes rubros: El Centenario; La Primera Chispa; Viento de Fronda; El Hombre y la Sombra; El Mar que se Encrespa; El Alpha de la Revolución; El Destino; Duelos y Quebrantos; Las Olas Altas; El Nudo Gordiano; Ciudad Juárez; En la Boca del Cráter; La Última Noche y finaliza el libro con el capítulo titulado Adiós.

Párrafo final, emotivo, que envuelve aquellos momentos en el lienzo de la tragedia porfirista, es el siguiente:

«Treinta y cinco años de omnipotencia, de embriaguez cesárea, de incienso cortesano, de ilusiones, de popularidad, de halagos de la suerte que lo hizo temido y opulento, se abismaban en la abstracción, para no dejar visible sino al joven patriota, que sin más riquezas que su haber de soldado, sin más ambición que las caricias de la gloria, soñaba con las ilusiones de la edad, durmiendo al raso en el lecho que le ofrecían los campos de batalla. Absorto en esa vuelta hacia el pasado, volvió a caer en el sopor, y su sueño fue dulce, dilatado y profundo. Al día siguiente, pálido de emoción y con la cabeza descubierta, dirigió un adiós a la multitud que lo acompañaba hasta la orilla del océano. Volvió la vista y contempló la bandera tricolor y lanzó un gemido; sus ojos se llenaron de lágrimas, oyó el estampido de los cañones y la marcha nacional; recordó su grandeza de ayer y casi demente se lanzó a la barca que lo llevó a bordo del “Ipiranga” que se balanceaba en las ondas encadenadas de la bahía. Se asió de la borda del buque, porque ya no podía sostenerse, presa de la agitación nerviosa que lo subyugaba, sacudió su blanco pañuelo y dijo un adiós a la tierra mexicana. El hombre de los nervios de acero, sintió penetrar en sus entrañas el más horrible de los dolores. El “Ipiranga” viró de bordo y se entró en las soledades del océano. Sus olas, poco antes agitadas, se habían calmado; el sol asomando por encima de un grupo de pardas nubes, lanzaba su áureo rayo sobre la nave. Callaban los rumores del golfo, que al sentir sobre sus lomos el peso de aquella nave, lanzó un grito terrible que se cernió sobre el océano y se perdió en las inmensidades del cielo.

¡Paso a la majestad caída!».

Cuadro tan humano señala a su autor cierto en la historia y benigno con el vencido: gran soldado de la Reforma, equivocado gobernante que cayó bajo el impulso de una nueva época.

El Parlamentario

Si fecunda fue su labor en el periodismo, vasta su obra como escritor literario, también su verbo ocupa un lapso amplio en la historia parlamentaria de México; este apartado nos llevaría por sí solo un volumen y, en la imposibilidad de realizarlo dentro de la línea de la presente publicación, solamente me concretaré a llamar la atención sobre lo más destacado de su presencia como miembro de algunas de las legislaturas a las que ocurrió, y digo algunas, porque baste al lector saber que ocurrió por espacio de más de quince años al Congreso de la Unión, lo que significa que, en períodos bianuales, estuvo cerca de treinta años ocupando un escaño en las Cámaras.

La mayor actividad de los diputados mexicanos en la segunda mitad del Siglo Diez y Nueve, puede considerarse a partir del Constituyente de 1857 a la Legislatura que cerró sus sesiones en el año de 1884, ya que después, al advenir nuevamente Porfirio Díaz el Congreso de la Unión, asumió una actitud pasiva, los discursos menguaron en fogosidad y las pasiones políticas, acalladas por el dictador, no tuvieron eco en la tribuna parlamentaria; en esta virtud, destacan en estas páginas la presencia y labor parlamentaria de Mateos de 1861 a 1864.

Primera noticia al respecto la situamos en febrero de 1861, cuando resultó diputado suplente del también periodista Florencio M. del Castillo por el sexto distrito electoral de la ciudad de México.^[15]

Posteriormente nos encontramos que resultó electo diputado propietario al Segundo Congreso Constitucional en 1861 por dos distritos electorales y por suerte se decidió en la sesión del 19 de junio que representara el distrito de Allende, del Estado de Guerrero.^[16]

La reseña de algunas de las intervenciones de Mateos nos ofrecen la perspectiva valiosísima de conocer más de su vida, de sus ideas integrantes, de su personalidad parlamentaria, así, en la sesión del 10 de julio de 1861 estuvo a favor del proyecto de ley de amnistía a pesar de que los retrógrados habíanle hecho perder a su hermano Manuel en el fatídico 11 de abril de 1859; Mateos dijo en aquella sesión: «Se ha evocado por uno de los oradores, la sangrienta hecatombe de Tacubaya. Mi hermano fue una de las víctimas. Las balas reaccionarias atravesaron su pecho y su cabeza, y cuando mi madre fue a buscarlo entre los otros cadáveres, no pudo reconocerlo. Pues bien, esta mañana al venir de la sesión, mi madre me ha llamado, y besándome la frente me ha dicho: “Hijo, ve y perdona en nombre de tu hermano”. Yo no creo que la Reforma es un torrente de sangre ni un huracán devastador», y perdonó a los criminales, él que en muchas situaciones había sido un radical trascendente.

Posteriormente habló a favor de los hijos de Huichapan para que añadiera el nombre de Villagrán a aquella población; fue también de los firmantes del proyecto de ley para la apertura de la Escuela de Artes y Oficios el 19 de julio de 1861.

En el Segundo Congreso Constitucional se erigió en un defensor invencible de la

separación de la Iglesia y el Estado y así lo manifestó repetidas veces en la tribuna, como cuando también apoyó una proposición del diputado Vicente Riva Palacio para que se publicaran las causas del tribunal de la Inquisición, documentos que pedía la Suprema Corte para relegarlos al olvido; Mateos sostuvo que no se remitieran a la Corte y que se publicaran: «Señores: el clero tiene emisarios en todas partes, en todos los poderes de la Federación, pero sus ideas *negras* resaltan sobre el *rojo* de la situación. El día de la verdad ha llegado; el sol ilumina esos antros donde se han perpetrado tantos crímenes que la historia guarda en sus páginas, acusados en esos archivos que hoy abre la revolución».

Para el Tercer Congreso Constitucional Juan A. Mateos resultó electo diputado suplente por el 6.º distrito del Distrito Federal, cuyo titular fue el Lic. Ignacio Ramírez;^[17] este Congreso inició sus labores en septiembre de 1862 y dejó de sesionar en mayo de 1863, cuando la república inició su éxodo al norte.

Restaurada la república en 1867, volvió a figurar como diputado propietario en los subsiguientes Congresos y destaca su actuación en 1874 en que, como miembro de la diputación del Distrito Federal habló en la sesión del 7 de mayo para pedir a la Cámara que aprobara en lo general el dictamen sobre el Código de Procedimientos Criminales cuya expedición era del todo urgente.

La discusión sobre el Proyecto de Ley Orgánica de las adiciones y reformas constitucionales dio margen a debates acalorados que tocaron en algunos aspectos del orden eclesiástico, fue así que en la sesión del 3 de diciembre de 1874 Mateos ocupó la tribuna y fustigó con su verbo emotivo a la reacción, a las Hermanas de la Caridad y exaltó el pensamiento revolucionario: «... Se levanta por nuestros adversarios la fuerza latente que existe en estos momentos en el seno de esta asamblea. Yo no temo a esta explosión de patriotismo; la reforma nunca ha venido al corazón de los pueblos civilizados con el antifaz del miedo, y deslizándose entre sombras y silencio ha bajado como las Tablas de la Ley del Sinaí revolucionario, entre relámpagos y truenos; ha venido como el hombre, entre lágrimas y sangre».^[18]

En las páginas del Diario de los Debates del Congreso de la Unión, guardan un sitio imperecedero los discursos del diputado Juan A. Mateos, principalmente aquellos momentos en que ocupó la tribuna para hacer profesión devota de su fe reformista, de su convicción sin mácula de liberal; ello nos lleva a desenvolver una de aquellas páginas memorables, y ofrecerla en estas líneas a nuestros lectores, como una muestra del verbo parlamentario de nuestro biografiado:

«Esta generación ya casi extinguida por la lucha, pero fortalecida por sus triunfos, ha roto todas sus ligas con sus antecesores, ha pasado sobre todas sus afecciones, a abandonado a la familia a la indigencia y a los azares todos de una revolución sangrienta en que se encontraban dos siglos para exterminarse... Ha caído y se ha levantado, y hoy, después de algunos años de silencio, a un grito de la reforma amenazada, se despierta y vuelve a presentarse trayendo sobre sus cañones el lema de Napoléon el Grande, “Batería de los hombres sin miedo...” Yo traigo, señores, a este

debate, una tradición del Cadalso levantado en las tempestades revolucionarios la noche del 11 de abril en Tacubaya. Un hermano querido ascendió a ese patíbulo proclamando la Reforma y envolviendo en su último suspiro un grito a la libertad de su patria, que baja sobre mi memoria desde aquellas rocas ensangrentadas que forman el calvario de la libertad. (Aplausos prolongados) Yo respondo a esa voz sagrada y a través de tantos años, votando en presencia de esta augusta asamblea en favor de las reformas constitucionales. (Aplausos).

»No se trata de las Hermanas de la Caridad, sino de la extinción de una orden religiosa; no venimos a combatir la mujer, sino a la corporación: He aquí el arma que se os ha presentado delante de vuestra generosidad, señores diputados, un arma demasiado sutil, porque nosotros como hombres y caballeros nos hemos inclinado siempre delante de las damas. Sabemos que bajo esos gorros blancos y esas túnicas azules se oculta el corazón de una mujer; no lo combatimos, no, desarraigamos una institución, y nada más.

»No me había preocupado en el debate de las reformas, y lo confieso sinceramente, esta cuestión de la permanencia de las hermanas de la Caridad en el seno de la república. Era una transacción ya aceptada; sin embargo, habían venido reclamando año por año contra este establecimiento, la prensa y los hombres de la Reforma, porque mientras las mexicanas habían salido de los conventos, porque las habíamos arrojado de allí nosotros los inquisidores rojos, como nos ha llamado uno de los oradores, esta corporación subsistía como una violación flagrante del espíritu reformista.

»Nosotros somos los inquisidores de sayal; nosotros no quemamos hombres, quemamos conventos, y por esos conventos derribados pasa hoy la sociedad mexicana, glorificando la Reforma. Si los primeros días, espíritus débiles y tímidos aun del seno mismo de la Cámara, volvían la cara para santiguarse en presencia de un claustro derribado; hoy esas ruinas son las anchas vías del progreso por donde pasan los extranjeros y la sociedad culta de la república. (Aplausos).

»Marquemos una diferencia histórica:

»Las asociaciones de las monjas y las Hermanas de la Caridad nada tenían de común con esa lepra amontonada durante tres siglos en los monasterios; nada de común con esos hombres de la corrupción de las familias fuera del convento, de los vicios más infamantes dentro del claustro. (Aplausos).

»Pues bien, señores, hemos proscrito a la monja, porque la filosofía de la sociedad la viene proscribiendo. La monja es un miembro que se arranca a la sociedad; la monja cuando se encarcela es una lámpara que se extingue; y nosotros, hombres nacidos de mujeres cada vez que se seca un vientre, lo lloramos.

»La monja es el silencio y la muerte; nosotros estamos aquí para proclamar la libertad y el derecho a la vida, para hacer pedazos las cadenas que oprimen a la mujer y arrancarle esa presa a la tumba.

»La mujer, obcecada en la soledad por los consejos de la carne, cae del trono de

las vírgenes para entregarse entre los cantos sagrados al éxtasis amoroso de Santa Teresa. Cristo descendía de los cielos para poner sus manos sobre las manos, sus pies sobre los pies y su rostro sobre las frescas mejillas de la santa. (Rumores).

»Estos sueños estáticos son muy naturales cuando una fuerza impide que se desarrolle el sentimiento humano. La filosofía, señores, ha proclamado en primer lugar los derechos de la naturaleza, y por eso, la Reforma que es la filosofía, quitó las monjas, hizo libre a la mujer y la devolvió a la sociedad.

»Los impugnadores del dictamen han dicho que las Hermanas de la Caridad no son monjas, porque mientras las monjas se separan de la sociedad para entrar al convento, la Hermana de la Caridad sale de la familia y se pone en contacto con el mundo.

»Nosotros podríamos añadir a éste, otro argumento de la misma especie:

»La Hermana de la Caridad entra al contacto con la sociedad; si esta mujer tiene un desliz con el médico, con los curanderos o con los mismos enfermos, a la filosofía no le importa la legitimidad de los hijos; quiere dar hombres simplemente, y esto lo agradece la nación porque aumenta el número de sus ciudadanos. ¿Qué, en el seno de un Congreso y a la hora de una jurisprudencia liberal, solamente los hijos legítimos estarían llamados a las prerrogativas sociales? ¿Cuántos hijos naturales no brillarán ahora, merced al desaparecimiento de esas añejas preocupaciones de la sociedad antigua, ocupando puestos distinguidos en la administración? La filosofía no ve la legitimidad, va a la propagación sin mezclarse en las preocupaciones de los hombres.

»Jugando un pensamiento reaccionario se ha dado en llamar cristiana a la caridad para hacerla ultramontana. No; ella ha subsistido desde los primeros días del Génesis, esa virtud es muy anterior a Jesucristo, quien la encontró a su advenimiento al mundo glorificada en los altares de la humanidad. Él adhirió a ella su doctrina, esa doctrina recogida en las fuentes de Platón, en esa escuela de Alejandría donde el Asia había derramado a torrentes un mundo de civilización; allí se nutrió la ardiente imaginación del gran maestro del cristianismo, haciendo con sus ideas apocalípticas, la metamorfosis de un hombre en un Dios que han reverenciado durante diez y nueve siglos generaciones de generaciones. (Aplausos). La caridad, señores diputados, ha nacido con el espíritu humano.

»Pero bajo todas las apariencias, y también tras el velo de poético espiritualismo con que cubren el cuadro de la realidad los impugnadores del dictamen, descubrimos las reglas de la comunidad monástica, con sus votos, sus reglas, su vida común y su obediencia; comunión que tiene organizado el espionaje de las familias, que tiene la denuncia de los actos, que tiene la elección de confesores colocados como un vigía, en el alma de las Hermanas para que revelen a la superiora los secretos de la conciencia, violando el sigilo del confesionario, para saber si alguna mujer abriga tales o cuales ideas que no estén de acuerdo con esa institución jesuítica que está hoy dominando a todas las sociedades. Ya vemos, señores, que es infiel este romántico cuadro que se nos presenta de las Hermanas de la Caridad; es una estafa hecha a la

verdad.

»El señor Martínez de la Torre ha registrado los libros; ha consultado todos los diccionarios, para probar lo que quiere decir en todas las lenguas “sociedad monástica”. Sin embargo, no ha consultado el diccionario constitucional, las crónicas parlamentarias del Congreso Constituyente, donde están reveladas las altas miras de aquellos sabios legisladores. Las Hermanas, ya lo ha dicho un orador, socorren con el dinero de la sociedad mexicana. Reciben ricos donativos. En todas parte se les paga, porque esa caridad la ejercen en los establecimientos del Estado. ¿Adónde está pues la caridad que se paga...?

»Como han estado bajo la administración de los ayuntamientos y de personas seculares durante tantos años, los hospitales, los enfermos, no han tenido menos auxilios que los que ahora reciben, porque ellos han sido siempre dados por la administración.

»Y también se nos presenta como un argumento la bondad personal de las hermanas, cuando la sociedad que forman, y sus miras, y su sistema de educación, se oponen sin embozo a los principios reformistas... y a la caridad misma. Sus estatutos les prohíben tocar a sus enfermos. Les encomienda simplemente la administración económica y la policía religiosa de los hospitales, y la colecta de la limosna, para ir a sepultar en el cofre insaciable de la casa central de Francia.

»Porque estas Hermanas son como esas dragas que se han prohibido en las costas del Pacífico, que arrancan hasta las piedras de cuajo con la concha y con la perla. No, no es esa la institución de aquel hombre que abrigaba sobre su pecho paternal, al expósito arrojado sobre la nieve de las calles de una ciudad impía.

»Ha sido tan insolente la sociedad de San Vicente de Paul, no la que fundó aquel hombre digno que tenía tantas virtudes, que convirtieron al renegado a quien fue vendido por los piratas, sobre los mares de Marsella, a ese digno sacerdote que vino con una misión del Papa al seno de la Francia, donde fue más tarde el Limosnero de Margarita de Valois...

»He dicho que es tan insolente esa orden que, amparada a la arrogancia francesa, se ha negado a que el superior que es un jesuita, resida en la ciudad eterna a pesar de que los estatutos fueron redactados por un cardenal y santificados por un pontífice. Les ha parecido que esta era una abdicación de su poder, que aparecía menguado allí donde reside la Santa Sede, donde el señor de la Cerdeña, ungido Rey de Italia no despierta de su asombro al encontrarse de improviso en el Vaticano, soñando delante de esas ruinas del pontificado que van a alzarse los siglos de la historia para derribarle (Aplausos). Pero sean cuales fueren las tendencias de esa institución extranjera, ella entra en las prohibiciones de nuestras leyes, al desarraigarnos de toda esa rémora al adelanto de la Nación, y a todo lo que ha oprimido y vejado al pueblo. No extinguimos a esa corporación por lo que se refiere a la individualidad, ni la sostendríamos por sus virtudes; la Constitución reformista no quiere las corporaciones religiosas y la ley reglamentaria las suprime en un orden enteramente

lógico: rechazamos la caridad bajo la forma de los jesuitas.

»Los impugnadores del dictamen, han pronunciado la palabra más peligrosa en su contra, porque todos han dicho: “Está atacada la libertad religiosa” luego no es una institución civil, que es lo que vienen sosteniendo para libertarlas de la censura de las Leyes de Reforma.

»Todas las demás disposiciones que se nos han citado para formar una tesis teológica contra la ley reglamentaria, son importunas porque cuando toda la República ha aceptado las adiciones constitucionales, ya la comisión no ha tenido más que fórmulas en la ley reglamentaria.

»El único argumento que nos ha traído el señor Martínez de la Torre, cuando ya estaba un poco fatigada su imaginación era el siguiente: nos decía, ¿qué hacemos con esos hospitales, con esos niños que están educando las Hermanas? Yo digo, señor, ¡bendita la hora en que podemos arrancar a esos desgraciados seres que están sujetos a la obediencia ciega de que hablan los estatutos de las Hermanas! Feliz el día en que podemos arrancar de su lado a esa generación que están conquistando por aumentar esas turbas disciplinas que un día, haciendo resonar otra vez el fatídico grito de “religión” renovarían los horrores cuyo recuerdo nos hace estremecer de rabia todavía.

»Quieren renovar a la generación vencida con la que viene, por eso vemos la actitud irritante del clero. Él, puesto a la sombra de esa impunidad que le da la Constitución, está impasible y sombrío, como Felipe II que rezando las vísperas de San Lorenzo del Escorial, no separó sus ojos del breviario cuando recibió la noticia del desastre de la Invencible en los mares de la Inglaterra (Aplausos).

»¡El clero renueva el combate con una insistencia tenebrosa, provocando un antagonismo desesperado!... En la ciudad federal y frente por frente de éstas, los altos poderes de la nación, monseñor Labastida con su cuadrilla de canónigos en la Catedral, con su tren de pastorales y excomuniones. En cada Estado hay un obispo delante de un gobernador, disputándole su poder y su influencia; en cada pueblo, frente a frente del prefecto, está el cura; en cada familia, contrapuesto a la autoridad del padre está el despotismo de un confesor. (Aplausos).

»Yo, señor, seré, profeta como el señor Martínez de la Torre, creo que más tarde del seno de un Congreso de la República ha de salir el rayo que extinga ese gobierno de la conspiración eclesiástica.

»¿Qué clase de sociedad es ésta en que admitimos frailes que, armados con algunas argucias y escudados bajo la tolerancia de cultos se oponen abiertamente a nuestras leyes y las condenan desde la publicidad de la cátedra hasta el silencio del confesionario?

»Tenemos el ejemplo de doscientos ayuntamientos que no han querido protestar las adiciones a la Constitución; merced a los anatemas de la Iglesia Católica ha habido multitud de personas que se han resistido a la protesta.

»Debajo de estos actos, aparentemente espontáneos, palpita la influencia del clero... El clero duerme, pero duerme como la serpiente. Espera su día como

Cromwell; pero entonces, señores diputados, los antiguos soldados de la Reforma dirán, echando al aire sus espadas, lo que los caballeros catalanes: ¡hierro, despierta! ... (Aplausos).

»El orador a quien vengo refiriéndome, decía que un momento de entusiasmo podrá costarnos más tarde un doloroso arrepentimiento. Decía, evocando la historia, que el señor Riva Palacio estaba hecho una Magdalena por haber votado la expulsión de los españoles en el Congreso de 29. (Risas).

»Diré al señor Martínez de la Torre unos cuantos hechos para que comprenda la filosofía de las citas históricas.

»Los españoles que habían combatido durante setecientos años por su independencia, esos pobres reyes que habían heredado, no como hoy, los palacios y las riquezas, sino una espada para defender a su patria, vinieron por fin al término de aquel camino ensangrentado durante siete siglos. Cuando el Rey llorón les entregó el último baluarte de la Andalucía, ¿qué fue lo que hizo la España? Mandó expulsar a los judíos, y entonces las artes, las ciencias, el comercio, todo se iba con el pueblo árabe, y el mundo decía “España es árabe, es necesario que no se vayan los árabes”. Los rudos soldados de Isabel la Católica dijeron: “Primero la patria; nosotros nos ilustraremos y nos haremos grandes en el porvenir, salvando a la patria, porque las naciones tienen una vida perpetua, y nos queda tiempo para reivindicarnos ante la historia.” (Aplausos).

»La noche del jueves 2 de abril de 1756, si mal no recuerdo, el rey Carlos III habiendo visto que su poder era minado día a día, hizo llamar al Conde de Aranda para consultarle la expulsión de los jesuitas. En aquella noche que ha mencionado se verificó la expulsión, y en aquella noche salieron las familias gritando (como hoy se nos quiere hace creer con la ida de las Hermanas de la Caridad): nos quedamos huérfanos, nos quedamos sin escuelas, sin ciencias, porque, haciéndoles justicia, los jesuitas en el siglo pasado eran los hombres de saber, y con sus libros y con su palabra repartían la ciencia a los pueblos.

»Entonces decía España: ¡Hay huérfanas que se quedan sin pan, hay niños que se quedan sin educación!... ¿qué hizo Carlos III? Dijo: primero es la conservación del Estado; y los jesuitas fueron arrojados de trescientas ciudades del viejo y nuevo continente. (Aplausos).

»¿Qué hizo Felipe el Hermoso, cuando por un espíritu de alta dominación se habían hecho grandes y poderosos los caballeros del Temple? Dijo unas cuantas palabras al oído de Clemente V, quien le proporcionó una bula, y entonces el Rey de Francia, el Rey Cristianísimo, mandó al tormento a sus enemigos, como nosotros hemos acabado con esas turbas de frailes de pestilente memoria.

»Quisiera yo que mis recuerdos me ayudaran para demostrar al señor Martínez de la Torre, que en todas partes y en todos los tiempos han sido primero la patria y las instituciones, que los intereses puramente personales de una clase cualquiera en una nación. La política en las naciones es el arte de la conveniencia, y a México le

conviene la extinción de todas esas instituciones que perpetúan el retroceso y la tiranía: su derecho es indisputable.

»Todas las escenas sentimentales que se nos han descrito, formarían el interés de un drama; pero no bastarían a conmover aun a los que velan por la patria, ni el fuerte templo de las leyes.

»Cuando la Reforma está adoptada, cuando por medio de sus altas resoluciones han concluido esos focos de corrupción, no es posible que hoy no concluyamos con los restos que aun quedan existentes, merced a la complacencia de nuestros gobiernos; yo creo que si los oradores que defienden este último baluarte del retroceso hubieran estado en el Congreso hace veinte años, evidentemente se habrían opuesto a las exclaustaciones, diciéndonos que se quedarían sin la sopa de los conventos un puñado de pordioseros; si ellos daban a los pobres la sopa, nosotros les regalamos los conventos. (Aplausos).

»Se han pasado catorce años y esta generación, menos sensible que el señor Riva Palacio, no ha llorado aún sobre la expulsión de los frailes; han transcurrido catorce años desde aquel día en que mi humilde palabra cayó como un grano de arena en la balanza donde se pesaba el destino de las comunidades y no aparece todavía entre mis párpados la primera lágrima.

»No, nadie ha extrañado a los frailes. Volviendo a mi punto objetivo, diré que se ha puesto una parte de México a la casa central de París, en que se pregunta, no lo que han de hacer las superiores extranjeras, sino esto: “¿Qué hacemos con estas desgraciadas que nos han seguido, y a las que hemos rapado y vestido de máscaras?” (Aplausos y risas).

»Ya no nos sirven para nada, ya se descompuso la compañía». (Aplausos y risas).

»Hay sin embargo un destino que podría llamarse providencial. Todas las lágrimas que los padres de las Hermanas de la Caridad han derramado sobre los umbrales del convento, al perder una hija para siempre, están cayendo ahora gota a gota sobre estas mismas desdichadas, que arrepentidas y cubiertas de vergüenza, volverán más tarde; al hogar paterno a empapar con su llanto los pies de los infelices padres a quienes han atormentado con su abandono.(Aplausos).

»Dejemos al curso de los sucesos la hora indeclinable del arrepentimiento, y ya que nuestros padres cumplieron con su alta misión social, cumplamos con el mandato del pueblo en estas horas solemnes de nuestra existencia política. La Cámara unitaria agoniza; de hoy en adelante las decisiones de vuestra soberanía pasarán por el crisol del Senado, en la constitución de esa entidad creada para equilibrio del poder que habéis ejercido sin más límites que vuestra conciencia.

»¡Votad, señores diputados, la ley que provoca este debate, que cuando las Hermanas de la Caridad estén a bordo del vapor y se oiga el cañonazo de leva, responderán nuestras baterías con un adiós fúnebre a esos restos del pasado que esta generación devuelve al Viejo Mundo!... ¡Votad, señores diputados, pronunciad vuestra última palabra en el mundo de la Reforma, que ella será magnífica y sublime

como el último canto de la Ilíada!»^[19]

Como ya lo señalé anteriormente en algunas líneas, la letra de Juan A. Mateos, periodística y parlamentaria, es de notorio interés en el régimen de Lerdo de Tejada; sus actuaciones más destacadas en la prensa y en el Congreso corresponden a ese lapso.

Para la Octava Legislatura Constitucional de la Unión, que inició sus labores en septiembre de 1875, Juan A. Mateos resultó electo diputado propietario por el tercer distrito del Distrito Federal, interviniendo a partir de la iniciación de trabajos de aquel cuerpo colegiado en numerosos debates sobre diversos asuntos que permitieron al orador hacer gala de su verbo incendiario, que resonó en la historia de nuestros sucesos políticos, como cuando se aprehendió a Donato Guerra de las filas de la revolución tuxtepecana y Mateos dijo en la sesión del 30 de noviembre de 1876 sus conceptos que lo calificaron definitivamente en la corriente del gobierno de Sebastian Lerdo de Tejada: «El partido de la administración, el partido de la paz de la República, *no enclavijará las manos ni rechinará los dientes*, como ha dicho su señoría: él ha quemado sus naves delante de esos motines sanguinarios: perecerá en la demanda; él será un partido cadáver arrastrado por las turbulentas olas de la revolución; pero entre tanto no se detendrá ante ningún obstáculo: seguirá su marcha con la ley en la mano, hasta que llegue el momento supremo en que luzca como un sol de fuego la Constitución de 1857».^[20]

Ya en los últimos momentos, en la agonía del régimen de Sebastian Lerdo de Tejada, tambaleante por la revolución porfirista de Tuxtepec, Mateos se erguía en el Congreso defendiendo la legalidad y el orden constitucional en un apasionado discurso al cual corresponden los siguientes fragmentos, de que no hemos querido privar al lector y que sirven para conocer el desarrollo posterior de la vida de Mateos, a su elocuencia política se deben estas líneas:

«Vivimos aún, señores diputados; los augures revolucionarios habían predicho que no nos reuniríamos en el equinoccio de septiembre y ya caminamos en el solsticio de invierno, época en la cual habremos dado solución a las importantes cuestiones que vienen al debate de este período.

»Vivimos aún ciudadanos diputados y, venimos con el valor de nuestras convicciones a enclavarnos a esta tribuna, a apurar gota a gota, la hiel emponzoñada del dicterio, los denuestos de nuestros antiguos amigos y rechazar con valor las agresiones brutales de nuestros adversarios.

»Afortunadamente la revolución nos sorprenderá en el baño como a Marat el puñal de Carlota Corday; nosotros como Juan Huss el gran sentenciado del Concilio de Constanza, ya hemos ensayado nuestras manos en el fuego, y tenemos la convicción de sufrir con valor las llamas de la hoguera.

»Estamos sobre una situación candente y llamamos a las puertas de lo extraordinario.

»Veamos, señores, con la frialdad serena del legislador, si ha llegado el momento

que con la cruz roja marcaron nuestros padres los constituyentes en el Pacto Fundamental de la República. Pensamiento sombrío que auguraba que la paz de esta tierra tenía que turbarse, empapando nuestro suelo oleadas de sangre como las que sacuden el Pacífico y Atlántico sobre las rocas de nuestros continentes».

Y después de atacar al movimiento de Porfirio Díaz y los antecedentes del General Manuel González, continuó:

«Aquí, en el seno de la Cámara, como en la época del consulado de Cicerón en los tiempos de Catalina, la revolución viene a tomar asiento en los escaños de este Congreso. La revolución agonizante en los campos de batalla, perdida en el criterio de los hombres pensadores y sentenciada en el mundo de la opinión pública, viene a librar su último combate en esta tribuna; nosotros, como los caballeros antiguos, tenderemos la mano ante nuestros adversarios antes del duelo. Estamos en plena conspiración; en esta Cámara se refleja en estos momentos la situación entera de la República; aquí está la arteria donde palpitan todas las pasiones que forman el caos de nuestra política».

A continuación el diputado Mateos expuso los tres pensamientos o las tres fases que ocupaban la discusión y la pasión en el concierto nacional:

«El principio de la legalidad con todo el vigor de las instituciones, cuyo estandarte sostendremos muy alto a todo trance y a través de toda vicisitud, porque la revolución no nos hará salir en camisa como a los Gracos; caeremos al pie de esa bandera como el último de los cartagineses.

»Sea la segunda, la revolución que viene atropellando todo, que proclama las cortes marciales y el patíbulo, y que viene pidiendo sangre para refrescar sus fauces calenturientas, y un pedestal como la columna de Vendôme donde se asienta la figura de uno de los déspotas más grandes de Europa, para proclamar la dictadura militar y llevar entre sus acicates y las herraduras de sus caballos, las hojas de la Constitución.

»La tercera entidad es una revolución que podemos llamar pacífica. Trae todas las tradiciones del antiguo partido moderado y busca un eslabón constitucional para apoderarse de la revolución: no teniendo elementos para lanzarse al campo de la lucha, se esconde tras la figura de Porfirio Díaz, para salir a la hora del éxito y apoderarse de la victoria. ¡Hermoso cuadro, pero irrealizable! No es posible en el año de 1876 lo que cupo en los sucesos de 1828 y 1832».

Ese análisis de profunda raigambre sobre las tres situaciones que se daban en el ámbito nacional, tuvieron el contenido de una videncia que sólo la experiencia de hombres como Juan A. Mateos podían externar; las realidades futuras demostraron el aherrojamiento de la libertad, el conculcamiento de la Constitución y las transacciones de la dictadura de Porfirio Díaz con la clase reaccionaria tanto clerical como militarista.

El valor cívico demostrado por el diputado Mateos le atrajo la eliminación inmediata de la política nacional al arribo de Porfirio Díaz al poder en el año de 1877, y no es sino hasta 1880 cuando Mateos volvió a figurar en política, esta vez, de nueva

cuenta, en la Cámara de Diputados como representante, al Décimo Congreso Constitucional; se dejó entonces escuchar la voz de Mateos, como él mismo señaló en uno de sus discursos, después de todos esos años en que lo alejaron de la política los acontecimientos que envolvieron a la nación bajo el manto del Plan de Tuxtepec; al referido Congreso resultó electo diputado propietario por el sexto distrito del Estado de Hidalgo, y en la sesión correspondiente a la novena junta preparatoria celebrada el 13 de septiembre de 1880 dijo:

«Debo comenzar haciendo un llamamiento a vuestra benevolencia, toda vez que acaba de dejar la tribuna uno de los oradores más elocuentes del 10.º Congreso Constitucional; no es extraño que después de cuatro años de sombra y de silencio, se encuentren enmohecidos los muelles de la palabra, y esta Cámara no debe esperar de mí un gran discurso, ni mucho menos en un negocio tan sencillo, ya definido en el criterio de la comisión, y que está al alcance de las capacidades menos experimentadas, como la de la humilde personalidad que en estos momentos se dirige a la junta».

La actividad del diputado Mateos disminuyó en comparación con la de anteriores Congresos, sin embargo, no cesó de mostrarse el liberal de siempre, ello se demuestra cuando en la sesión correspondiente al día 23 de septiembre de 1880 presentó un proyecto de ley en los siguientes términos:

«Art. 1.º Todos los templos y casas curales de propiedad nacional, que desde la publicación de esta ley estén a cargo, o funcionando en ellos clérigos extranjeros o individuos de la extinguida Compañía de Jesús, serán clausurados por las autoridades políticas y puestos en pública subasta por quienes corresponda.

Art. 2.º El denunciante tiene el treinta y tres por ciento del valor de los edificios.»

Los temas de la instrucción pública, construcción de ferrocarriles, debates electorales, mejoras materiales, deuda pública, y otras materias, fueron toques de atención que vibraron en la Cámara de Diputados a través de la voz del diputado Juan A. Mateos, cuya historia parlamentaria, he reseñado en la mayor brevedad posible, pues material lo hay suficiente para escribir un grueso volumen.

Al inicio del régimen de Manuel González, figuró como ya he dicho en dos legislaturas y en el segundo período de Porfirio Díaz también estuvo en la lista de los diputados, así como en subsiguientes legislaturas cuya presencia prestigiosa siempre fue notoria dentro de la política de la dictadura, aunque sin debates, ya que sabemos que el Porfiriato impidió toda la acción debida al Congreso de la Unión.

Hasta el momento mismo de su fallecimiento, estuvo ligado al Congreso de la Unión y al momento de su deceso desempeñaba un cargo en la Biblioteca de la Cámara de Diputados.^[21]

De Juan A. Mateos, periodista, escritor y político, hemos querido que a través de éstas líneas, quede un recuerdo imperecedero, en virtud de su actitud dentro de la prensa periódica del Siglo Diez y Nueve, como un gran escritor literario y como un vigoroso orador parlamentario; a hombres que como él, mucho dieron en beneficio de

México, no podemos menos que venerar ahora que se cumple el setenta aniversario de su fallecimiento, ocurrido el 29 de diciembre de 1913, a las dos y cuarenta y cinco minutos de la tarde, en los altos de la casa número 63 de las calles de Zarco en la ciudad de México, a causa de una arteroesclerosis y agotamiento.

¡La historia guarde a Juan A. Mateos!

Dr. José Barragán.
Instituto de Investigaciones
Jurídicas. UNAM.

La Reacción^[22]

Grande es el entusiasmo que reina en la capital para resistir a la reacción. La prensa liberal anima al pueblo, y de cada ciudadano se improvisa un soldado y cada soldado es un valiente.

El gobierno pasado durante la revolución, estaba calenturiento, sus medidas eran extraviadas, los triunfos de sus contrarios lo exasperaban y su cólera se ensañaba en los ciudadanos inermes de las capitales, quienes llegaron a arrastrar la cadena del presidiario, para lo cual bastaba una simple denuncia o una sospecha.

El actual gobierno tiene la calma de la justicia, sus providencias no son el eco de las pasiones desenfrenadas, de esas banderas, que aspiran a fines nobles; son las que exigen esa crisis a la que nos ha conducido la ambición de unos hombres que no tienen otro programa que sentarse en la silla presidencial, para burlarse de sus prohombres y vengarse de sus enemigos.

El actual gobierno inaugurado por la voluntad de la nación, ha cumplido con uno de sus deberes más sagrados, ha llamado al pueblo y le ha dicho: «¡Has sido siempre víctima de la ambición, te han oprimido porque has estado inerme, han invocado en todas ocasiones tu nombre porque tu causa es la más santa; la guerra civil mata tu industria, estás en la miseria, en la abyección, en el vilipendio; toma las armas, defiende tu libertad amenazada; porque estás llamado a ocupar un lugar distinguido en el mundo civilizado!»

Estas palabras han llegado al corazón del pueblo.

La Guardia Nacional se ha levantado.

México se fortifica, todos aguardan con impaciencia el desenlace de los acontecimientos de Puebla, ahora, que va a llegar al frente de sus parapetos la brigada Villarreal. Esas tropas escogidas y valientes sabrán vencer a esa turba de bandidos, cortando las cabezas de la hidra clérigo-militar. Pero para que se vea que en ningún caso los reaccionarios pueden alimentar la esperanza de un triunfo completo, supongamos que hicieran un movimiento sobre la capital, y que fuese la hora llegada.

Nuestras trincheras, se verían coronadas de valientes; el pueblo ha comprendido su misión, y lucharía, hasta sucumbir en la demanda, o escarmentar a sus espoliadores.

Los reaccionarios han creído que México es la llave maestra de la república, y una vez tomado, la revolución está consumada bien presente deberían tener el ejemplo del general Santa Anna, que contando con noventa mil bayonetas derramadas en todo el territorio, de las cuales diez mil estaban en la capital, tuvo que huir al extranjero agobiado por la opinión pública que lo rechazaba; de esa sociedad a quien había escarnecido. Supongamos, sin concederlo porque tal cosa es imposible, que caiga México en poder de los reaccionarios, ¿qué habrían aventajado?; unos palmos más de terreno, que les sería ingrato, como el que hasta hoy han adquirido. El general Vidaurri, cuyo nombre es una amenaza, se adelantaría con sus hombres de

blusa, y todos los Estados lo imitarían, enviando fuerzas, para ahogar a la revolución en su cuna. Afortunadamente están palpitantes los recuerdos de la administración pasada, no han reverdecido aún los campos incendiados, ni se han levantado las cabañas derribadas, de los valientes y desgraciados hijos del Sur. Los nombres de Haro, Güitán, Severo Castillo y otros muchos, no se han olvidado; no hay una sola simpatía para ellos, son los Carlinas de México, parodiadores nada más del revolucionario romano. Los periódicos pagados por la reacción debían tener más decoro o más talento. Ciertamente es que en los gobiernos liberales, todo ciudadano es libre para emitir sus opiniones, pero cuando esa opinión, sea cual fuere, es en contra del gobierno establecido, y esté proclamada por hombres que con las armas en la mano, traten de derribarlo, todo el que las secunde debe tenerse como enemigo y castigarse. Hay impresiones que aunque fáciles de borrar al pronto pueden ser fatales, y de este género son las que propaga diariamente esa prensa mercenaria, que abusando de las instituciones liberales, prostituye su misión torciéndola en favor de los conspiradores de oficio, y poniéndose bajo el influjo de un partido tenebroso que se entiende por telégrafo de oro.

Cuatro meses han pasado desde que el pueblo se lanzó a la imprenta del *Universal* para hacer justicia sobre esas prensas de maldición, destinadas a reproducir continuamente el programa de nuestro desquiciamiento político. No será muy difícil que esta escena se repita: una vez que los escritores conservadores injurian al pueblo del modo más audaz, los mismos escritores que aconsejaban al dictador de coronarse, hoy, ocultando la corona tras de las bases orgánicas que cayeron en medio de la rechifla popular, proclaman de una manera directa los principios de la reacción, insultan a los demócratas, ridiculizan las ideas liberales, y minan el edificio del gobierno con tanta torpeza que más bien causan risa que temor.

La ley de imprenta los ha puesto en conflicto, porque cuando no se escribe con el corazón, sino con miras siniestras y depravadas, se tiembla al poner la firma al pie de un escrito. ¡Nada importa!

Ya está frente a frente el pueblo y la reacción.

Las facciones son como los hombres, se suceden, por consiguiente es fácil anonadarlas.

El pueblo es uno siempre, nunca muere, jamás puede desaparecer.

La reacción proclama oropeles y empleos para unos cuantos favoritos, el pueblo defiende su libertad.

¡LA VOZ DEL PUEBLO ES LA VOZ DE DIOS!

Pasado y Porvenir

Llamado por los acontecimientos, el actual supremo magistrado a representar el principal papel en la escena política, se deseaba con ansia ver el programa de su gobierno; los periódicos de la oposición no cesaban de decir que la actual administración no llevaba una marcha franca, y suponían que el sostenedor del Plan de Ayutla, si no se filiaría, como era imposible, bajo las banderas conservadoras, al menos no empuñaría con firmeza la bandera progresista. Cada paso, cada disposición del gobierno, ha ido formando los artículos de ese programa tan deseado. El hombre salido del pueblo y conducido por el pueblo a regir los destinos de la nación, no podía adoptar otro plan político que el demandado por las circunstancias. La revolución hecha exclusivamente por el pueblo escarnecido y vejado durante el fatal período de la administración de Santa Anna, no consentiría en doblar su frente vencedora sino ante los principios democráticos, único faro de salvación en la tempestad política en que se agita todavía. Porque cuando un pueblo se identifica con una idea, es preciso para borrarla, que pasen cien generaciones, porque las ideas se heredan y se transmiten. Las revoluciones traen consigo, como consecuencia necesaria, las ideas exageradas, que sólo la prudencia puede templar. La Francia de 93, arrastró a la guillotina hasta a sus héroes, y las páginas de oro de esa revolución, no pueden leerse porque están manchadas con sangre; ¿qué se hizo el gorro frigio?

¿Cayó también al golpe del verdugo con la cabeza de Luis XVI...? Un mar de sangre separa a la nobleza del pueblo, los rencores de esa nobleza perseguida en sus últimos atrincheramientos, han colocado a Napoleón III en un trono levantado sobre los escombros de la República; medio siglo está desafiando a ese azote de la Francia; el siglo XIX verá la resurrección de esa República inaugurada entre las barricadas de cuarenta y ocho.

En México, la sangre ha rescatado también los principios democráticos; los satélites del tirano, incendiaron los pueblos, talaron los campos, saquearon las ciudades y se anegaron en la sangre de los mexicanos; el pueblo pedía venganza, y Dios acercó el día de su justicia. El pueblo de México no es sanguinario, ni tiene esas tendencias salvajes a la hora de sus triunfos, como se advierte, aún en las naciones más civilizadas; la compasión lo caracteriza; levantó su clamor, y cuando ha visto las víctimas en sus manos, ha pedido el olvido y el perdón. ¡Sublime abnegación que no comprenden las almas ruines de sus expoliadores!...

Comonfort vio con serenidad, encapotarse el horizonte político amenazando una nueva tempestad, que ha conjurado a la cabeza del pueblo, que le ha confiado su

porvenir. Su conducta en la última revolución provocada por las ambiciones quiméricas de un eterno conspirador, ha sido la del cónsul romano en la guerra catilinaria. Ha dejado conspirar a Haro públicamente y tener jesuitas revolucionarios en su casa; ha sabido con certeza, que daba pagas a los oficiales para que marchasen a engrosar las filas reaccionarias y tenía confidencias íntimas con algunos jefes del ejército; sin embargo, se toleraba su imprudencia porque el presidente decía lo que Cicerón: «Con quitarle la vida a él solo, a mi entender únicamente se reprimiría un poco esta peste, pero no se podría atajar para siempre. Y si se saliere y llevare consigo los suyos, y juntare en un mismo lugar a los demás náufragos recogidos de todas parte, no sólo se logrará la total extinción de esta peste que tanto ha sucundido sino que se arrancarán de raíz los retoños y se acabará la semilla de todos los males que afligen a la República». El presidente quiso probar a esos conspiradores, que la fuerza se estrella ante la voluntad nacional.

No estaban aún derribadas las trincheras y cubiertos los fosos, cuando el presidente, haciendo uso de la facultad que tenía de señalar, por el art. 4.º de la capitulación, la manera con que habían de quedar los oficiales y jefes reaccionarios en el ejército, les mandó recoger los despachos, y desde general hasta sub-teniente, los puso en las filas de los soldados rasos. Este golpe mortal a las aspiraciones de los vencidos los acabó de poner en desconcierto. Multó al clero de Puebla por la parte activa que tuvo en la contienda civil.

El art. 4.º de la capitulación, vino a templarse con el indulto: este acto de misericordia, ha sido juzgado como hijo del honor; ¿podría tenerlo el que plantó sus banderas en los parapetos de Puebla y obligó a sus enemigos a humillarse, teniendo las armas en la mano y el campo libre para sucumbir con más honor? Los que esparcen esas especies, fueron acaso los más cobardes y pusilánimes que hubo en el sitio de Puebla; oradores de cafés y alamedas no son temibles, por impotentes; plantas parásitas aún en las clases más degradadas de la sociedad, no crecen sino al arrimo de otras más atrevidas o menos tontas. El gobierno sabe sus opiniones y comprende sus tendencias, mide sus fuerzas, y los ve con el más profundo desprecio.

El clero se opone con toda su fuerza a la intervención de sus bienes, llave maestra de su influencia política. Un obispo se rebela, y sale desterrado; los conservadores gritan y dicen que el pueblo se opone a esa violencia, porque una docena de sacristanes y hermanos de la cofradía se agrupan por curiosidad a presenciar un espectáculo enteramente nuevo para ellos. El gobierno oye impasible estas fábulas y no cesa un solo paso en la marcha que se ha propuesto.

En las repúblicas es de sumo interés que las clases se mantengan a un mismo nivel, porque la preponderancia de una de ellas es un contraprincipio en el sistema democrático: una facción que prepondera, cae en la tiranía, y la tiranía de una facción es peor que la de un rey absoluto; cuando la sociedad pierde su nivel debe desquiciarse.

Una sola providencia, fuera de las ideas proclamadas, nos traería la adversidad.

La energía y la firmeza son las salvadoras en las crisis de más riesgo; si el gobierno se desalienta y no escucha los consejos de las amigas y se ensordece la voz del pueblo, podrá verse en conflictos. Ya que el Sr. Comonfort se ha conducido con tanto acierto, y es el hombre de las circunstancias, le aconsejamos que continúe como hasta ahora; si su caída está decretada, cosa que no creemos posible, descienda de su puesto con la gloria de haber trabajado por el adelanto de su país, sin haber cometido inconsecuencia alguna con el pueblo que lo ha elevado.

Todos los mexicanos de corazón y juicio es preciso que trabajen incesantemente; porque las instituciones peligran mientras el gobierno no tenga un sostén, un apoyo sobre que descansar; hagamos notar a nuestros enemigos por sus tendencias retrógradas, obremos sin embozo. *Tenga cada uno en la frente su sentir acerca de la República.*

Las Luces en las Tinieblas^[24]

Las antiguas tradiciones de la monarquía española van a consignarse para siempre en la historia. El trono de Isabel II se ha estremecido a los primeros síntomas de una convulsión política que va a marcar el límite entre la dinastía de los Borbones y los hombres de la República.

¡La España está decapitada! Tres siglos cuenta de horrible decadencia; su gloria y su esplendor han quedado en tradiciones poco más o menos exageradas: la España del siglo XIX baja la frente ante la España del siglo XVI.

Yace empobrecida en los confines del continente europeo, víctima de los caprichos y tendencias de esas naciones que la oprimen con su influjo. Los españoles son los ilotas de Europa; la España, en lo moral, otra Polonia. Parece que la civilización europea ha reconocido como límite los Pirineos. Todo lo ha perdido en el terreno de los siglos, como la nave que deja sus atavíos en los furores de la borrasca.

¡La España! descubridora del Nuevo Mundo y que ha traído en sus bajeles a la Europa para darles posesión de las regiones de América y del Asia, yace arrodillada y con los ojos suplicantes delante de la Francia y la Inglaterra, pidiendo protección y una limosna desoldados para conservar sus posesiones. ¡La España! Que con solo su prestigio tenía como colonia a todo un hemisferio, hoy improvisa un cuartel de la Isla de Cuba, y tiembla al descubrir una vela americana que surca por el mar de las Antillas; el estrellado cielo de la zona, le parece al pabellón del Capitolio.

De entre las ruinas de esa sociedad desfallecida, ha partido un grito de esperanza, un eco regenerador que presagia el movimiento salvador que sacará a la España de ese sopor que la subyuga. La democracia ha encontrado sectarios, y la palabra «República», que le anunció una vez que México sería para siempre libre e independiente, volverá a oírse, no ya debilitada entre los rumores del océano, como en 822, sino clara y sonora, vaticinio de una generosa existencia, de un nuevo ser.

El trono de los reyes católicos servirá de hoguera para extinguir los pergaminos ridículos y las tradiciones estúpidas de la nobleza; el pueblo va a gozar de una felicidad desconocida hasta hoy en aquellos hogares; va a ser dueño del poder usurpado tantos años ha, y a nivelar la legislación, es decir, a establecer la igualdad ante la ley.

Nosotros que ambicionamos la libertad para todos, vemos con gozo y con satisfacción, esa primera luz brotada en las tinieblas, ese pensamiento civilizador que cruza a través de los siglos como un meteoro regenerador de las sociedades.

Los demócratas que han comenzado a iniciar el movimiento moral progresivo en el mundo de las ideas, serán los primeros mártires; porque la sangre ha sido siempre el precio de la libertad. En los altares de la patria, sacrificios y víctimas, son las ofrendas; para la patria está reservado todo lo grande, todo lo sublime.

¿Qué contraste vamos a presenciar, entre la España que se derrumba, y la España

que se levanta? La primera agoniza entre sus viejos archivos del Escorial y las estatuas mutiladas de sus reyes; la segunda se alza entre los vivos de los libres y los ¡hurras! del mundo civilizado: nada importa el murmullo que levanten algunas caducas monarquías, que al apagarse la postrer detonación de la artillería en la Crimea, volverán de su embriaguez.

Isabel II será compañera de historia de Luis Felipe; el orgullo de los españoles ha preparado la caída de la monarquía.

España no cuenta con simpatías en el extranjero; ¿cuál ha sido su política con México desde la independencia? Después de una dominación de tres siglos no han tenido suficiente habilidad para cultivar ese germen de simpatía, que a pesar de los funestos acontecimientos de esa era de sangre, había quedado aún en la América. Su ánimo ha sido hostil en las cuestiones que por casualidad se han suscitado en el gabinete.

¡Qué diferencia entre esa conducta y la que han observado nuestros vecinos los norteamericanos, que en sus cuestiones con Cuba, les ha bastado a éstos poner a la vista una fragata de guerra para salir garantes con sus pretensiones, por exageradas que sean!

Los liberales españoles que desafían con su programa una corona de tantos siglos, sabrán luchar por la propagación de las ideas democráticas y el triunfo de la República. Si los demócratas de España inaugura su gobierno con un hecho grandioso, pondrán el nombre de Cuba, en el número de los pueblos libres. El ruido de las cadenas, y los alaridos del esclavo a quien azotan, no debe oírse más; la ley no se hizo para los colores, sino para los hombres; el negro será libre, trabajará con más actividad, sabrá respetar una sociedad que hoy aborrece porque pertenecerá al número de las personas y no al de las cosas. El que ha sido esclavo, es el adorador más entusiasta de la libertad.

Los progresistas españoles, tendrán que luchar con los mismos obstáculos que nosotros; los retrógrados se cubrirán, como acostumbran, con el manto de la religión, invocarán los tiempos de Torquemada, llamarán herejes a los liberales; les harán víctimas de sus intrigas y siniestras maquinaciones. Afortunadamente el pueblo español es menos fanático que el nuestro, —tiene más cerca a su Santidad— llegan a él primero las imprecaciones de los esclavos del papa, y le han visto huir en 48, perseguidos por un pueblo que hoy se arrodilla ante el Vaticano, merced a los franceses y a los austriacos.

Estos acontecimientos, serán la resurrección de la España: la empresa es ardua, pero grandiosa; el partido demócrata jamás abandona sus banderas, es sufrido y resignado; su programa triunfará porque es la causa del pueblo; tiempo es ya de que rompa esas cadenas que lo atan a un trono vacilante. La Europa entera y la América han fijado su vista en el pueblo español; con motivo de esa alarma que ha comenzado: la lucha va a empeñarse; ¡Dios se pondrá de parte de los suyos. Salud a los demócratas de aquellas regiones...!

Los Indígenas de Yucatán^[25]

Hace algunos días que una de esas hordas salvajes por sus instintos, ha entrado a varios pueblos de Yucatán, robando y asesinando a más de doscientas personas de aquellos lugares. Esos indios que parecen ser los mismos que tienen a la frontera del Norte en una continua alarma, son absolutamente distintos a los salvajes de Durango y Chihuahua; jamás han vivido en las ciudades ni entre los hombres civilizados, siempre errantes y vagabundos, hijos de los desiertos y en guerra abierta con la sociedad, se mantienen en sus límites acechando a los hombres de la raza que quieren ver aniquilada. Esa barbarie parece inherente a la constitución física y moral del indio de la frontera; cuando se logra tomar prisionero a un salvaje, caso muy excepcional, porque regularmente mueren matando, y se le conduce a la ciudad, se resiste a la civilización, al trato familiar, ve con rencor a todos los que le rodean; en fin, disgustado visiblemente, espera una oportunidad, en que tomando sus jaras y su flecha, abandona el mundo civilizado para lanzarse de nuevo a los desiertos, de que es dueño, dando alaridos que asustan hasta a las fieras y ahuyentan a los pájaros; son feroces y crueles, porque ese rencor es hereditario, odio que jamás se apaga, ni se minora con un trato humanitario; todo es inútil; si transigen algunas veces, es de mala fe, sus tratados los han roto en todas ocasiones a la hora que les ha parecido, y la guerra ha continuado y continuará, mientras los hombres de la Europa no vengán a poblar esos terrenos de oro, único medio para exterminar esa raza de maldición, azote de nuestra sociedad.

Esas caravanas de bandidos, atraviesan las poblaciones, unas veces sin hacer el más pequeño perjuicio, sin fijar la atención ni en los habitantes, como un pueblo proscrito que marcha sin saber dónde, y cuyo paso no se interrumpe ni por la oscuridad de la noche, ni el fuego abrasador de los desiertos. Caminan cincuenta leguas para caer en algún lugar como langostas, asesinando a los niños y las mujeres; nada perdona su instinto sangriento y salvaje; buscan dinero para comprar armas a los Estados Unidos, quieren caballos, no por gusto, sino para apresurar más sus correrías. Olfatean como los perros; por las huellas, cuentan el número de hombres que han pasado; si los persiguen andan sin levantar polvo, y usan de mil estrategias para extraviar a sus perseguidores; cuando acechan, se entierran dejando descubierta solamente la cabeza, su astucia es proverbial.

Los indios de Yucatán no son salvajes, la mayor parte ha nacido en las haciendas, la miseria y la abyección los precipitan, trabajando desde su más tierna edad incesantemente para enriquecer a su señor, sin otra recompensa ni otra paga que un miserable jornal, que consiste en unos cuartillos de maíz y doce pesos anuales que les son pagados con manta a triple valor del que corre en la plaza de Yucatán. ¡Esto es inicuo! Hay jornalero que está empeñado por catorce o quince años, es decir: está obligado a vivir en la esclavitud toda su vida, porque en aquel país el clima es mortífero, y es seguro que el hombre que tiene que resistir en el campo la intemperie,

su existencia debe ser demasiado corta. Cuando vuelve la cara y se encuentra esclavo, que le comienza a asaltar una enfermedad, y su señor creyéndole resistente al trabajo lo manda azotar en la picota de la hacienda y encerrado en la cárcel, no halla otro remedio que la fuga, huye, a vivir errante pero libre. La miseria lo acosa bien pronto en su destierro y vuelve a la ciudad para saquearla. Entonces el gobierno que los ha precipitado en la senda del crimen, por no haber querido escuchar esas súplicas que no han llegado hasta ahora a los palacios, les manda su tropa para aniquilarlos, su tropa que vive abandonada y en la miseria velando en la frontera, o la infeliz Guardia Nacional que abandona sus talleres y sus hogares en Mérida, donde se prostituyen de hambre sus familias. Cuando el indio yucateco cae prisionero no se le perdona, no se le cree digno de invertir la pólvora para fusilarlo, le dan la horrorosa muerte que como venganza le preparó el Condestable de Castilla a Alonso Pérez de Vivero; los lanzan desde lo alto de un edificio a las plazas o la calle, desmoralizando al pueblo con espectáculo tan odioso y repugnante. El tiempo del general Santa Anna, los degradaron hasta venderlos en la isla de Cuba a diez pesos por cabeza como a los animales. Vergonzoso es recordar que una corbeta inglesa reconvino al gobierno por el tráfico de esclavos, ¿qué excusas se le dieron? El señor comandante de Yucatán dijo: que los había mandado a educar a la isla, y que a los cuatro años volverían civilizados, y el fruto de su trabajo, se lo dividirían entre el educando, el gobierno de México y el de Yucatán. Parece que el Sr. Comonfort ha dictado ya algunas providencias acerca de esos desgraciados que riegan con su sudor los campos de una patria ajena, menos ingrata aun que la que consintió en su esclavitud.

Llamamos la atención del supremo gobierno acerca de esos abusos que se cometen en las haciendas de Yucatán, y los crímenes de esos indios que valiéndose de lo impotente de la tropa, hacen toda clase de excesos, como los últimamente referidos.

Una guarnición bien atendida será suficiente, para tener en paz aquellos lugares que sufren continuamente las incursiones de los indios.

Las Kalendas de Diciembre^[26]

Corre el rumor en los altos círculos de la política, de que el 1.º del entrante pronunciará su primera palabra la revolución que hace tiempo se inicia en el Estado de Oaxaca. Los síntomas de la erupción son ya determinados, y todos vuelven la vista a la cúspide de la montaña, creyendo ver la llama que anunciará a la República que la hora de la catástrofe ha sonado.

Otros creen por el contrario, que a los que aguardan el advenimiento revolucionario, les pasará lo que a los judíos, que abren las puertas de sus hogares a la hora de la tempestad, por si baja su Mesías, que nunca llega, entre relámpagos y truenos. Sea lo que fuere de esos amagos, es necesario volvernos del lado de la verdad para examinar la situación; por si en ella se encuentra el germen de los trastornos que amenazan a la República.

El ministro de la guerra se presentó hace tres días en la tribuna del parlamento y en la oscuridad de una sesión secreta, pidiendo en nombre de los peligros que amenazaban a la nación, una gran suma de facultades para conjurarlos. Aquella voz autorizada, anunció que el gobierno, bajo el imperio de la Constitución, no podría hacer frente a las eventualidades; que la suspensión de ciertas garantías vendrían a darle la fuerza que necesitaba para llegar a un punto de solución.

Si el fantasma que el ministro puso delante de la asamblea, ha podido aterrorizar a los hombres de la Cámara, se votará irremisiblemente la iniciativa. Ya sabemos la situación que guarda el gobierno, que sin embozo ha presentado al juicio del Congreso; necesita de vidas y haciendas para salvarse. El gabinete está buscando el peligro fuera de palacio; cree ver a sus contrarios en los campos de batalla, y éste es un error lamentable, un desvarío que llega a la demencia. Nosotros vamos a indicarle dónde se hallan los males que están soplando el incendio revolucionario; donde está el verdadero peligro, y le indicaremos el antídoto de esta situación envenenada.

Entremos en el Ministerio de Relaciones, donde el jefe del gabinete yace cloroformado, ignorando lo que pasa, no sólo en el territorio mexicano; sino en sus antecámaras. Su mesa está desierta; sólo se percibe un cuaderno que contiene una memoria sin interés, algunas copias de comunicaciones y quién sabe que otras cosas que pudieran pasar el honor de la imprenta. Los ministros de Italia, España y Prusia, han sido recibidos hace tiempo y hasta última hora se ha decidido enviar representantes a esas naciones, que han roto el entredicho que hacía ocho años pesaba sobre la República. En los Estados Unidos se encarga la dirección de los negocios a un empleado de la comisión de créditos, haciéndole difícil y poniéndole un gran obstáculo a su comisión. He aquí los grandes trabajos del gabinete de relaciones; no sin razón duerme el sueño del justo, y se entrega al *dolce farniente*, sin hacer oír su oratoria en la Cámara, cuya, voz, con el aliento de otros personajes que han ocupado ese puesto, ha sido siempre de gran influencia en la política. Al llegar el actual ministro de relaciones a su asiento, se presentó en la Cámara, quiso hablar, hizo un

fiasco redondo, y se retiró a gozar de la indolencia de su platillo en el presupuesto. La campana de palacio puede dar sus toques de vacante, porque sobre la silla de ese gabinete está un cadáver.

Pasemos al Ministerio de Gobernación; una turba de empresarios de lotería, de especuladores, de guardadores de pantalones, donde el señor ministro tiene algunas propiedades, y de policías, invaden las antesalas; allí todo lo que pasa en la nación se ignora: a una cuadra de distancia, el Gobernador de Distrito arrojó con las bayonetas a un ayuntamiento, y el señor ministro dijo en plena Cámara que no había llegado a sus noticias, y lo aseguró bajo su palabra de honor. No ha surgido un pensamiento feliz de aquel cerebro, todos han sido abortos, cuando se creía que el sol de la inteligencia iba a dar de lleno sobre la haz de la República. Ni una idea, ni una palabra, ni una sospecha de algo bueno se ha hecho sentir: una vez que el Ministro de Gobernación habló en la tribuna, se le secaron las fauces, y se privó a la representación nacional de un magnífico discurso, porque las glándulas salivales no quisieron funcionar ¡es una lástima! La revolución ha llegado y el ministro está confuso, no encuentra qué consejo dar a sus colegas y ha concluido por encontrar en el período de la atonía; dejémosle, porque hay almas que para despertar necesitan oír el grito de la resurrección, y ese se hará esperar por muchos años.

Entremos en el Ministerio de Justicia... no hay ministro, ¡bendito sea Dios! El oficial mayor asesorado del oficial primero, se divierten en escribir circulares para arreglar los tribunales y juzgados del Distrito, en tanto que los jueces son apaleados como unos turcos, ¡pobres jueces! Que suerte se les espera entre los suplentes del ministerio y los comerciantes quebrados. Ese gabinete desierto, es al menos una esperanza.

¿Hay alguien en el Ministerio de Fomento? No se puede entrar, el señor ministro está estudiando la cuestión sobre si son mulas o no son mulas las que deben tirar los vagones de la línea de Tacubaya. Dejémosle en su sagrario, no hay que interrumpir tareas que van a ser fecundas al mundo del arte y de la industria; ¿y los caminos? ¡Silencio! Primero son las mulas; ¿y el ferrocarril de Veracruz que se va a terminar dentro de un año? No estamos para fábulas, pasemos a otra región.

Estamos en el Ministerio del Tesoro: hasta hoy se han escrito veinte mil volúmenes sobre los negocios todos de hacienda, y se han mandado pagar las quincenas cuando ha habido dinero. El ministro ha sido hasta hoy simplemente un habilitado; ha caminado sin plan, sin rumbo, viviendo con el día, sin saber adónde va, sin crear, sin pensar, sin organizar, sin fundar nada para el porvenir: así que en los momentos del conflicto, no tendrá más recursos que ocurrir al popular uno por ciento, ¡gran pensamiento rentístico! Si eso no fuera suficiente, se lanzará a los negocios, y a los préstamos forzosos, y a todo el régimen antiguo con su tren inmenso de absurdos, que no servirán sino para hacer más terrible la situación. Las virtudes del kuákero no son precisamente las que se necesitan para desempeñar tan difícil encargo, ni sirven para afrontar una situación como la que se inicia en el mundo de la política.

Hemos llegado al fin al Ministerio de la Guerra: si la revolución que se presenta fuera como el motín insignificante de la Ciudadela, el negocio era terminado. Algunos cientos de cadáveres pasarían en carros frente a la casa del Ministerio de la Guerra, se harían por otros dos días ejecuciones, lamentaría el *Diario* el derramamiento de sangre, se recibirían felicitaciones por el hilo telegráfico, y todo continuaría como después del incendio de Chalchicomula o el asalto de Tampico. Para la situación que va a surgir se necesita una inteligencia superior y organizadora, por que el valor y decisión de los jefes no es suficiente para salvar una crisis, que si va a resolverse en una cuestión de armas, demanda la presencia de otra persona que tenga de lo que está ausente del cráneo del actual ministro, que se ha empeñado en disgustar a los mejores servidores de la nación, relegándolos al olvido y amontonando en su corazón resentimientos hondísimos, que serán funestos a la República.

He aquí los cinco eslabones, que aunque gastados, amenazan de muerte el actual orden administrativo. He aquí la nube que ha engendrado los relámpagos de la revolución y que pesa de hierro sobre el país entero, las cinco luces que arden solas y siniestras en los desiertos salones del Palacio Presidencial.

A esta sombra de ministerio se le quiere galvanizar con las facultades extraordinarias; se le quiere dar vida fuera de la atmósfera de la Constitución, donde no tiene condición de existencia. Si el Presidente antes de recibir un desaire del Congreso, se decide a romper esas columnas que ya amenazan ruinas, y en una Inspiración de patriotismo hace un llamamiento a las inteligencias que aún posee la nación, acaso sea tiempo de evitar la sangrienta catástrofe que amenaza y que puede arrastrar a su paso las conquistas que tanta sangre han costado al pueblo de la República.

El Duque se Divierte^[27]

El presidente Juárez envió a su Ministro de Relaciones a la Cámara, en los momentos precisamente en que el choque de las pasiones se hacía sentir con más vehemencia. La sesión del 17 de noviembre formará época en los anales del Parlamento. Los oradores impopulares del Congreso eran silbados por las galerías, que a su vez eran objeto de los insultos que nunca debieron salir de las tribunas de la asamblea. Los diputados que no pudieron adquirir celebridad ni por sus dotes oratorias, ni por su inteligencia en la ciencia política, han escogido la plataforma de la presidencia como el pedestal de su fama, como las aves calladas de la noche la altura de las torres y los cimborios. Ese grupo desgraciado que asedia de una manera impertinente a la mesa de la Cámara, tratando de dirigirla, presentaba en la sesión del viernes un espectáculo irrisorio y repugnante; la voz del presidente apenas se dejaba oír entre aquella nube que flotaba en torno del bufete, y que ya tiene fatigados al público y a la Cámara.

La cuestión de la víspera estaba sobre la carpeta; se trataba de averiguar el negocio de las tres cartas; de esos tres dictámenes que habían provocado una lucha tan tenaz en la sesión anterior. Un diputado de la oposición para dar luz al debate, pidió que se diese lectura al acta respectiva como el documento donde debía estar consignada la verdad de los hechos, sobre la autenticidad del dictamen sobre la que rolaba la discusión. La secretaría tuvo un arranque verdaderamente singular, y cuyo ejemplo no volverá a darse en ningún Congreso del mundo: afirmó que aunque en los apuntes del acta nada constaba, en su memoria sí estaba todo lo que pedía la oposición, y que aseguraba bajo la fe de su cerebro, que el acta número uno era la que debía votarse. Si el cerebro del secretario pudiese con sus reminiscencias coserse, encuadernarse y numerarse, de seguro que el expediente estaba redondeado; pero cuando este caso raya en la imposibilidad, necesario es atenerse a la práctica de no hilvanar cabezas, sino papeles, y presentar las actas escritas, que fue lo único que no hizo la secretaría. Pero cuando se cuenta con una votación determinada, todo se acepta y todo pasa, aunque pugne con el sentido común.

Los padres de la patria dijeron amén, y se declaró que aquel dictamen era el que se había discutido, y cartucheras al cañón.

Queremos echar un velo sobre las palabras inconvenientes que se dirigieron al pueblo, sobre todos los cargos infundados que se formularon mutuamente por los partidos en que está dividido el Congreso, para entrar a un negocio que si no se prestara a consideraciones sumamente serias, lo entregaríamos a la hilaridad de los que se divierten con las ocurrencias chispeantes de Olona y Offenbach.

El Ministerio de Relaciones, que había permanecido en el fondo del lago político como uno de los genios de las Mil y una Noches, y metido en un cofre sellado con el anillo de Salomón, apareció en la Cámara como enviado del ejecutivo para dar una desmentida, y éstas fueron las palabras del jefe del gabinete, al orador que la víspera

había asegurado que el ministro Romero estaba de viaje a los Estados Unidos para solicitar la protección americana.

Luego que el presidente anunció que Su Señoría iba a hacer uso de la palabra, levantáronse de sus asientos los diputados agrupándose en torno de la tribuna; las galerías guardaron un silencio profundo, y todo aquel mar revuelto se aquietó como por encanto, para oír al nuncio del gobierno, que esta vez no traía en la mano el parte telegráfico de una derrota, de una defección o de un pronunciamiento.

El Ministro de Relaciones dio tres piruetas y comenzó su discurso diciendo que el ejecutivo rechazaba indignado la especie del protectorado, y que nunca acudiría a ese extremo, fueran cuales fuesen las eventualidades que surgieran durante la revolución; que el ministro Romero no había entregado la cartera de Hacienda al administrador de la aduana, y que la conservaba en sus manos con la misma fuerza que el primer día (aquí dio otras dos piruetas el jefe del gobierno).

Hasta aquí nada había de notable, sino que el ministro parecía por sus convulsiones una rana en la aplicación de la pila de Volta. Animado su señoría con la aprobación de los ministeriales, quiso poner algo de su colete, que por lo absurdo, por lo extravagante, por lo ridículo y por lo impolítico, no merecía los honores del criterio; pero repetimos que las ideas emitidas por ese personaje, encierran cuestiones de alta significación en los destinos del país. El ministro comenzó haciéndose eco de todas las vulgaridades que corrían en la vieja Europa, y que aún se repiten en las pláticas de los Estados Unidos, después de la guerra de intervención.

El Sr. Mariscal dijo que el mundo entero estaba pendiente de nosotros para decidir si éramos capaces de gobernarnos, y que nuestros destinos estaban pendientes de esta resolución; que al ver que por los revolucionarios se habían cortado los alambres telegráficos, se nos tenía por más salvajes que los que recorrían los desiertos del Este; que nuestras revoluciones, a las que llamó motines, nos habían desprestigiado hasta lo infinito; que nuestra nación era un pueblo débil y sin elementos, deduciendo, lo que no pudo ocultar su señoría, que nuestros errores nos llevaban a la absorción americana, y que éramos dignos de la conquista, porque la Europa estaba escandalizada de nuestra conducta; en fin, el Sr. Mariscal arrojó en la tribuna todo el aire que conservaba en sus pulmones, y que había absorbido en los Estados de la Unión Americana, pensamiento funesto que hizo al ministro dar una pirueta, que tocó con las botas la barandilla de la tribuna.

Después de un cuadro tan desgarrador, apostrofó a la oposición, y aquí lo más serio de su discurso; dijo que los opositores eran los verdaderos traidores, por hacer la guerra al Sr. Juárez; y después de una palabra tan dulce y halagadora, los exhortó a unirse a la mayoría que votaba por las facultades extraordinarias. «Señores, dijo, o el gobierno del Sr. Juárez con todas sus faltas, con todos sus abusos, con toda su ignorancia, o el filibusterismo yankee, que nosotros pobres, miserables y débiles, no podremos contener, y ante quienes será impotente hasta el mismo pueblo de la confederación vecina». (Aquí entretegió su señoría cinco piruetas, y pidió un aplauso

a su talento diplomático.)

Vamos a contestar al Sr. Mariscal lo que nos parece más conveniente, porque este pueblo salvaje siempre cuenta con algún defensor, aunque sean insuficientes para tan ardua tarea, dice el ministro que la Europa escandalizada tiene fijas sus miradas sobre nosotros para dar un fallo sobre si somos capaces de gobernarnos. Sr. Mariscal, nosotros somos los que tenemos fija nuestra mirada en la revuelta Europa; nosotros somos los que presenciamos sus horrores y aberraciones: nosotros los que la sentenciamos desde la altura de nuestro criterio; nosotros los que nos escandalizamos con sus altos crímenes y sus injusticias, y ella no tiene el derecho de decidir sobre nosotros, cuando ante el tribunal de la verdad no hemos llegado a la altura de sus extravíos.

La España hace esa gran revolución que se iniciaba más gloriosa aun que la Revolución Francesa; arroja del solio de nueve siglos a la reina Isabel, para injertar en el árbol de la monarquía la rama de la casa de Saboya, y deja burladas las esperanzas de ese pueblo que ha vertido su sangre generosa y noble en los campos de batalla, de ese pueblo que Con lágrimas en los ojos vio partir a Isabel, a aquella mujer querida y adorada en otros tiempos, y que lleva a sus pies el sol del África, sólo porque la creía una rémora para sus adelantos, porque creía que la Constitución liberal y democrática la iba a sustituir, y hoy se encuentra a la víbora en ese nido donde se meció aquella ave del destierro, adonde la alcanzan las bendiciones de los buenos hijos de España. ¿Esa política actual podrá decidir de nuestra ciencia en el gobierno, cuando ha apelado a la corte romana por un monarca?

La Francia entregada a la merced de los prusianos por Napoleón III, y que no habiendo podido derramar la sangre de sus adversarios se baña en la de sus hijos con un furor terrible y exterminador, vengándose de su derrota en los hombres de la Comuna, y pidiendo con las fauces secas y avaras aun de sangre la extradición, porque no está harta de la sangre fratricida; ¿la Francia que yace a los pies del ministro de Luis Felipe, que acepta la república sólo porque él ocupa la presidencia, y que la cláusula primera de su testamento político, será la entrega de la nación a sus antiguos señores y que no sabe a dónde va, es la que tiene fijas sus miradas en nosotros? ¿La Francia que anegó en sangre nuestro suelo, para huir después en precipitada fuga, a una orden de Jonhson, es la que va a juzgarnos por ventura? ¿La Prusia que en su guerra arrebató al Austria en la batalla de Sadowa los ducados y el Lombardo Veneto, que se llevó en la punta de su espada como el botín de una conquista, la Alsacia y la Lorena y el tesoro de la nación francesa, es la que va a juzgarnos por nuestras revoluciones?

La Italia, que batió a Garibaldi en Aspromonte cuando su espada le dio las dos Sicilias; que después de recibir las bendiciones del Santo Padre, esperó el momento de verlo desarmado para arrebatarle la Ciudad Eterna y sentarse en el Vaticano, donde se ha ungido rey, que sus dominios son el fruto de los botines de la Francia y de la Prusia, ¿esa Italia podrá traer a México a sus tribunales?

La Inglaterra, que ayuda al fuerte en sus empresas y conquistas para conservar su equilibrio, que tiraniza a la India, que domina cruelmente en el Canadá, que nos preparó la célebre Convención de Londres, en la que se pactó nuestro desaparecimiento, ¿esa Inglaterra hipócrita y desleal, tendrá algo que echarnos en cara, porque tengamos o no revoluciones?

Los Estados Unidos que nos asaltaron en cuarenta y seis llevándose entre los despojos de la guerra la mitad de nuestro territorio, que han hecho libres a los negros y han esclavizado a los blancos en los últimos instantes del Sur, que aún no pueden dar cima a su programa de reconstrucción; porque las pasiones germinan con más fuerza que entre nosotros, ¿se espantarán de nuestras revoluciones? Esos pueblos no pueden juzgarnos, ¡porque nosotros les pondremos en el facistol del mundo y en presencia de las generaciones el libro de la historia!

Nos amenaza el jefe del gabinete con la Invasión de los filibusteros, y añade que el pueblo americano será impotente ante ellos. Esto no pasa sino en la mente del Sr. Mariscal: ¿qué dirían al oír esas palabras, los soldados que sostuvieron siete batallas en el último día de Richmond; que asaltaron sus muros con una intrepidez digna de los tiempos antiguos, y que han regado con su sangre los campos victoriosos de Sprigfield y de Ball Run?

Si el filibusterismo yankee se desborda, este pueblo que el demente Ministro de Relaciones llama pobre, débil e impotente, se alzaría como en Sonora en nombre de la justicia nacional, acudiría a las fronteras, alzaría patíbulos como los del conde Rousset y Crab y correría la sangre de los filibusteros, como la que ha enrojecido por dos veces las aguas del Pacífico y las turbulentas aguas del Arizona.

El señor Ministro de Relaciones, que no es diplomático, que nunca lo ha sido, que no lo será en el porvenir, ha ido a la Cámara a darle el golpe de gracia al ya desprestigiado gabinete; no ha ido a defender la política del gobierno, no se ha presentado con la actitud patriótica que debía, no ha evocado el espíritu de la nación, lo ha ido a insultar y a llenar de vilipendio; no ha hablado en nombre de las instituciones ni invocado la concordia y la unión para calmar el aliento de la revolución que se cierne sobre la frente de la República. El ministro se ha presentado a exaltar más y más las pasiones, a amenazarnos con el Spencer del filibustero, a imponer por medio del temor y no con el aliciente del porvenir.

Cuando Maximiliano subía las rocas del Cerro de las Campanas, se gritaba por los extranjeros, que las naciones todas aliadas del imperio, atravesarían el océano para exterminarnos, que el peligro era inminente; que caeríamos en el abismo donde Polonia arrastra sus cadenas, y México respondió a esas amenazas arrojándole a la Europa en las aguas salobres del océano, el cadáver del archiduque de Austria.

¡La nación está curada de espanto! Puede el jefe del gabinete abofetear la tribuna y dar cuantos saltos le sugiera su naturaleza nerviosa, que esos peligros que candorosamente nos anuncia serán el último de nuestros cuidados.

El Sr. Mariscal, con ese cúmulo de inconveniencias, ha hecho más honda la

división de los partidos, ha venido a ponerle fuego a las pasiones ya en combustión, a envenenar esta herida abierta en el seno de la República. Nunca habíamos visto como ahora, la extravagancia elevada a la altura del dogma. Cuando lleguen a oídos de la nación las palabras del jefe del gabinete, una carcajada homérica que ha partido de la Cámara, risa de alto desdén y de menosprecio, resonará en los ángulos todos de la República, y será recibida con algazara en el campamento de la revolución.

Los Discursos de Inauguración^[28]

El 1.º de diciembre tuvo lugar la solemne ceremonia, en que el Presidente del Congreso recibió del Jefe del Ejecutivo la protesta de la Constitución, al abrirse el nuevo período que terminará el año de ochocientos setenta y cinco. El discurso del Presidente de la Asamblea tiene algunos pasajes en que perdiéndose del estilo diplomático, se cede a un lirismo en que se descubre desde luego al literato, muy disculpables en quien ha dado pasos tan avanzados en la senda política y a quien se le ha elevado por voluntad de sus partidarios de la Cámara, al escaño de la presidencia en los últimos días del período.

El discurso del Sr. Juárez, trae una idea que nosotros hemos recogido, porque aún no se nos pasa la impresión de las palabras del Ministro de Relaciones, acerca de los temores que abriga su señoría sobre la pérdida de nuestra independencia.

Dice el Señor Presidente:

«Sacrificar el orden y las leyes libremente adaptados a los planes más o menos ilusorios de un hombre, por muy ameritado que se le suponga, sería hundirnos en una anarquía sin término, arruinar por completo los elementos de prosperidad en el país, destruir quizá para siempre nuestra reputación en el mundo, y comprometer en lo futuro nuestra misma independencia».

Estas referencias no pueden hacerse sino a la política de los Estados Unidos, donde se robustece día a día la doctrina Monroe, que acaba de tener una aplicación tan significativa en los sucesos de la intervención.

Recordemos que en la sesión del 17 de noviembre, se pronunció un discurso por el Sr. Mariscal, que llevaba la voz del gobierno en esos momentos, en que aseguró que el epílogo de esa historia de continuas revoluciones que agitaba nuestro país, era el asalto del filibusterismo, ante quien perderíamos irremisiblemente nuestra nacionalidad, porque su empuje era tan poderoso, que ni la confederación americana con sus treinta y cinco Estados, podría detenerle en sus avances. Agregó el señor ministro que el pueblo de los Estados Unidos en sus tendencias características de adquisividad territorial, impulsaría a su gobierno a la anexión, y que tarde o temprano se realizaría bajo tan triste faz nuestro destino.

Confesamos que al oír esa funesta predicción en la tribuna, y viniendo revestida de una autoridad tan notoria, nos alarmamos; porque sean cuales fueren nuestros errores políticos personales, representamos desde el bufete respetado del periodismo, los intereses de una sociedad. Preocupados desde ese día con el razonamiento del señor Ministro de Relaciones, y más aún con los del Sr. Juárez, que pueden tomarse como texto en Europa y en la república vecina, en lo que hay un gran riesgo, nos propusimos estudiar los dos puntos culminantes del discurso del Sr. Mariscal, que se relacionan con la idea emitida por el Presidente de la República.

Veremos si nos es posible explicarnos con alguna claridad. La invasión americana puede venirnos de las dos maneras enunciadas por el Sr. Mariscal; primero, porque el

pueblo de los Estados Unidos venga en son de guerra, y puestos sus ejércitos bajo las estrellas de su pabellón, y previo el ritual del derecho de gentes, o por un asalto rudo del filibusterismo.

Examinemos el primer caso. Un pueblo tiende a su ensanche, cuando su suelo ya no es bastante rico para proporcionarle la subsistencia, ya sea por lo estrecho o por lo infecundo. Pretende la anexión cuando las ventajas de su conquista le sean caras a sus intenciones políticas.

La Unión Americana posee un vasto y rico territorio que puede recibir de visita a la Europa entera, y no acrecerá un palmo de tierra mientras no haya poblado sus posesiones, mientras del Missouri a la California y el Oregón, no estén poblados, mientras las fecundas orillas del Gila y el Colorado no tengan ciudades, como las que se levantan a orillas del Misisipí, mientras Nuevo México y Nevada no sean una potencia de la confederación. Ante ese pueblo cede hasta la naturaleza; nada es improductivo; el desierto es el plano de las ciudades del porvenir. Ya vemos en el Lago Salado, en esa zona donde la lluvia es un fenómeno, y que semejante a la que comienza en África, sigue al Egipto, bañada por las corrientes del Nilo se prolonga en el Asia en una sucesión de desiertos hasta perderse en la India Oriental; en esa zona, decimos, donde el viento se neutraliza en sus corrientes; allí el mormonismo ha realizado un milagro, ha hecho brotar jardines, ha sacado la agua dulce de los senos del desierto; por que en el suelo americano existe desde la raza nómada y salvaje, hasta el hombre perfecto del siglo XIX, el Alpha y la Omega de la civilización; ¡desde las sombras, hasta la luz del espíritu humano!

Cuando el porvenir llama desde la altura de sus destinos a ese gran pueblo; cuando acaso brote una nueva civilización entre los lindes del Bravo y el Sabina, cuando están al realizarse los grandes misterios que lleva a esa nación a cien siglos sobre su época, ¿se pensaría en ocupar al mezquino puerto de Matamoros y los desiertos de Mapimí? Confiese el Sr. ministro que pasó frente al monumento sin medir su altura y sin comprenderle.

Nos dirá el Sr. Mariscal que la Unión Americana busca las bases de su territorio, eso lo comprendemos; por eso en el Tratado de Guadalupe adquirió la Alta California, para echar su ancla en los dos mares, haciendo de San Francisco uno de los puertos más ricos del mundo: por eso ha tenido sus arterias desde la California a Nueva York, burlándose del desierto y diciendo sobre la apertura del Istmo de Tehuantepec.

En esos límites estará contenida por lo menos dos siglos, esa gran nación, a no ser que el gobierno ponga, lo que no es de esperarse, en negociaciones el puerto de Guaymas, u otros puntos del litoral.

Si el Bravo estuviera poblado de fortalezas como las márgenes del Rhin, podíamos inquietar a la nación vecina: pero no teniendo en aquellas riberas sino el alubión de las aguas, todo peligro desaparece.

Se dice que la codicia de las minas es el gran aliciente de la anexión; esa reflexión

puede tener cabida en los espíritus vulgares, no en las inteligencias que comprenden que aunque México fuera presa de la conquista, se respetarían las propiedades, y la Europa entera, si no estaba con nosotros, estaría con los suyos, que son en su mayor parte dueños de esas negociaciones.

Entre las fábulas que se contaron cuando la entrega de la Alta California, fue la de que los americanos ocupaban en son de revolver los terrenos: eso no es cierto, la propiedad fue respetada, y adquirida mediante el oro que allí se consumió en el juego y en empresas locas y aventuradas.

Ya vemos que mientras las necesidades de ese gran pueblo no lo arrojen a nuestro suelo, nada tenemos que temer, y esas necesidades se aplazan para muchos siglos. Además, es tan grande el crisol, que en él se fundiría su misma nacionalidad, y tan arrojado avance daría una nueva forma a las naciones todas del continente.

El acrecimiento del territorio era una amenaza de muerte del actual sistema de la Unión Americana. Un pueblo que descansa la frente en los hielos polares, que llega a la zona tórrida que extiende sus brazos gigantescos sobre el Atlántico y el Pacífico, que se ha hecho dueño del desierto, perdería la fuerza de circulación, donde se extendiese, como una consecuencia necesaria de su grandeza.

La posición geográfica de los Estados Unidos, nos asegura para el porvenir; en cuanto a sus tendencias políticas, ellas están basadas en sentimientos de alta moralidad; acaso ese sea el motivo de su gran respeto a las posesiones inglesas del Canadá. ¡Sus instituciones han determinado su adelanto y su fuerza, ellas los han vivificado, ellas los sostienen a la altura donde los saluda el mundo de la civilización y del progreso!

Volvamos al filibusterismo. Es tan ruin, tan mezquina esa idea, que no merecía los honores del estudio, y no obstante, se nos ha querido poner como un fantasma de actualidad. Basta considerar a un grupo miserable de aventureros saliendo furtivamente de un puerto, sin bandera, sin esa sombra que es la enseña del respeto de las naciones; caravanas de piratas con el anatema del mundo entero, sin más porvenir que el de Crab y Raousset en México, Walker en Nicaragua y Narciso López en la isla de Cuba.

Por más impotentes que se nos quiera suponer, nos bastarían unas cuantas compañías de guardias civiles para arrojarlos de nuestro suelo. ¿Cómo podría vivir una colonia de aventureros bajo tantos peligros? ¿La potencia del Norte sería insuficiente para contener a esos desgraciados? Crea el Sr. Ministro que sin apelar a las armas, cuatro renglones que tuvieran al calce la firma de Grant, serían bastante para conjurar tormenta tan microscópica, menos terrible aun que las que han arrojado a los fenianos a los puertos del Canadá.

Esto no puede ni aun concebirse. Se quiere hacer creer que los Estados Unidos protegerían las expediciones para aprovecharse en las horas del éxito, afortunadamente con el siglo XVI, se hundieron los monarcas, que enviaron con carta de soberanía a Walter Raleigh, a echar entre el grado veinticinco y el Golfo de San

Lorenzo, la primera piedra de la Virginia. El siglo xvii también ha desaparecido con Carlos I y Carlos II, que delegaban su soberanía a Baltimore en Maryland y a Guillermo Penn, el patriarca de los quákeros, en la parte occidental de New Jersey.

La Confederación del siglo xix, no apelará a sus reminiscencias históricas para formar otros Estados Unidos, sean cuales fueren las revoluciones que se agiten aquende las orillas del Bravo.

Estas consideraciones son a nuestro juicio tan palpitantes, que destruyen del todo las ideas sobre anexión y filibusterismo, que el Ministro de Relaciones emitió en la memorable sesión del 17 de noviembre, y que se dibujan aunque en lontananza en el pasaje del discurso del Presidente de la República.

Una Candidatura de Plata^[29]

El movimiento electoral no se deja sentir en el mundo de la opinión.

La lógica de los sucesos ha impuesto la candidatura.

Nadie le contradice.

La sucesión de la ley ha constituido un derecho.

Hay pequeñas olas que se levantan y perecen llevadas por su destino.

Las aspiraciones bastardas no provocarán un conflicto.

Emilio Olivier formando la dinastía napoleónica, sembró la revolución en los campos, ante la actitud hostil de las ciudades.

Revolvió a la Francia, y la entregó atada al extranjero.

La Prusia esperaba esos momentos para lanzar sus águilas a través de las rápidas del Rhin, que atravesó en el silencio de la noche.

La Alsacia y la Lorena fueron el precio de aquella Intriga.

Pueden agregarse a las figuras del reloj de Estrasburgo, los miembros de la familia Imperial.

El pueblo de los Estados Unidos, lucha en estos momentos con el tósigo de la reelección. El general Grant pierde terreno en las convenciones.

Desconfiamos del sable en el solio de las repúblicas.

Estamos acostumbrados al frac negro.

La espada necesaria en el Ministerio de la Guerra, ha echado el más horrendo desprestigio en el gobierno de Juárez.

Afortunadamente el general Mejía, comparece hoy a los consejos de gabinete, sólo en efigie, como el *Convidado de Piedra* de Tirso de Molina.

El resto del ministerio es la fórmula de los testigos de asistencia.

El Presidente actúa por receptoría.

El gabinete de Juárez es un papel de bienio pasado, que la mano de Lerdo habilita para el período de interinato.

Los Capuletos se visten de Montequios en el último acto.

Un año hace que se preparaban en el Teatro de la Nación las elecciones del Presidente.

El Ministerio de la Guerra expedía despachos por los cuatro vientos de la República.

Las caravanas reeleccionistas asentaban sus reales en los pueblos y las aldeas.

Donde no alcanzaba el dinero, se pedía limosna de votos.

Donde no había habitantes se inventaba un padrón.

La gran cuestión que hoy se agita en el país vecino sobre los derechos de la mujer, fue declarada en la reelección en que se concedió a la mujer el voto.

Los niños de teta eran electores.

¡He aquí los grandes efectos de la popularidad!...

Fue de tan baja estafa la elección, que un municipal pretende haber decidido la

presidencia de Juárez.

Eso es tan cierto, como que la distinguida sociedad mexicana, escogió para que la representase en la asamblea, por el primer distrito de la capital de la República, a un extranjero nacionalizado.

Ese hecho quiere decir que las clases ilustradas de México, no se complicaron en aquella suplantación.

No sabemos a cuánto asciende la cantidad empleada en las elecciones.

La cifra desaparece en los gastos extraordinarios.

Los té-electores arrojan una suma muy regular.

Las campanas de Catedral se anticiparon a celebrar el triunfo.

El gobierno del Distrito obró conforme a ordenanza, «horas antes y no minutos después».

El encargado de las cédulas, en el Congreso, las hizo de un metro cúbico para que se viese clara la cuestión del voto.

Se tenían desconfianzas en la hora solemne.

Los porfiristas se retiraron a formular el Plan de la Noria.

Los lerdistas pasaron al salón de desahogo.

Ahora es cuando comienzan a desahogarse.

La consigna proclamó la reelección. Ya podía libremente el gobernador de Distrito entregarse a los solares del repique.

El telégrafo anunció la victoria, y en los Estados Unidos se solemnizó el resultado del voto espontáneo del pueblo.

Ese día se tejió la mortaja de Félix Díaz.

El fausto acontecimiento de la reelección hecho tierra sobre los lagos de sangre de la Ciudadela.

¡No hay como la paz de los sepulcros!

El Ministro de la Guerra, que anda pálido y trémulo como D. Fernando el Emplazado, con la cita de los Carbajales, pronunció el *vae victis* de los anti-reeleccionistas.

El paño mortuorio de Juárez, ha servido para vendar la arteria por donde amenazaba desangrarse la República.

El Ministro de la Guerra queda como un tigre en su cubil, disputando las últimas víctimas a la amnistía.

Para contener el instinto feroz de las boas, la naturaleza les ha impuesto algunos meses de digestión.

Mejía es capaz de sentarse tres veces por día al banquete de la matanza.

Las descargas de la fusilería son para su alma las armonías de Mozart.

Al disolverse el ministerio de junio, quedó Mejía en pie para proclamar el desaparecimiento de un gobierno, como la estatua de Lord Wellington anunciando el desastre de Waterloo.

En tanto el ex-Ministro de Relaciones navegaba en el Golfo de México, llevando

las Cartas de Urías a la Casa Blanca de Washington.

El ex-Ministro de Hacienda, visita hoy las ruinas de Uxmal, después de haber hecho las del tesoro.

El de Fomento queda como monolito de la administración hundida.

Como la peña que venera la historia americana donde saltaron los primeros pobladores de la Nueva Inglaterra.

Ese gabinete acompañó al presidente Juárez desde la primera hasta la última quincena. El Alpha y los Omega de la Hacienda Pública.

Saturno se devoró a sus hijos, la pasada Administración se comió a sus bisnietos.

Lerdo ha recibido deudas y compromisos tremendos.

Las aduanas están en quiebra.

La rentas públicas comprometidas por cantidades enormes.

Se necesita el trascurso de muchos años para pagar las deudas.

La bancarrota era probable.

La vaca está moribunda, pero todos los tísicos quedan alimentados.

Administrar sin hacienda es un problema que no está resuelto.

Se necesita del crédito.

¿Quién refacciona?

La moralidad y la honradez.

La Administración pasada conseguía empréstitos pero el agio la devoraba.

La cuestión económica estaba perdida.

Un gobierno interino no tiene crédito para cotizar, su transición le arrebató las bases. Nadie se fía de la eventualidad.

No obstante, el presidente Lerdo ha conseguido un empréstito de medio millón.

Éste es un fenómeno en la política.

El comercio ha declarado que no tiene inquietudes por el porvenir.

El comercio acaba de proclamar la candidatura de Lerdo, su triunfo es inevitable.

Los intereses comerciales, discurriendo unánimemente no se equivocan.

Los intereses tienen doble vista, son nictálopes, ven en medio de las tinieblas.

Estas candidaturas de plata no se derrumban.

El parto será feliz.

El comercio ha abierto con una llave de oro las puertas de la confianza pública.

La seguridad de la elección puesta en los libros de caja, es infalible.

Sólo el comercio francés pudo equivocarse en el empréstito de París, al constituirse el imperio mexicano.

Cuando la partida doble se une a la cuestión política, le da una evidencia matemática.

Lerdo será presidente de la República.

No estamos en la lonja de la reelección, ni en el pacto de las cédulas.

No se está dividiendo en campamentos el territorio, sino en distritos electorales.

La libertad se constituye donde el amago acaba.

La regeneración se inicia en la clase más difícil de la sociedad.
El comercio es lo último que habla al advenimiento de un gobierno.
Hoy el capital pide la palabra.
Grande se anuncia la administración de Lerdo, a juzgar por los prolegómenos.

16 de Septiembre^[30]

Compatriotas:

El siglo XIX abre su gran concurso a las nacionalidades modernas. La alta civilización de la época trae a juicio a las ideas del presente, regeneradoras en el porvenir.

Los pueblos pensadores están convocados, la tribuna está abierta.

Presentemos los contrastes de la historia en su alta significación filosófica hacia la época de nuestras grandes reminiscencias.

El siglo XV es el siglo llamado del Renacimiento, el siglo de la brújula y de la imprenta, de los navegantes y de los viajeros, el siglo de Colón, de Gutenberg y de Magallanes.

El siglo XVI, llamado de la Edad Media es el siglo de las guerras religiosas, de los caballeros y de las damas; es el siglo de la batalla de Lepanto donde se salvó un mundo moral y de la batalla de Otumba, donde se perdió un mundo físico; es el siglo de Carlos V, de Francisco I y de Felipe II; de D. Juan de Austria, de Hernando Cortés y de Francisco Pizarro.

El siglo XVII es el siglo en que brilla la filosofía y brotan las ciencias naturales con mayor vigor; es la época de los grandes estudios, el tiempo en que el mundo se recoge para pensar: el Siglo de Descartes y de Newton.

El siglo XVIII es el siglo en que se cerró la puerta a los principios sociales antiguos y se abrió a los nuevos; es el advenimiento de la gran civilización que está glorificando al mundo en la actualidad, la época de la resurrección del derecho y el principio de la regeneración política universal; ese siglo comienza con la risa de Voltaire, sigue con las meditaciones de Rousseau y concluye con las osadías de Dantón y los arranques de Robespierre.

¡El siglo XIX es el gran siglo de la dignidad humana!, el siglo de la libertad y de la independencia de los pueblos; en este siglo han llegado a la virilidad los Estados Unidos: se emanciparon las repúblicas de Sudamérica y nació México como pueblo independiente. El período que llevamos ha hecho conocer las maravillas de Washington, las heroicidades que desplegó Bolívar, los prodigios de Hidalgo: es la edad más resaltante de las Américas.

Allá, en el viejo continente, los alardes del trabajo, las ostentaciones de la industria, los grandes descubrimientos de las ciencias, las fascinadoras solemnidades de la ebriedad sensual, las guerras de la política sustituyendo a las de la conquista, los célebres congresos afectando la paz, los linderos de las nacionalidades oscilando al soplo de las ambiciones monárquicas; en suma, el triunfo de los reyes, la derrota de los pueblos.

La Europa con sus exposiciones, con sus concilios ecuménicos, con sus combinaciones diplomáticas, con sus victorias y sus triunfos; arguye para los

pensadores mucha vida exterior, poca grandeza interior: las naciones serán colosales pero los pueblos pequeños. Éstos tienen las coronas de Watt y de Grey que brillan poco pero que valen mucho: aquellas tienen los laureles de Napoleón y de Guillermo de Prusia, ¡que brillan mucho y que valen poco!

En la América hay prodigios de otro género: se liberta a millares de esclavos, sancionando para siempre la dignidad del hombre; se hace la reforma de las creencias depurando el espíritu y la conciencia; se proclaman las constituciones democráticas, evangelios de los tiempos modernos; y se constituyen los ciudadanos, esa entidad todavía más grande por el valor de sus derechos que los quintes romanos.

Trazado el gran cuadro de los siglos, marquemos las atingencias históricas en las páginas abiertas del Nuevo Mundo.

Va corriendo la segunda mitad del cuarto siglo, de aquella época memorable en que Cristóbal Colón llevado por el fraile Hernando de Talavera salía como un sonámbulo del convento de la Rávida, para arrojar sus planos a los pies de los Reyes Católicos.

La borla del doctorado puesta a la cabeza de la ignorancia, protestó contra el sentido de los cálculos geográficos.

No habían salido aun del campo de Josué en la batalla de los maronitas.

La ciencia declarada loca, vagaba perdida en las tiendas del campamento cristiano frente a las torres de la Alhambra, urna afiligranada donde se depositaban los últimos restos del gigante poder de los sarracenos.

¡La gloria mendiga, pidiendo un óbolo al siglo para inmortalizarle!

Moisés se había detenido frente al peñasco pidiendo una vara para desatar el torrente.

Cuando la ciencia de entonces había pronunciado su última palabra y declarado un romance, la existencia de un nuevo continente, sólo podían aceptar el pensamiento dos seres en el mundo.

Una mujer o un poeta. Dos seres llamados a la realización del prodigio.

El hombre piensa. La mujer se apasiona.

La fantasía aplicada a la verdad sorprendida admiraría al mundo.

Dos locuras producirían el relámpago a cuya luz aprendería la historia.

El pensamiento parecía exhalar de las ruinas de la Italia antigua y asimilarse al espíritu emprendedor y atrevido de los godos.

Dos imaginaciones brotadas en esas zonas: Isabel la Católica y Cristóbal Colón.

La matrona no se complicó con la soberana.

La gloria no es de la reina.

Por derecho divino le toca a la mujer.

Ella ha nacido para quebrantar la cabeza de la serpiente.

Las joyas de la dama entregadas a la usurera realizarían el portento.

La hora había sonado.

Tiróse el genovés sobre la «Santa María», y las tres barcas se arrancaron de

Puerto de Palos para perderse, como las aves marinas, en las tormentas del océano.

La confusa gritería de la tripulación y la viva llama del entusiasmo, se apagaron ante el abismo de lo desconocido.

Las leyendas y tradiciones marinas sorprendieron el ánimo de los navegantes.

El sentimiento de la fe entró en vacilación.

No tardaría en rebelarse.

La expedición llegaba a los límites del cálculo.

La ignorancia se constituyó en una protesta terrible.

Estalló la rebelión abierta.

Muerto el almirante, el timón estaba roto; la aguja náutica despedazada.

La catástrofe era la evidencia.

¡Aquella frente era invulnerable!

El furor estúpido de la ignorancia propuso a la ciencia una transacción vergonzosa.

El cálculo aceptó las condiciones.

El almirante llegó horas antes al lugar de la cita.

¡El Nuevo Mundo estaba descubierto!

Dejemos el prólogo del desastre en las islas españolas, y volvamos la vista al continente que veinte años después caería en las brasas de la conquista.

El labio enmudece, la mano es la que señala.

No preguntéis por el pueblo que fecundaba con su inteligencia los campos del arte y la filosofía de un siglo, volved la vista a los monumentos.

Esos vestigios gigantes en el suelo abrasado de Uxmal, esas ruinas monumentales, gloria del buril de nuestros antepasados. Esas rocas cinceladas de Etlá y de Mitla, esas pirámides de Papantla, los escombros de Palenque, las pirámides de Teotihuacán, esas piedras preciosas que como unas joyas recogemos en nuestros museos, esas esfinges, esos caracteres de piedra donde se guardan los cálculos astronómicos, vestigios por do quiera de una alta civilización a donde llegan asombradas las especulaciones de la historia, donde se siente abismado el espíritu humano.

¡Valen más esos escombros, que las ruinas del Coliseo, que las exhumaciones de Pompeya y que los arcos hundidos de los emperadores romanos!

En medio de tanta luz debía tender una sombra el error de los hombres... ¡la barbarie de la religión pagana!

El pueblo azteca era el arte y la inteligencia.

Su religión el cáncer de su cultura.

El sacerdocio con su mitra calada y esgrimiendo sus dardos de obsidiana, frente a la esfinge y al jeroglífico chorreando sangre.

¡El paganismo prostituyendo el sentimiento humano!

He aquí la situación de los pueblos al advenimiento del siglo XVI.

La bandera arrancada a los mástiles de la Santa María y plantada en el suelo

descubierto, fue el símbolo de sus destinos.

La España, envuelta en el desastre, aplazó la conquista, dejando al filibusterismo los honores de la aventura, y las investigaciones marítimas a los portugueses que habían descubierto el Cabo de Buena Esperanza.

Más tarde vendría Alejandro VI, el padre de César Borgia, a trazar una línea sobre el globo para marcar los límites entre los conquistadores.

Mientras que Hernán Cortés entraba a saco en el templo indio, y derribaba a las deidades y al sacerdocio, Carlos y saqueaba a la Ciudad Eterna.

¡El católico monarca tenía prisionero al Pontífice, y mandaba tocar rogativas por su libertad!

El Rey de España y Emperador de Alemania llenaba a la Europa con el nombre de sus hazañas.

Su potente brazo había llevado sus estandartes a los campos de Pavía, para amortajarse después en el monasterio de Yuste, en presencia de sus funerales.

¡El único hombre que se ha detenido delante de su cadáver!

¡En tanto, la América caía acuchillada a los rudos golpes de la traición y de la guerra!

No es para vosotros un misterio la heroicidad de nuestros padres.

Nos basta saber que ese pueblo no cayó de rodillas a los pies de sus vencedores.

¡Ensangrentó la arena dando el espectáculo de una agonía sublime!

Su tumba quedó entreabierta, velada por los genios de la resurrección.

Dormía un letargo de tres siglos.

Al despertar se encontraría restañado en sus heridas y fuerte para la lucha.

Demandaría una gran reparación a la historia.

Pediría cuenta de sus destinos al porvenir, delante de seis generaciones de espectros en que se confundían conquistados y conquistadores.

Se presentaría terrible con la macana antigua.

¡Vengaría los ultrajes de tres siglos!

No reedificaría el templo ni levantaría sus altares a la deidad proscrita.

Recobraría sus libertades en el foro de la civilización del cristianismo.

Se proclamaría soberano desde la alta trípode de la cultura moderna.

Estamos delante del libro abierto de nuestros recuerdos.

La libertad azteca había muerto, el Imperio de Moctezuma era un cadáver enterrado en sus palacios.

El genio mexicano, no pudiendo volar por los espacios nuevos, ocultaba sus doradas alas bajo el velo de tristeza con que la esclavitud sofocó su voz omnipotente.

Ya no eran los tiempos de la grandeza antigua; las ciencias que vivieran en Texcoco, la Atenas de América, habían desaparecido: la lira de Nezahualcóyotl estaba rota; las pesadillas fantásticas de Papantzin se habían extraviado entre los combates; los altares de Tlahuicole y Xicoténcatl estaban hechos pedazos, y en vez de recibir las blancas flores del corazón, sólo recibían las ardientes lágrimas del

desengaño.

La dinastía de los reyes acabó en un cadalso con Guatimoc.

Los patriotas parecían haberse extinguido con Cualpopoca; y con la batalla de Otumba, donde se perdió un mundo y con la toma de Tenoxtitlán donde se cambió una raza y naufragaron las esperanzas de un pueblo. Los dioses huyeron y México, como la Niobe de la fábula, herida de innumerables dardos, quedó postrada, sin el sostén de sus guerreros que mantenían su honra, sin los resplandores de la mitra de Huitzilopochtli que le auguraba el cielo.

Sola en el silencio de los siglos y arrodillada como una arrepentida en el dintel de las catedrales, el genio de su libertad se mecía bajo las bóvedas de la Iglesia Católica.

La palabra brotaría de los labios del sacerdocio.

El pueblo-rebaño seguiría la suerte de sus pastores.

La campana del templo tocaría arrebato.

Hidalgo, como el San Gerónimo del juicio final, llamaría a la resurrección a las generaciones muertas.

La ancianidad convocaría a la juventud, la religión haría un llamamiento al patriotismo.

El genio de la guerra se despertó en el silencio de la noche, para pedirle a Dios la espada vengadora del arcángel.

Irradió la luz en medio de las sombras como las auroras polares; se conmovió el suelo al sentir las pisadas del hombre.

La heroicidad humana estaba sobre la tierra.

En el alto pedestal de la historia se levantaba como un coloso la inmortal figura de Hidalgo, disputándose las miradas del universo.

Allí le verán cien y cien generaciones como a Jesucristo sobre el Tabor en la hora soberana de la transfiguración.

Ningún astro ha recorrido una órbita más extensa en tan corto espacio.

Es un poema escrito en un solo canto.

¡Qué peregrinación tan heroica en el trayecto del altar al cadalso!

La idea de un siglo condensada en la figura sublime de un hombre, arrastrando tras sí a una generación de mártires en las turbulentas olas de ese Mar Rojo de la revolución.

Esforzado en los combates, grande en las vicisitudes, majestuoso en la impiedad de la degradación, sereno ante la muerte, dejó su nombre escrito es la historia de la grandeza humana.

Las cifras monumentales de su gloria sobrevivirán a los cataclismos.

¡Hidalgo es una estrella fija en el cielo de los pueblos oprimidos, un sol de fuego en el cielo de las nacionalidades redimidas!

¡Podrá desaparecer la Montaña de las Cruces, podrán fundirse las rocas de oro de Guanajuato, borrar del mapa geográfico el punto de Dolores; que mientras quede una sola página en la historia de la libertad americana guardará como un tesoro el

nombre de Hidalgo!

Sobre el patíbulo del patriarca se alzó aterradora la gran figura de Morelos, saludada después por el vencedor y el vencido de Waterloo.

¡Grande homenaje a la heroicidad de nuestro caudillo!

El sitio de Cuautla vale más que las dos épocas de Estrasburgo; ¡es tan heroico como el de Zaragoza!

El destino, manifiesto de la grandeza de los hombres, llevó a Morelos al terrible drama de la Inquisición, cuyo postrer acto tuvo en Ecatepec su manifestación gloriosa en sus altas consecuencias políticas.

El hombre de la guerra y de la diplomacia condensó el pensamiento de Hidalgo, le dio forma a la revolución, la alumbró con el relámpago de la Inteligencia, la determinó en el mundo del porvenir y selló con su sangre el éxito de su conquista.

Proscrita la libertad entre el polvo de los combates y el espanto de las derrotas, buscó como las águilas un asilo en los peñascos.

Guerrero asumió el destino de la gran obra; el genio del heroísmo sacudió sus alas sobre la frente del coloso y sus armas se templaron en el fuego encendido de la patria.

Se levantaba su grandiosa figura en las horas del combate, como el mástil de un buque en los momentos de la tormenta.

Era un astro que se eclipsaba en las horas de la victoria.

Cedió hasta su nombre en aras de la patria.

Su voz de trueno fue el grito de la guerra, el aliento de sus soldados, la esperanza del éxito, la heroicidad ante la muerte.

Ardieron las rocas del Sur como el Sinaí de la revolución; improvisáronse las montañas en cadalsos, bajó la sangre de las alturas como las rápidas de los Alpes a las confusas olas del Adriático, y la bandera victoriosa de Iguala llegó al corazón de esta tierra, como una reivindicación del desastre de tres siglos, en la mano misma del soldado más terrible de la monarquía en América.

Entre Guerrero e Iturbide se interpone el testimonio de la historia, el juicio de los contemporáneos, el fallo solemne de esta generación.

Aquellos mártires han dejado sobre los altares de la historia el hecho más glorioso que determina el espíritu de nuestro siglo: ¡La INDEPENDENCIA DE MÉXICO!

Si esta generación ha cumplido con la voluntad augusta de nuestros padres, dígalos el gigante movimiento de la Reforma.

No parece sino que la República, jadeante de cansancio, se detuvo treinta años para emprender la tremenda lucha de regeneración.

Los dominadores habían desaparecido con su época; pero quedaba el templo vivo de sus tradiciones.

El Estado dentro de la Iglesia, el absolutismo ahogando el pensamiento de una constitución, las garantías sociales suprimidas, ahogada la idea filosófica de una civilización bajo las bases de la cultura actual.

El gran movimiento que se opera en las sociedades todas del siglo XIX, nos ha

impulsado al terreno en que nos encontramos. En el viejo continente, el absolutismo monárquico desgastándose en su perpetuo choque, los pueblos fundiéndose en el crisol de la conquista, el Rey Guillermo renovando las escenas de los tiempos medios, la barca de la Iglesia Católica naufragando en los mares de la Italia unida, convirtiéndose el *non possumus* de los apóstoles en un grito de agonía espantosa.

La Francia proclamando la república imposible en el seno turbado de la Europa.

El Nuevo Mundo llevará sus ideas de libertad al viejo continente, que se amortaja con los sudarios de la tradición antigua.

Una sana filosofía llama nuestras ideas al solio del mundo.

Estamos delante de la historia; no despertemos en el corazón de nuestro pueblo el lirismo de un entusiasmo patriótico; convoquemos el espíritu pensador, que dirá sobre los problemas sociales que se agitan en el cerebro de nuestra época: echemos los cimientos del porvenir.

Estamos en el gran prólogo del advenimiento democrático y constitucional; nuestro estandarte lleva escrito este lema: «Ahora o nunca». Desde el Capitolio alcanzamos la roca Tarpella.

La paz sobre los cimientos del código, o la barbarie de la revolución y el hundimiento de la república.

Nuestro pueblo ha derribado dos tronos en medio siglo; un año más de guerra, y la nación será la derribada.

Estamos suspendidos entre el cielo de la esperanza y el abismo de la desaparición.

Sobre nuestras cenizas pesará el juicio de la historia.

O la maldición de un siglo, o la bendición de cien generaciones.

Los hombres de todas las civilizaciones han evocado en el sacerdocio del patriotismo a sus héroes y a sus dioses, han quemado incienso en los templos de las deidades protectoras.

Dios y la patria están delante de nosotros; Dios, circundado del iris, envía su aliento de paz entre los hombres; la patria proclama la fraternidad humana; el cristianismo y la época se asocian en el gran principio de la libertad. Obedezcamos al impulso desconocido, y a la voz que nos llama a la realización de nuestros destinos.

Llegamos a través de una penosa peregrinación a formar la iglesia democrática, como los cristianos de los primeros siglos.

Los proscritos de las catacumbas tenían por herencia una cruz, a quien se volvían en los momentos de la suprema angustia.

Nosotros tenemos el patíbulo de Hidalgo, de Morelos, y de cien y cien mártires sacrificados en aras de la Independencia, y allá en el último horizonte de la historia, la luz rojiza que aún alumbra tres siglos de desastres, luz desprendida de la hoguera inextinguible de Guatimotzin.

En nombre de los apóstoles, de los mártires, de los profetas de la democracia mexicana, os conjuro desde la altura de esta tribuna y delante del recuerdo de nuestros padres, a que trocando el sable de la discordia fraticida por los frescos

laureles de la paz, paguemos un tributo a la civilización de nuestra época, un homenaje al sentimiento cristiano en el ahorro de la sangre humana; proclamemos ante el juicio implacable de la Europa, que esta nación vengadora en la hora de sus terribles sacudimientos, conserva la majestad serena en su marcha hacia el progreso y a la libertad.

Levantémonos a la altura de nuestros destinos, y saludemos a las generaciones del porvenir, con ese grito que se torna en un canto de guerra a la hora del desastre, y en un himno de gloria en el momento augusto de la reconciliación.

¡Viva México!

¡Viva la República!

¡Viva la Independencia!

El Día de Difuntos^[31]

¡Oremos por los que han muerto!

Ellos han llegado antes que nosotros al término de su camino.

No es dado al pasajero ver lo que hay tras de los mármoles de la otra vida.

«No hay nada más allá», dice la locura desesperada de los hombres.

La filosofía enmudece.

La ciencia extingue sus altas especulaciones.

La historia es importante.

Es necesario acudir a la luz purísima de la fe.

Apelar al sentimiento religioso para buscar en el seno de una oscuridad perenne una esperanza vivificadora.

Cuando el alma no haya en su torno quien le alumbre, se vuelve al cielo en pos de una verdad desconocida.

¡Dios!

¿Pasará el hombre como las nubes arrebatadas por el viento?

¿La existencia será una ola perdida en los mares tumultuosos de nuestros días?

¿Desaparecerá como una estrella que se apaga en el firmamento?

¿Esta obra del creador estará destinada a confundirse en el mundo incógnito de la predestinación?

¿Este espíritu inteligente, que no pertenece a la materia, que lo sentimos fuera de la destrucción, intacto, y sobre el cual no se hace sentir la acción destructora del tiempo, bajará con nosotros a la tumba?

¿Partirá de nuestro ser en la hora del fallecimiento, para confundirse con el mundo de los espíritus?

¡Arrancadnos este velo que cubre nuestra inteligencia, decidnos algo sobre el alma!

¿Las revelaciones de los hombres nada dicen que pueda sacarnos de las tinieblas en que nos agitamos?

¿La ciencia humana no ha penetrado todavía en los misterios de ese arcano?

La verdad es que la cadena no interrumpida de los seres, se hunde y se hunde sin cesar en el seno de la tierra.

Que el corazón va perdiendo una a una las hojas de su existencia para llorar a los que se van, y gemir por los que se quedan.

¡Que todo cuanto nos rodea tiene que desaparecer!

¡Que la hora de la muerte es indeclinable!

¡La conciencia que no se rebela ante los hombres, sabe que tiene un juez inexorable, siente proyectar una sombra sobre los pasos de la vida!

¡La sombra de Dios!

Cuando la tribulación humana, no encuentra refugio sobre la tierra, apela a Dios, cita a los hombres ante el tribunal augusto.

Hay mucho de terrible en ese aplazamiento a la justicia eterna.

Nuestras perpetuas aspiraciones nos llevan a la inmortalidad; no contrariemos el torrente de nuestro espíritu.

Queremos vivir tras del sepulcro, allí, en aquel horizonte hay una estrella misteriosa que ilumina los mares de lo desconocido.

Pensemos sobre nuestra existencia para consolarnos.

El acaso es la negra filosofía del sentimiento pervertido.

La armonía de la creación reconoce una voluntad suprema.

Dios está de manifiesto en el gran cuadro de la naturaleza visible.

Nos dice de su presencia, desde el rugido de la tempestad y los rumores del océano, hasta las palpitaciones del corazón.

Desde el sol que gira en el espacio entre las irradiaciones de fuego, hasta la luz fosfórica del meteoro.

Desde la montaña cuyas nieves acarician las nubes, hasta la arena imperceptible que se esconde en el fondo del océano.

Y sobre la gigante cúspide de la creación, la obra privilegiada del Hacedor: EL HOMBRE.

Bajo su pecho palpita una alma gigante que abarca el cielo cubre la tierra con sus alas.

Sobre su frente se tiende el arco de la inteligencia, símbolo de la dignidad humana.

Mide las distancias, calcula el giro de los astros, examina la planta, aprisiona la luz, el aire, el calor, domina el mar hasta en la tormenta y toma el acento de Dios para avasallar el mundo que le rodea.

Esa alma no puede caer herida al rayo de la muerte.

Esa inteligencia no vive aprisionada a una vida deleznable y mortal.

¡Qué importa la desaparición si el espíritu resucita a las grandes promesas de la existencia eterna!

¡Silencio!... ¡Hemos llegado al tósigo amargo de la humanidad!

Detengámonos un instante frente a ese drama que se llama la muerte.

No hay hora más sombría que la del tránsito...

Es la hora del misterio...

Desde el espíritu mas privilegiado hasta el alma ciega por la ignorancia, va a confundirse el espíritu generador que nos envuelve.

La materia desaparece bajo la forma perecedera del hombre.

La nada se recobra en una lucha desesperada.

El ser desaparece.

¿Qué hay más allá?...

He aquí la perenne inquietud del espíritu.

El pensamiento parece encarcelarse en el cerebro sin producir una fosforescencia que ilumine tan espantoso caos.

Ya que la fe nos descubre los horizontes azules de la otra vida, bajo la santa promesa de una resurrección, inclinémonos ante esa palabra misteriosa, y hablemos con los que fueron.

La humanidad viene ensayando las grandes tribulaciones, y no obstante, el dolor nos sorprende como lo inesperado.

Por más que aguardemos a la muerte, siempre ella será una novedad en el supremo instante. ¿Qué fuera del hombre bajo el peso de la inmortalidad?

La muerte es el último toque dado por la mano de Dios al gran cuadro del Génesis.

A la cuarta generación, la misma naturaleza confunde a los padres con la multitud humana. El respeto a nuestros mayores se hace universal.

Todos son padres de la generación viva.

Los lazos de la familia íntima están perdidos.

La muerte es la suprema de las necesidades.

Es el principio de la moral eterna.

Un hombre inmortal estaría fuera del alcance del cielo.

Sería un reo sin tribunales.

El aplazamiento a la justicia de Dios es la virtud sobre la tierra.

No habría conciencia si el sepulcro estuviera cerrado.

El temor de Dios era una sombra.

El ateísmo es la desconfianza y la inquietud de las sociedades.

Es más temible un descreído que un inmortal.

El que nada teme ni espera, no hará un bien a la humanidad.

¡Gloria a Dios que nos ha dado la muerte!

El rayo destructor lo pediríamos por misericordia.

Puesto que el fin del hombre es providencial, y que la desaparición es él bien inestimable en la naturaleza, apuremos con valor ese tósigo amargo que nos abre las puertas de una existencia desconocida.

Si el tránsito por el mundo estuviera tapizado de rosas, bien haríamos en llorar la ausencia de un goce perpetuo.

¡Triste humanidad que va en peregrinación trabajosa, herida por los azotes de una tempestad terrible, y vuelve aún sus miradas hacia el paso recorrido, como si dejase en su pos un paraíso!

Negras ingratitudes, pesares tremendos, por una sonrisa fugaz que se convierte en una contracción de sufrimiento.

¡Vosotros, los que dormís el último sueño bajo las costras de la tierra, quedad en paz, como los despojos de la tormenta humana!

¡Niño inocente, cuya cuna se mece en los brazos de un ángel, la felicidad callada del sepulcro es una dicha para ti, que no has sufrido los horrores del infortunio!

¡Doncella inmaculada, que yaces bajo el pabellón de rosas blancas que se tiende sobre tu lecho, reposa sosegada ya que tu corazón no fue combatido por los huracanes

del mundo!

¡Y tú, hijo del sufrimiento y de la tribulación, para quien la muerte ha sido el término de los pesares, no pidas el aliento de la resurrección a esta vida de angustia!

Nosotros, que permanecemos en pie sobre esta tierra de desastre, nos prosternamos ante vuestras tumbas, no para pedir por vosotros, sino en demanda de vuestra protección.

Solos y tristes como las desgajadas palmas del desierto, juguete de las tempestades, vamos impelidos por el huracán de las vicisitudes.

Arrastrados como las olas del océano, corremos a extinguirnos en esas playas donde se han apagado generaciones de generaciones...

Los pueblos todos de la tierra asocian en una hora sus recuerdos, para pensar en vosotros, los desaparecidos.

Hay un gran monumento de respeto en la sociedad humana.

¡Las creencias de los hombres bajo el amparo de todas las religiones, murmuran una oración sobre ese suelo donde se esconde el polvo de vuestros huesos!

Esta tierra empapada de lágrimas, es el arca santa de nuestras afecciones.

¿Quién no ha apurado hasta la última gota de su llanto sobre la losa de un sepulcro?

¿Dónde está ese ser feliz que no ha llorado la desaparición de un ser querido?

¿Quién puede librarse de esa mortal pesadumbre rompiendo los eslabones de la cadena humana?

¡Ese ser privilegiado no pertenece a la familia de los hombres!

¡Misera humanidad!... ¡tu destino es el dolor, tu misión, el sufrimiento, tu porvenir, la muerte...!

Un sepulcro, arroja la gran reminiscencia de nuestro ser mezquino y predestinado.

Las cruces en los cementerios cristianos, las ramas secas sobre las tumbas del desierto, le dicen a la humanidad la sublime veneración a los que fueron.

¡La muerte es la religión de las religiones!

¡Cada sol que pasa, cada momento que se desliza, cada golpe del cronómetro señala la desaparición constante de los hombres!

¡Terrible es el movimiento de la muerte!

Cuanto nos rodea sigue la marcha indeclinable de la destrucción eterna.

No sólo es perecedera esta existencia deleznable de la criatura, ella sigue el destino universal.

La tierra era lo que el sol: fuego, irradiación, luz y calor.

Todo lo ha perdido; queda con el fuego latente en sus entrañas, un calor que se pierde hora por hora en una agonía prolongada y trabajosa.

El enfriamiento de sus extremidades está determinando una muerte próxima.

Un paso más, y será lo que la luna, ¡un astro cadáver!... allí arrastra una atmósfera miserable, sobre aquel terreno calcinado donde apenas se reflejan los rayos solares.

La tierra está delante de su pasado y su porvenir, como un joven entre su padre y su hijo.

¡Allí la vida con todo su esplendor; más allá la muerte con toda su majestad solemne!

¡Sólo Dios, principio y fin de todo cuanto existe, vivirá inmortal, centro de la creación entera!

¡Resignémonos con nuestro destino, y saludemos con las lágrimas de nuestras afecciones a los que nos preceden en el eterno viaje!

¡Ellos han atravesado ese camino que no es dado explorar a la pobre inteligencia humana!

¡Inclinémonos delante de la verdad no comprendida!

¡Cerramos nuestras cuentas en el mundo, y con la conciencia inmaculada, reclinémonos satisfechos y tranquilos en el seno callado de la muerte!

El Presidente Constitucional^[32]

El domingo 1.º de diciembre del año que vamos acabando, el presidente de la Alta Corte tomaba posesión de la Presidencia Constitucional de la República.

Nunca la majestad de la nación se había ostentado con más pompa ni esplendor.

La Cámara estaba de gran lujo; el salón brillaba como una ascua de oro, orgulloso de contener en su seno lo más distinguido de nuestra sociedad política.

El cuerpo diplomático, los dignatarios del Estado, lo más ilustrado de la nación, formaba aquella concurrencia que asistía a la solemne ceremonia.

Dejáronse oír las detonaciones de la artillería que anunciaba desde la Plaza Mayor, que el alto magistrado salía de la residencia presidencial al Cuerpo Legislativo.

Una procesión cívica, seguida de un numeroso concurso, llenaba las avenidas de tránsito.

Los templos todos de la ciudad, echaban sus campanas a vuelo, dejándose oír un repique clásico, por cima de un clamoreo constante y de las músicas militares.

Repentinamente la concurrencia que llenaba completamente la Cámara se movió como las olas del mar a los golpes del viento.

El flujo y reflujo de la gente se hizo más precipitado, y después de unos instantes de agitación, se dejó ver la figura imponente de Lerdo, con todo ese prestigio que ha hecho del hombre una entidad en el templo de las aspiraciones nacionales.

El presidente de la Cámara lo esperaba en la plataforma; tendiéronse las manos como el símbolo de alianza entre los poderes, y después de tomar asiento se pronunciaron los discursos de recepción.

Nunca la voz de Lerdo había sido más segura, su timbre era vibrante, parecía que el espíritu del patriotismo hablaba por sus labios.

Ante aquel espectáculo, la historia apareció ante nosotros en una gran reminiscencia.

¡Desde Iturbide hasta Maximiliano, en ese gran paréntesis formado por los dos aros de dos coronas despedazadas, todo desaparece ante la figura de Lerdo, sobreviviendo dos hombres al desastre de medio siglo!

¡Gómez Farías y Juárez!

Esa lúgubre sucesión de personajes nada deja de sensible en la historia de México.

Algunos meteoros desprendidos de ese cielo de tempestad, que alumbran los nombres de Guerrero, de Arista, de Comonfort y de Peña y Peña.

El resto, con alguna excepción, soldados, tráfugas, asesinos de baja estafa, jugadores de gallos, escamoteadores de partida, militares de fortuna, abogados ultramontanos, hombres débiles y vacilantes, turba arrojada en la fiebre pútrida del motín a los escaños de la presidencia.

Cerremos el gran libro para dejar en la noche eterna del olvido lo que la historia

desconoce o no quiere recoger.

Nada sabemos; llegamos extranjeros a esta situación; sólo recordamos dos tumbas, la de Juárez y de la Gómez Farías; todo lo demás ha desaparecido para siempre.

Condenemos ese pasado para situarnos en el punto de partida para la regeneración nacional.

Tenemos delante un hombre y un libro.

El hombre es Lerdo.

El libro, la Constitución.

Salimos de las sombras para llegar a los albores de un gran día.

Lerdo no tiene ejemplos en que inspirarse; pero sí tiene lecciones terribles que meditar.

Fuera de la barca está el abismo del océano, dentro, está la aguja que señala el punto de salvación.

En el círculo de la ley se encuentra el porvenir de esta sociedad atribulada.

Fuera de la ley, el caos, la tiniebla, la cima de la perdición y de la catástrofe.

Lerdo lleva en su conciencia esta verdad, escrita con la sangre de la revolución.

Asciende a una cumbre espinosa, que la ambición de los hombres equivoca con el Tabor de las aspiraciones bastardas.

Asume la responsabilidad que puede llevarle al proceso de la historia.

Lerdo es el mar en calma, superficie clara, ondas apacibles y brisas consoladoras; en el fondo el abismo y el furor inquebrantable de la tempestad.

Un acontecimiento puede tornarle de improviso en el genio de la fatalidad.

Un grito de rebelión, una amenaza, varía su perenne sonrisa en un gesto terrible.

Bajo su levita negra, palpita un corazón cuyos latidos se harían sentir como las detonaciones del trueno.

Campeón de una sociedad que quiere a todo trance la paz y la concordia, será implacable como Moisés con los trastornadores.

Su alma es un vaso luciente, que puede contener la miel de la bondad y el tósigo de la muerte.

¡Lerdo sabe cruzarse de brazos con una tranquilidad solemne, como en el día sangriento del Cerro de las Campanas!

Su calma es más tremenda que su exaltación.

¡No tembléis delante de sus iras, ellas pasarán como las nubes de su tormenta!

Estremeceos en presencia de la resolución meditada, porque ella se llevará a su realización a través de todos los obstáculos.

Ofendedle en su persona, que olvidará instantáneamente la injuria.

No atentéis a las instituciones ni a la paz pública, porque os alcanzará su mano vengadora a siete estados bajo la superficie de la tierra.

Si sufrís, él os consolará en vuestras tribulaciones; su corazón es una fuente inagotable de sentimientos generosos.

Las palpitaciones de la venganza no han resonado nunca en el fondo de su pecho.

La nación lo levanta a la alta magistratura, él sostendrá a la nación a la altura de sus destinos.

Lerdo tiene los oídos cerrados a la lisonja y a la adulación. Está sordo como los marineros de Ulises en el paso de Caribdis, según refiere Homero en las magníficas estrofas de la Odisea.

Lerdo está juzgado por sus contemporáneos, no hay que apelar a un subterfugio cuando se le sienta en una política sin transacciones.

Lerdo no significará nunca la tiranía, será el pedestal de la Constitución.

Político, sabrá mediar en el campo de las ideas contrarias.

Filósofo, tendrá compasión de los extravíos de los hombres.

Cristiano, tendrá en sus labios el perdón para el error humano.

Mexicano, verá en el pueblo la sangre de su corazón.

Jefe de la República, llevará sus banderas al templo de la paz, de la civilización y de la cultura.

¡Adiós!^[33]

Ayer a las cinco de la mañana, partió el primer tren que llevará al Presidente de la República hasta las playas del Atlántico.

¡El gran sueño de esta generación está realizado!

¡Nuestros padres nos saludan desde la tumba, despertando al silbido de la locomotora!

Las montañas vírgenes de la América repiten espantadas los ecos desconocidos del vapor como los estruendos de los volcanes.

Una columna de humo será la bandera que atraviese desde nuestras regiones hasta el otro hemisferio.

¡El vapor le da la vuelta al mundo!

Sobre las olas de los mares, en las tempestades de los estrechos, en las tormentas de los golfos, en la fragosidad de las montañas, en los senos de la tierra.

El aliento de Dios impulsando al hombre sobre los puntos todos de este globo, lanzando al firmamento la voz omnipotente de su voluntad augusta.

El hombre tomando posesión de lo que Dios le ha dado.

¡Soñadores de la tierra, vosotros los que habéis sufrido el anatema de la insensatez humana, vosotros a quienes os han arrojado a la celda de los dementes, venid a ver sobre la faz del mundo realizado el pensamiento de un loco!

¡Hoy es el apoteosis de la inteligencia humana!

México ha saludado con un entusiasmo sin nombre la obra que admirarán las generaciones.

¡Ved ese tren inmenso, rodeado de nubes, descender de la gigante mesa central como un monstruo de tempestad a las playas del océano!

¡Qué espectáculo tan maravilloso!

Tan pronto se le ve aparecer en la cresta de las montañas, como perderse entre las selvas, hundirse en las cavidades de la tierra y reaparecer en las llanuras.

¡El cielo y la tierra y los mares le saludan!

¡Vosotros los que atravesáis por primera vez esas montañas lleváis el sello de una memoria gigantesca en vuestra frente!

¡Estáis delante de una maravilla, en presencia del asombro!

¡Id con Dios!... ¡Que la expresión tiernísima de nuestras afecciones os acompaña, que las simpatías de nuestro cariño van con vosotros!

¡Llegad en buena hora a las arenas abrazadas del Atlántico; saludadle en nuestro nombre, decidle que él ha escuchado las quejas de nuestras tribulaciones, recibid el bautismo, de nuestras lágrimas y repetid las armonías de nuestros cantos!

¡Habladle de nosotros y él os dirá en sus rumores que aún flota sobre sus olas encrespadas el eco de nuestras estrofas!

Visitad el Castillo de Ulúa, preguntad por nuestro calabozo; buscad el de Florencio Castillo, pronunciad ese nombre sagrado en los recuerdos de la

proscripción, y cuando oigáis la campana de la fortaleza, descubrios la frente, porque a sus vibraciones salían las barcas llevando en un tren fúnebre los cadáveres de los desterrados.

Gozad en paz de ese espectáculo desconocido para vosotros, no temáis el soplo envenenado del contagio; que él ha desaparecido a los azotes del norte.

¡El cielo sería impío si os arrojase la muerte en este día de gloria inmensa para la tierra mexicana!

Os lleva el patriotismo y el sentimiento generoso hasta desafiar el desastre; nada temáis, ¡Dios está con vosotros!

Los Jesuitas^[34]

La Voz de México, contestando nuestro artículo sobre los «jesuitas», se ha salido por la tangente, manifestando que la postración del clero se debe a la Reforma; que los masones autores de las leyes expolatorias son los responsables de la situación actual, y que los periodistas de la liga se proponen destruir la religión católica, y no sé que otras especies por este estilo, todas sin orden y agrupadas en son de desahogo, sin forma de discurso. Contestaremos por partes, entresacando lo que nos parezca más digno de réplica en ese artículo que, con sus pretensiones de humorístico, no trae sino las ideas que la *Voz* se sirve presentarnos diariamente con distintos disfraces, que por cierto no les dan variación alguna.

Se dice que el clero mexicano está en la miseria a consecuencia de la nacionalización de bienes, lo cual carece en lo absoluto de exactitud, porque de tiempo atrás, nuestro pobre clero ha estado en la miseria, sometido a los altos dignatarios de la Iglesia Romana, que disponía a su sabor de los caudales hoy desamortizados; en su ínfima parte acostumbrados estábamos a ver repartir el oro a los canónigos octogenarios de las catedrales, mientras multitud de clérigos esperaban en la sacristía a que se reuniese un miserable peso, para decir una misa en el altar de ánimas. Los provinciales de los conventos en consorcio con los mayordomos, saqueaban a la corporación, mientras los frailes al toque de sombrero, salían del desierto claustro a buscar el pan en la ciudad, con ese rubor que siente todo hombre al ampararse a la caridad cristiana, o a la pena de resignarse con el hombre y la Infinita pobreza. Un monumento de esta verdad, está en los Inmensos capitales que se formaron a la sombra de las comunidades religiosas, despilfarrados en orgías o en malos negocios de agio, y en las revoluciones que han agitado al país durante medio siglo.

El clero en general aparecía cómplice de estas maldades, no siéndolo sino los príncipes de la Iglesia, que llegaron hasta ocupar un lugar bien distinguido, ya en los ministerios de la reacción, ya en la regencia del Imperio.

El clero pobre, no servía sino para ayudara las solemnidades como los soldados del *Corpus* y para mostrar ante la sociedad entera su abatimiento y sus humillaciones; porque cien veces hemos visto a ese clero mexicano, ponerse como una turba de esclavos de rodillas delante del primado de la Iglesia, que les tendía con desdén su mano aristócrata, para que besasen por mucha honra el Anillo del Pescador.

Ese clero que no ha tenido nunca carruajes, ha sido el perseguido y encarcelado, por servir a sus superiores como un elemento de disturbio en el seno de la reacción; mientras los grandes de la Iglesia se han marchado a Europa a llevar vida de calaveras en la atmósfera corrompida de las cortes. ¡Cuántas veces en los estruendosos carnavales de Roma o de París, se ha caído la capucha de un dominó, y ha dejado ver la cabeza tonsurada de un obispo o de un arzobispo!... ¡He aquí las amarguras del destierro!

El clero mexicano tuvo su época en el modo de ser de la sociedad antigua, y hoy se entrega resignado a su misión, exceptuando algunos clérigos sin talento y de una vulgaridad suprema, que pretenden convertir el púlpito en una tribuna de club, y a quienes rechaza el buen sentido y el espíritu de la época. Ya en esta situación dada, es cuando el jesuitismo extranjero viene a volver negra la existencia del clero mexicano; porque viene a arrebatárle el pan ganado con tantas angustias, viene a turbarlo en su iglesia, a mezclarlo en combinaciones tenebrosas que no tienen atinencia con la religión, sino con la política, a comprometerlo, a subyugarlo con un cargamento de censuras y excomuniones, que como una espada de fuego, ha puesto en manos de esos malvados el Santo Padre.

El clero que desea vivir en sus ideas y sus convicciones, se siente atormentado con esta presión suprema, y no halla qué partido tomar, entre hacerse revolucionario o romper con la Santa Sede. Los jesuitas le acosan terriblemente, al mismo tiempo que lo desdeñan; porque los jesuitas llegan a la Iglesia mexicana como una patrulla de gendarmes, a tomar *leva* para sus batallones, y sin amor a nuestros paisanos viéndoles con un alto desprecio, creyéndose superiores, los filian entre los suyos para explotarlos innoblemente. He aquí una tierra de conquista, dicen; esta gente a quien vamos a sacrificar será nuestra *carne de cañón*, si nos va mal, ella sufrirá los resultados del desastre, y si triunfamos nos servirá de escalón con sus espaldas. Entretanto, los jesuitas se apoderan de los fanáticos de la alta sociedad, a quienes explotan a su vez como una turba de vampiros, y chupan los caudales y saquean por donde van como los cosacos del catolicismo. En esta situación, decimos, le arrebatan al clero mexicano su influencia, sus preeminencias, sus templos, su tribuna, su altar, y de señor lo convierten en pordiosero. A esto ayudan los jesuitas seglares, que por un espíritu reaccionario y ultramontano quisieran que toda la sociedad viviera como bajo una cúpula, bajo el bonete de cuatro picos de San Ignacio de Loyola.

En cuanto a la sociedad, sabrá rechazar, más aún, aplastar la cabeza a la hidra del jesuitismo, arrojar del país a ese gente depravada y conservar a todo trance la Reforma que es el precio de tanta sangre y de tanto sacrificio. La llegada de los *cuatro jesuitas* de que nos habla con tanta unción el periódico de San Ignacio, la estimamos como cuatro casos de cólera, y esperamos que para librarnos del contagio, lleguemos, si es necesario, a las fumigaciones de pólvora.

Diremos de paso a la *Voz*, que los *masones* han caído en desuso, desde que la Constitución dejó libre el derecho de reunión, y las asociaciones son un hecho en la República. Nosotros estamos contra todo lo viejo, porque en la marcha no interrumpida del progreso humano, los hombres y las instituciones cumplan su misión en una época, y pretender la prolongación de su existencia es caer en el absurdo. Los *masones* tuvieron una grande influencia en los días del retroceso, mucho les deben las ideas de libertad; desconocerlo, sería un error histórico; pero pensar que continúa esa influencia es un sueño. Los *masones* quedan como una asociación benéfica de mutuos socorros, sin que la época tan adelantada, les dé una

preponderancia de algún género en nuestra política. Nunca merecerán el desdén de la historia, sería injusticia; como no podrán sus prácticas tradicionales, servir para presentarlos como los enemigos de la religión, vulgaridad que sólo se encuentra en los labios de los necios y de los ignorantes.

En cuanto a la liga de los periodistas para atacar la religión católica, es otro absurdo, que puede servir de arma de partida, y que supone a la vez una sociedad embrutecida y grosera, capaz de creer semejantes consejos. Los periodistas se reúnen cada vez que sienten el aliento emponzoñado de la barbarie, que amenaza contagiar la atmósfera del siglo, y protestan y combaten, y luchan sin descanso en pro de esas instituciones, que forman el credo social de nuestra época, por más que esto provoque una sonrisa irónica de los vencidos. Es más fácil que detengáis al sol en un signo del zodiaco, que el torrente de las ideas que se apoderan del siglo a vuestro despecho.

El Congreso y la «Voz»^[35]

Nunca hemos esperado que el periódico de los frailes, la emanación pútrida de esa sentina de crímenes y de horrores, tuviera la suficiente imparcialidad para decir algo racional sobre los sucesos políticos de la nación; no, eso era hacer honor a esa gente perdida que ha llegado hasta la blasfemia en la hora de su derrota; derrota no debida a un partido, sino a la acción del tiempo, que viene dando sepultura a las preocupaciones, al fanatismo, a la impostura, presentando como un ejemplo grosero y repugnante al embaucador de oficio, ora lleve la tiara, o ya sin tonsura se revuelque beata e hipócrita en las sombras de una sacristía, pidiendo el centavo para la Virgen.

Nada hay que esperar sino odio y rencor de estos malvados; siempre tendrán un anatema para las ideas liberales: se ha pasado un siglo y aún arrojan su baba venenosa en las tumbas de Voltaire y de Juan Jacobo, ¡insensatos! ¡No han podido contener el vuelo de las ideas, y estropear la piedra de un sepulcro! ¡Qué espectáculo el de un viejo anémico lanzando sus maldiciones desde el Vaticano a la Alemania reformista, estrellándose sus anatemas en el acerado casco de Bismark!... ¡Lucha insensata, delirio sin nombre en el seno de la civilización moderna...!

Por todas partes la conspiración jesuítica, la inquietud de los pueblos, la turbación de la conciencia, los consejos de alzamiento, todo ese tren de lo que se va para siempre del espíritu humano al despertar de un sopor de barbarie y de fanatismo.

Las últimas orugas, los postreros gusanos de ese cadáver en descomposición, aún intentan roer la plata nueva, tarea difícil porque la savia es poderosa. En vano son los esfuerzos supremos, en vano las declamaciones; estos pobres de espíritu están sin esperanza como esos condenados llenos de rabia que nos da en la leyenda de su infierno la Iglesia Católica, con menos imaginación que el Dante Alighieri.

La conspiración se ha quitado el emboce, merced a la impunidad; el combate se hace público: *La Voz*, parodiando a Pedro el Ermitaño, viene al torneo con espada de hoja de latón, cuyo brillo puede deslumbrar a los incautos y da contra el Séptimo Congreso, arrojándole cargos que por venir de nuestros adversarios, los aceptamos por completo. Sí, el Séptimo Congreso, recogiendo las actas de los pueblos todos de la República, ha hecho la solemne declaración de ser constitucionales las Leyes de Reforma: voto unánime, voluntad manifiesta de la nación mexicana, porque esas adiciones no son obra del Congreso sino del país entero. El Séptimo Congreso asume toda la responsabilidad histórica y de situación de gloria de haberle cabido en suerte presidir ese gran acto de la Reforma, se enorgullece de acentuarse entre sus contemporáneos con ese timbre de alta honra indisputable. Se encontraría disgustado si pasase en la sucesión histórica como una sombra que no deje rastro; no, su tránsito por el mundo de la política ha sido luminoso y su nombre vivirá en los anales del progreso y de la civilización del siglo XIX. Al concluir su último período deja completa la base de donde partirá el desarrollo reformista que se de por sus sucesores

a esas leyes sabias, engendradas en las horas de conflicto para el país, y selladas con la sangre del pueblo. Sólo desea el Séptimo Congreso que el venidero siga sus huellas sin inquietarse por ridículas protestas, juegos indignos de los clérigos, ni por artículos cobardes de los conspiradores de oficio, ni por motines de viejas; todo eso no es de nuestra época: son los andrajos de ese antaño abominable que ya va desapareciendo entre las carcajadas del siglo.

Nos amenazáis con la revolución religiosa, ¡miserables! pues la que habéis provocado contra la Reforma, ¿cómo se llama...? ¡Y fuisteis vencidos como unos desgraciados, y derribamos vuestros templos, y libramos a vuestras esclavas las monjas, y desnudamos a la mascarada de esos conventos de vagos y perdidos que chupaban la sangre al pueblo, y proclamamos que el espíritu de los hombres podría libremente dirigirse a Dios desde la altura de todas las religiones...! ¿Qué otra revolución queréis...? La religiosa ha concluido, ya no podéis volver a ese terreno; la arena está por nosotros; ¡sois nuestros vencidos sin transacciones, sois los rendidos a discreción...! nos dais lástima invocando principios muertos; ¡no os quedan como soldados para defender vuestras ideas más que hombres como los que colocaron a los lados del Cristo los verdugos del Calvario! Morded la tierra, despedazaos en vuestra impotente rabia, podrán venir cien y cien revoluciones en el campo liberal, pero ellas no tenéis tienda de campaña, sois extraños a las luchas entre los reformistas; os ha hecho atrás el tiempo, os ha escupido la historia, os ha maldecido la civilización; no os queda ya más que algún fraile rezagado para ponerlos en vuestra oscura frente el *Per istam sanctam* de la extraunción.

Algunos periódicos verdaderamente ilustrados comienzan a extraviarse en la cuestión de los jesuitas, no porque sean partidarios de esa institución pérfida y corrompida, sino por un espíritu de libertad, que de seguirlo nos llevaría a un desastre. No podemos explicarnos una lógica que no se arranca de las convicciones ni del modo de considerar esta cuestión. Los periodistas liberales que sostienen el principio de que debe consentirse en el seno de nuestra sociedad esa lepra, comienzan por hacer una confesión explícita, clara y terminante, que nosotros recogemos, de que esa gente es nociva y perversa, y después de este introito, discurren que debe permitírseles entre nosotros.

Protestamos, dice *El Federalista*, que la institución de Ignacio de Loyola nos repugna precisamente porque nulifica la voluntad del hombre, convirtiéndole en cadáver, *per inde est cadaver*.

Se necesita torcer el sentido de la Constitución, desconocer el estado de nuestro pueblo, la ilustración de esta sociedad, para aconsejar el absurdo de la permanencia de ese virus en las arterias de la nación.

Veamos el principio constitucional y reformista, y a la sola lectura de sus prescripciones, encontraremos que los jesuitas están bajo la parte penal de la ley, y que ningún sofisma, por bello que sea, puede surgir delante de la verdad y de la filosofía.

La Constitución dice que en la República es libre el ejercicio de todos los cultos que no pugnen con la moral. Los jesuitas no son católicos; traen el culto a Dios como una fórmula; pero su bandera es la de una moral que pugna con la honestidad y se declara adversaria de las instituciones que la nación se ha dado en virtud de su soberanía. Seamos explícitos a nuestra vez: el jesuitismo trae una religión especial, una religión, si acaso es digna de ese nombre esa doctrina, cuyo lema es el ROBO, el ASESINATO y la CORRUPCIÓN. Es el robo, porque el jesuita no aparece nunca a la cabecera del moribundo desheredado; eso queda para ese vulgo de la Iglesia que se llama clero mexicano; el jesuita está en la cámara de los ricos para estafarles un legado, una fundación, una caridad, algo de beneficencia que aumente sus tesoros para agitar en son de revolución a las naciones. Es el robo, porque caen como buitres sobre los pueblos, improvisan farsas religiosas, se imponen como misioneros, se hacen llamar apóstoles, y explotan por mayor la credulidad de esos desgraciados a quienes suspenden en el abismo del infierno para que suelten el fruto recogido con el sudor de su rostro, y que el jesuita se lleva bajo la sotana, porque la riqueza es mala para todo el mundo excepto para ellos, y ¡ay del rico! Primero que él se salve pasará el camello por el ojo de la aguja...

A los jesuitas no les Importa que pasen cien camellos, como se llenen las arcas de la Compañía.

En México se protege a todo extranjero que trae una industria, capital o trabajo de que vivir, y se rechaza al jesuitismo-gitano, que llega con el cargamento de su pereza a vivir sobre el país, sin más industria que la del fraude y el engaño. La ociosidad de sotana no puede ser un elemento inmigrante, puesto que se mantendrá de la trácala y de la trapaza; porque en sociedad, sin el elemento trabajo, se come del crimen. A esa compañía del petardo debe entregarse a la policía para que dé cuenta de ella en los talleres de las prisiones. Esos huéspedes mendicantes de los claustros católicos de nuestro país, deben ser arrojados, por perniciosos, del suelo mexicano.

Langostas de este sembrado, zánganos de esta colmena, no podrán ser miembros de esta Iglesia que se llama trabajo y civilización.

Traen en su bandera el asesinato, porque turbando la paz de los pueblos al nombre de religión lanzan a los hombres a los campos revolucionarios, provocan la matanza, arman al hermano contra el hermano, y la sangre empapa la tierra, y la sociedad se divide, y los bandos se encarnizan, mientras el jesuitismo se hecha en oración por el triunfo de sus principios, sin importarle la matanza ni la catástrofe... Esto lo ha presentado la República, esto lo ha llorado la nación, esto lo ha condenado la historia... Estas escenas públicas y terrible es grandemente infame; pero lo es más aún la parte secreta del jesuitismo, jesuitismo.

En el silencio se arma el brazo de un iluso, se deja escurrir el filtro, se turba la paz de la familia, se obliga a los hombres al suicidio y a la esposa a la prostitución, se consuman crímenes tan espantosos, que la humanidad clama contra estos perversos malditos de Dios y de las sociedades. ¿Y delante de esta conducta reprobada, y

cuando no son un misterio los altos crímenes del jesuitismo, se les cobijará con el manto de la Constitución...? Cuando se sabe, porque la compañía no lo oculta, que viene a conspirar, a derribar si puede las instituciones, a corromper el espíritu de la Reforma, ¿se tendrá tal seguridad que no se apliquen los principios liberales a su existencia...?

¡Mengua y baldón a las constituciones que se declaren protectoras del vicio de la conspiración y del crimen!

Traen en su bandera la corrupción; porque sus máximas son de una inmoralidad espantosa; porque ante el jesuitismo la verdad es una palabra vana, la religión una frase sin sentido, la honestidad una quimera, la sangre de los hombres el licor que apaga la sed de sus ambiciones.

Sí, traen la corrupción, porque establecen la denuncia, el espionaje, la delación en las familias, porque la mujer se torna en policía del marido y de los hijos, y el sirviente de sus señores.

Cuanto hemos dicho no es un misterio para el mundo, que arrojó el jesuitismo como el elemento maldito de la discordia universal. Sabido es que esa gente ha entrado en esa última colmena del Vaticano, a formar la guardia pontificia, a recoger en los archivos antiguos las más terribles preocupaciones para sembrarlas por el mundo, y que Pío IX que ya está en la última hora de su existencia, que ha visto desmoronarse en sus manos el poder temporal que recibió como herencia de diez y nueve siglos, que siente que las sociedades toman otro giro en el espíritu de los hombres, les envía a hacer el último esfuerzo por recobrar esa corona que se le ha escapado de hoy para siempre de la tiara.

Y el jesuitismo a quien ha puesto rabioso la bendición pontifical, sale de Roma como los caballos feudales a combatir sin tregua, a sacudir su estandarte en las arenas de la revolución, a combatir contra el gigante del siglo, a explotar los últimos errores de la generación que agoniza, para arrancarle alguna concesión en la hora de la muerte... Y esos hombres desparramados en los puntos todos del globo, los reúne el desastre; porque el vendaval los descuaja de Europa y de la mayor parte de los puntos que se marcan en el continente americano. Se agrupan en el Paraguay donde guardan algunas reminiscencias de los jesuitas antiguos, y ya aquel pueblo se siente alarmado y propone en las cámaras otra expulsión... Reinos, Imperios, repúblicas, autócratas, liberales, hombres y naciones de todos los tiempos, se asocian a un solo principio, a una sola idea, ¡la extirpación de los jesuitas! ¿Será porque las naciones que atruenan al mundo con el rumor de su artillería y el estruendo de sus armas, y turban las aguas de los mares con sus escuadras y pasean sus águilas por el campo de los combates, le tengan miedo al jesuitismo...? ¿O será porque el espíritu filosófico que va buscando el bienestar de las sociedades, y los dogmas de la moral universal, condena y reprueba desde su altura una asociación tenebrosa, que se ha constituido en enemiga de la religión, de las costumbres y de la paz de las naciones?

¿Cómo sorprender el crimen que se comete en el silencio de la confesión

auricular que es Impenetrable? ¿Se prohíbe y se arranca esa práctica de su dogma...? ¿Sería poner la mano en la conciencia humana...! ¿Cómo estar llamando a juicio en continuas interpretaciones de una doctrina? Puesto que se corrompe bajo el oscuro manto de la Insidia, que se cuenta con el silencio del sectario, con la timidez de la mujer, la inocencia del niño y el candor de la joven, y que esta trama no nos es desconocida, busquemos el remedio en el seno de las instituciones, ellas dicen que el extranjero pernicioso salga de la República; expulsemos, pues, a esta turba, y quitemos una inquietud del corazón de nuestro pueblo que no tiene aún la suficiente ilustración para librarse del contagio.

La ley prohíbe la existencia de las corporaciones, y el jesuitismo es una corporación que vive a la luz pública, no lo hará en comunidad, pero esa fórmula no importa; porque vemos a esos falsos sacerdotes, organizados y bajo una misma prescripción, eludiendo el espíritu de la Reforma; pero no tenemos el candor de dejarnos alucinar por las apariencias. El jesuitismo es una cifra que dice lo mismo en Europa como en América, siempre el mismo de todos los siglos, siempre las mismas tendencias, siempre el mismo plan de conspiración. Nosotros que no pactamos con los errores tradicionales de la sociedad en que vivimos, aún a costa de nuestro bienestar íntimo y social, recogemos el guante, aceptamos el reto, y estaremos en el terreno hasta la última hora del combate.

La Primera Sombra^[36]

Ocho mil candidaturas náufragas en los comicios preparan una tempestad en el seno de la República.

Hace dos años que se viene acariciando por una multitud la idea de ocupar los escaños de la Cámara.

La trama se ha urdido con destreza; pero todo se ha estrellado ante la cifra.

¡Miles de aspirantes para doscientas curules!

El mar está borrascoso; hay muchas personalidades hundidas, y otras que sobrenadan en el ahogúo de la desesperación.

Los que vemos el combate a sangre fría, aunque nuestro nombre se paseé por acaso en algunos colegios electorales, disfrutamos de un gran espectáculo.

No pertenecemos a los gladiadores; mañana tal vez nuestras aspiraciones nos lleven a ese terreno peligroso.

Por ahora somos simples espectadores.

No es la lucha la que nos preocupa; ella es solamente el prólogo de un desastre.

Mañana será el tema de un alzamiento.

Los que no han podido llegar al Congreso ni ser potencias en la batalla se arman con el pretexto de la violación para pedir en son de guerra se anule lo que no existe todavía.

Es un plan preconcebido.

El asunto de un motín degradante.

Los espíritus Inquietos están a caza de un momento para aprovecharlo.

Queremos prevenir a la nación.

Se trata de sorprender el ánimo del pueblo hablándole de tenebrosos manejos, de intrigas y de sospechas.

Se está surcirendo una bandera donde se fijará este mote: «Abajo los escamoteadores del voto público».

La facción perdida alzaré barricadas de protestas.

Formularé acusaciones al poder denunciándolo al mundo de la legitimidad.

Se hablará de abusos de fuerza, de cohecho y de soborno.

Se pregonará que las cédulas van en la punta de las bayonetas.

Se dirá que la policía disfrazada acudió a las urnas con las tablillas de votación.

Se acumularán acusaciones.

Se fijarán papeles públicos.

¡Se armará un estruendo que aturda a la República!

Todo esto para turbar la paz de la nación.

¡Todo esto para enemistar al pueblo con las instituciones!

Los conservadores repetirán sus diatribas contra la idea democrática, y la presentarán como el nuncio del desorden en el seno social.

Este juego ya conocido puede sorprender a los incautos y provocar un conflicto

grave.

Es necesario saber que la elección por legítima que sea, constituirá el pretexto.

Los perturbadores se agitan en ese sentido.

Las cartas comienzan a cruzarse y los comisionados atraviesan algunas poblaciones.

El gobierno está en vela.

En toda elección, cómo en toda batalla, hay vencidos y vencedores.

El vencido pretende la ilegalidad del acto, protesta contra su derrota, protesta contra todo.

Si en los países democráticos importaran las elecciones una revolución habría que renegar de los principios.

El combate nos place, vemos a un pueblo en uso de sus prerrogativas y gestionando su derecho.

Nos agrada su brío, nos alienta su valor; pero nos asusta que la lid legítima se torne en una batalla sangrienta.

Los conspiradores de oficio están en acecho de estos momentos para tornarles en provecho de su causa.

Las enemistades encuentran una corriente, y la oposición se finge amante de los principios para levantar su estandarte.

La situación llama a la guerra; pero la ley se acoraza y defiende la paz.

Si queremos seguir la escuela democrática, resignémonos a las consecuencias; veamos tan bien venida la derrota como el triunfo.

El pueblo comprende la doctrina, el populacho busca por instinto el motín.

El pueblo no se complica con los conspiradores; estos provocan la guerra al amparo de la Constitución.

Hasta ahora la elección va en el terreno legal.

Cien ojos están sobre cada cédula, cien bocas están dispuestas a hablar.

Los aspirantes se batan en guerrillas en cada colegio.

El terreno se disputa palmo a palmo.

No nos dirigimos a los que luchan en los comicios, ellos están en su derecho.

Denunciamos a la nación que se trama algo terrible bajo la máscara hipócrita de la ley ultrajada.

Entiéndase que no somos asustadizos.

Sangrar más a este pueblo es ponerle en un estado de debilidad que se equipara con la muerte.

Sacrificar más vidas en aras de la ambición es un sacrilegio.

Arruinar la propiedad y la familia, una acción de salvajes.

El Presidente Lerdo lleva su tolerancia hasta el último trance.

Puesto en el límite, aquella estatura se vuelve gigante, y de hombre se tornó en coloso.

Hay otro elemento superior a la energía decidida del alto magistrado: la voluntad

inquebrantable de la nación.

La República ha decretado la paz y ella será un hecho en la extensión del territorio.

Salpique la sangre a los que hieren el seno de esta tierra.

Caiga el castigo sobre los eternos perturbadores de la sociedad.

Sepa de una vez la nación que buenas o malas las elecciones, parto de la voluntad popular o aborto de ruines manejos, ellas servirán para levantar el estandarte revolucionario.

Sirva esto para dar una luz sobre lo desconocido.

Momento Supremo^[37]

La República está en el período terrible de un alumbramiento.

Nos va a dar el 7.º Congreso Constitucional.

Es el primogénito de la administración Lerdo.

No hay un solo desherado de la Asamblea difunta que quiera abandonar su curul.

Dos años de saborear el goce sibarita de una diputación no es cosa de dejarse sin lágrimas del corazón.

Dos años de pasear en esta Babilonia con todo el aire de un capitalista y bajo el fuero constitucional, es negocio de desesperarse.

Con razón tenemos a la vista un cuadro de la Divina Comedia.

Una de esas pinturas terribles del Infierno de Dante.

Una turba de macilentos atraviesa las antecámaras del palacio, dándose peques de corazón y pretendiendo el favor oficial.

Una pléyade de desgredados asciende jadeante las rocas de Chapultepec en busca de la absolución para entrar al Congreso.

Lerdo no abre los labios.

Cartas estrujadas con algunas gotas de llanto fresco, están sobre el bufete presidencial, acusando el dolor íntimo de un pretendiente.

Una turba de gente vestida de negro y cuellos almidonados dándose el aire de diplomáticos, se inclina delante del hombre a quien ayer vilipendiaban a la faz de la República.

Estos cerros sociales quieren ser diputados.

Los que ayer en la tribuna fulminaban rayos y centellas contra el Presidente Lerdo, le sonríen con aire de coquetería por ver si alcanzan una credencial.

Los que ayer le denigraban en la prensa hoy *soto voce* le protestan ser todos suyos, pero que necesitan aunque sea un distrito.

Las antiguas enemistades, los odios a muerte, todo se funde en el crisol de esta idea: «Mi vida por una diputación»

Lerdo ha paralizado hasta su eterna sonrisa.

¡Qué lección tan terrible en el mundo de la política!

Hasta ahí los altos pretendientes.

Echemos fuera del castillo, o veamos desde el Caballero Alto a la gente que se rebulle por la ciudad.

Las aspiraciones han llegado a un último extremo.

De cuatrocientos electores, trescientos quieren ser diputados.

¿Quiénes son?

Nadie los conoce.

Los verdaderos patriotas se alejan al ver semejantes aberraciones.

Los verdaderos liberales trabajan por las personas que creen en la conciencia de sus convicciones que serán útiles a la República.

Hay un argumento notable que se juega en todas direcciones:

«Todo ciudadano puede ser diputado, luego es necesario entrar al Congreso».

Desde el jefe del cuartel mayor hasta el *Diurno* son candidatos.

Desde el maestro de escuela de barrio hasta el barbero todos son aspirantes.

Desde el escritor religioso hasta el sacristán pretenden una curul.

Con excepción del ejército, todos quieren ser diputados. Nadie se acuerda de la República por estar pensando en los seis mil duros.

Nadie piensa en el bienestar del pueblo, soñando en la influencia del padre de la patria.

No hemos escuchado hasta ahora una idea para la felicidad pública; nos hemos divagado oyendo los lances de la intriga.

¿Qué significa este espectáculo grotesco?

¿Qué quiere decir este mercado infernal en presencia de las instituciones?

No hay que alarmarse; estamos delante de la ambición bastarda que no tiene éxito.

Delante de lo que no se ha de realizar.

Delante de la prostitución que se verá sacada a la vergüenza pública.

Delante de lo que va a naufragar.

Toda esta turba desmoralizada que busca en el cohecho un lugar en la política, que prostituye su dignidad ante la perspectiva ambiciosa, no entrará en el reino de los cielos.

Es la zurrapa que sube a flor de agua cuando se mueve el seno del lago.

Es la deformidad del vicio.

Es la llaga que se descubre a la hora de la curación.

La flor de lis en el cuerpo social.

Todo lo que no tiene modo de ser sino en la hora del motín.

Las últimas exhalaciones del miasma.

Cuando se acabe este último golpe de peste, hay que cantar el Te-Deum.

Nos cuentan que hasta los partidarios del jesuitismo aspiran a la *silla*.

Este espectáculo grosero se produce con más o menos deformidad en los distritos del territorio.

Por encima de esta tormenta están los hombres de buena voluntad que velan por la República.

Influencias que desgajarán esas nubes como un viento de tempestad.

El gran partido nacional está en guardia contra las ambiciones.

La virtud se levanta contra el vicio para humillarle.

La aspiración es legítima cuando el patriotismo lleva la acción.

Todo ciudadano está llamado al gobierno de la República.

¿Qué se necesita para ser un buen ciudadano?

Las grandes virtudes sociales.

¿Basta ser electo diputado para desempeñar ese cargo de la República?

No; es preciso tener la abnegación patriótica, que descarta el interés privado, que encarna al hombre con el pueblo, que lo hace su intérprete, que lo sacrifica si es necesario.

¿Se necesita ser elocuente?

No; basta la honradez y una mediana inteligencia, siempre adherida al sentimiento patriótico de alta moralidad.

Busquemos, pues, esas prendas, y desdeñemos a los aspirantes sin título.

Los partidarios de la Reforma y la Constitución, están llamados a realizar el pensamiento de bienestar social.

Los enemigos le pondrán obstáculos a la reconstrucción.

La oposición razonada surgirá en el seno de la Asamblea.

La oposición ilustrada es una antorcha en la vía oscura de la política.

No se trata de cortesanos; se buscan las inteligencias privilegiadas y el deseo de la felicidad social.

Las ambiciones son un elemento de corrupción que es necesario alejar.

Las nulidades buscan popularidad en el *té electoral*.

Los patriotas se reúnen en derredor de un pensamiento más alto para aliviar los males de la patria.

De estas reuniones brota la luz que enciende el sentimiento del ciudadano.

De la orgía se desprende el miasma corrompido de la seducción estúpida.

En presencia de los hombres honrados, se constituye un compromiso público.

Delante del vino se arranca una promesa sacrílega.

Los hombres honrados se asocian y de ahí han partido las candidaturas de un triunfo probable.

Vemos a la honradez propuesta en los comicios.

Hay un espíritu patriótico que encarrila la elección a su objeto, que la lleva a sus resultados, dos.

Se discuten a los hombres en las propuestas serias.

El 7.º Congreso reivindicará a su antecesor en el seno de la política.

Estamos satisfechos de las candidaturas.

Se está viendo la honra de la nación y su porvenir.

Hacemos un llamado al patriotismo para que no desmaye en estos momentos de crisis.

Estamos en la hora del peligro.

¡Dios salve a la República!

El desamparo de los jesuitas^[38]

El Tribunal Supremo de la Nación se reunió ayer en acuerdo pleno para revisar la sentencia del Juez de Distrito que dispensó el amparo a los jesuitas extranjeros.

Nunca ha estado la sesión más solemne, ni ha resplandecido con tanta majestad la justicia de México.

Se abrió el debate con la elocuencia oratoria, con la lógica inflexible del presidente de la corte, apoyando el principio constitucional, base de la disposición del ejecutivo en su decreto de expulsión.

El ministro de Paso del Norte hacía su *debut* en el Supremo Tribunal, en un negocio de alta importancia para la República.

Ninguno de sus argumentos tenía réplica, ninguna de sus ideas podía controvertirse en la alta escuela del derecho.

Iglesias tuvo arranques sublimes de patriotismo, arranques irresistibles ante los cuales se inclinaban el corazón y el raciocinio.

El magistrado Arteaga, que ha sostenido a los jesuitas desde que se inició la cuestión en la prensa, tomó a su cargo la tarea imposible de la réplica.

Esa réplica no puede tomarse a lo serio en tela de análisis constitucional.

Ramírez habló a su vez; ¡aquella voz era la de la Reforma, era un eco robusto de nuestros padres los Constituyentes!

Ramírez, el Ministro de 61, el que mandó derribar en una noche los conventos en medio de la tempestad revolucionaria; Ramírez que ha sido el asta-bandera, donde ha flameado la Constitución vencedora.

A ese hombre extraordinario se le vio encenderse al fuego del sol de 57, y hablar como el sagrado oráculo de las instituciones.

Altamirano, joven impetuoso apenas contenible en el debate habló con entusiasmo, recorrió la historia y fijó a su vez el principio, como un hábil marino que tira sus anclas en un seno conocido.

Para que estuviese asociado a un acontecimiento tan notable lo que tiene de más pensador el foro mexicano, tomó la palabra León Guzmán, el Procurador General de la Nación.

El diputado del constituyente estuvo tan severo con el Juez de Distrito, como desdeñosos sus altos colegas.

El Procurador General no sólo se enfrascó en la revocación de sentencia tan absurda, sino que inició el juicio de responsabilidad. Seguióse la votación, y la sentencia de amparo fue revocada por los magistrados, con excepción del Ministro Arteaga.

La corte envió al Tribunal del Distrito al juez Bucheli como a un reo de lesa Constitución.

Es el siglo condenando a un período.

Es la época sentenciando al pasado.

Es la democracia moderna, escupiendo el rostro del retroceso y el fanatismo.
La cuestión está terminada.
Los jesuitas pasarán como habíamos augurado, las aguas del Atlántico.
El Juez se sienta en el banquillo de los acusados.
Ésta es la justicia de la República.

La estafeta^[39]

Un viaje a Cacahuamilpa

A mi fino editor D. Nabor Chávez.— Introducción.— La Diligencia No. 58.— La Cruz del Marqués.— Huilchilac.— Cuernavaca.— El Jardín de Borda.— Tetecala, Cocoyotla.— La Gruta.— Mihacatlán y Temisco.— Regreso.

La prensa toda de la capital se ha ocupado de la célebre excursión a la Gruta de Cacahuamilpa, dando hasta los más insignificantes detalles, así es que nosotros caminaremos a la ligera, aconsejando a los curiosos que si quieren saborear todos los incidentes, ocurran a *El Federalista* que ha recogido, página por página, la historia de este suceso.

Descansábamos de nuestras tareas periodísticas de la mañana cuando recibimos una esquila de la Secretaría Particular del señor Presidente; rompimos el sello y nos encontramos con una galante invitación para visitar la Gruta de Cacahuamilpa.

Asumimos nuestro carácter de poetas, soñando en esa gruta de la que se cuentan tantas maravillas, y sólo pensamos en disponernos al viaje, procurándonos un equipaje tropical, para resistir el sol de fuego, y otro equipaje médico y lleno de antídotos, para afrontar los asaltos del alacrán y el vinagrillo. Maleta en mano y en punto de las cinco y media de la mañana, nos presentamos en la estación del ferrocarril de Tlalpan, es decir, en medio de la calle de Cadena, donde tres inmensos vagones esperaban a los ciudadanos de la expedición. Allí nos reconocimos los invitados, todos amigos, todos alegres y contentos, metiendo una algaraza terrible, como una turba de golondrinas (viejas) que van de paso a la zona caliente.

Cada grupo de viajeros se determinó, según sus simpatías de intimidad, y con la risa en la boca, el coñac en las botellas y el tabaco entre los dedos, dimos un adiós a la gran Tenochtitlán, al partir de las mulas, y después, al agudo silbido de la locomotora.

Atravesamos el precioso Valle de México, sin más novedad que las felicitaciones de los prefectos, primeras descargas sobre el señor Presidente, que encontraba entre los vericuetos, cuestas, subidas y bajadas, los lazos oficiales que parecía haber abandonado en su Palacio de Chapultepec.

Llegamos a Tlalpan, mansión antigua de los reyes y de las sotas, asilo de Virján que se venera como una deidad de hace siglos y cuya religión se combate por los profanos de hoy con el código criminal. La ciudad dormía como un lirón, el prefecto yacía montado en un trotón de combate, cargado de armas de batalla, etc., etc.

Saliéronse los viajeros de sus jaulas como parvadas de palomas y se dirigieron en

busca de sus asientos a las diligencias que formadas en batalla esperaban a la comitiva. Ramón Guzmán repartió los billetes con la numeración correspondiente, como el Surutusa de aquella empresa, procurando con esa zorrería que lo caracteriza formar colecciones de los ciudadanos.

En un coche embauló a los gobernadores, en otro a los diplomáticos, en otro a los cofrades de calaverismo, tocándonos a nosotros el carruaje de los periodistas.

He aquí una burla espantosa de Ramón Guzmán: ¡meter nueve gatos en un costal, sin temor de Dios, ni de una explosión! *El Diario Oficial*, y *El Monitor*, y *El Correo* y *El Eco*... ¡Dios mío, aquello era espantoso!...

Reconociéronse los adversarios, se sonrieron, midiéronse con la vista y... echaron un trago a la salud de la prensa; aquella era la diligencia número 58, y así lo recordarán las futuras generaciones. El prefecto de Tlalpan que también es media cuchara en eso de literatura, y el de Xochimilco que da sus buenas pinceladas, se pusieron a las ventanillas como diciendo «aquí dentro van los nuestros», y efectivamente se entabló una conversación muy divertida entre toda aquella gente de pluma.

En los pueblos del tránsito se recibió con repiques, músicas, cohetes y discursos al señor Lerdo, que iba como unas pascuas a la cabeza de sus invitados a una expedición que formará época en la historia de nuestros recuerdos.

A qué hablaros del camino a Cuernavaca, si ya lo han descrito plumas como las de Guillermo Prieto, y corre en documentos auténticos, como son los partes en que se avisa de los volcamientos y otras curiosidades por el estilo. Sólo diré, como decía mi abuela, que comenzamos anda y anda, y anda y anda muchas horas acosados de un hambre que los facultativos llaman voraz, y que ya se sentía de la manera más espantosa. Había promesa de almorzar en la Cruz del Marqués; pero la susodicha Cruz estaba en lo alto del monte, y encumbrábamos con lentitud horrorosa. Ya la ferocidad había tomado una corriente de languidez suprema, y la esperanza se desvanecía lentamente, cuando se oyeron los gritos que salían de los carruajes: ¡La Cruz del Marqués!... ¡La Cruz del Marqués!

III

Estábamos en la parte más elevada de la cordillera, y en una hondonada accidental de la montaña por donde cruza el camino de la tierra caliente.

El viento levanta un rumor vago entre los árboles, el sol era espléndido; pero su fuerza perdía su vigor a aquella altura; corría un viento fresco y agradable que parecía ir disipando esa ardentía que pesaba sobre nuestras frentes, en el acaloramiento producido por la agitación de las ciudades.

Una cruz de piedra sentada sobre una roca le ha dado el nombre a aquel lugar desierto; dicen que la cruz es el límite que marcó las posesiones de Hernán Cortés

que se extendían desde allí hasta las playas del Pacífico.

Volvamos a la caravana que rugía de hambre y que se precipitó rabiosa en un primoroso salón rústico. Las mesas estaban cubiertas de grama, y el espectáculo era encantador, todo estaba combinado, en todo lucía el buen gusto, ¡pero las viandas no aparecían! Unas lenguas secas como los pergaminos de la Biblioteca de San Agustín, y que cubren los libros de teología, unas aceitunas para cargar pistolas Rémington, unas pasas petrificadas, un queso de granito dejado allí por Hernán Cortés, he ahí todo lo que se presentaba, como prendas de museo, para satisfacer las necesidades gástricas de aquel público incipiente. Levantóse una grito en son de queja, un alarido de venganza que se apagó en la altura de la montaña, un eco infernal que decía: ¡hambre!, ¡horror!... ¡abominación!

Levantóse la caravana y se lanzó a las diligencias con una resignación heroica, esperando la llegada a Cuernavaca para desquitarse de aquel mal momento.

En la Cruz del Marqués, el general Leyva, Gobernador del Estado de Morelos, esperaba al señor Lerdo, a quien acompañó en toda la expedición como a su huésped, haciéndole con exquisito esmero todos los honores. Entróse el Presidente en la carretela del Gobernador y la caravana siguió paso adelante entre el bullicio y la gritería.

IV

Después de algunas horas, estábamos en Huilchilac, punto donde comienza un descenso rápido, y que nosotros bautizamos con el nombre de «cuestas de rompe costillas». El pueblecito se prolonga en una sucesión de casuchas, dejando en la altura una ermita donde probablemente se encomiendan a Dios los viajeros para afrontar las tremendas dificultades de la bajada. Comenzó aquella operación difícil en que la del trépano amenaza a los pasajeros. Ni una bola en los globos metálicos de Lavat da tantos vuelcos ni encontrones, ni tiene tantos accidentes ni contrariedades como los infelices que van dentro del carruaje: empellones, magullones, contorsiones, abominaciones y fracturas, he aquí el resultado final al presentarse en las puertas de Cuernavaca.

No obstante Huilchilac, es el observatorio de la cañada, desde allí se ven las verdes alfombras de los campos; desde allí se contempla la exhuberancia salvaje de nuestra zona, nuestra gran riqueza, ese suelo que ha producido oro y que guarda más aún en sus entrañas, como una corriente que se ensancha en el porvenir. Desde allí se ve, como una gacela en un nido de flores, a la ciudad de Cuernavaca, que guarda un tesoro de reminiscencias históricas.

¡Una sucesión de arcos de flores marcaban el paso de la caravana, la ciudad se engalanaba para recibir al Presidente de la República, le salía al encuentro con la ostentación de su lujo y de su orgullo, bajo un sol ardiente, un cielo de azul brillante y

sus palmeras gigantescas, y sus bosques de naranjo y platanares! ¡Y toda esta belleza saturada de una brisa tibia en una atmósfera de perfumes embriagadores! ¡Aquella ciudad encantadora es la deidad que recibe a los viajeros, los corona de flores y los bendice, señalándoles las altas cumbres de la cordillera en su tránsito al gran océano!

V

Cerraba la noche cuando la caravana llegaba a la ciudad, entre las luces, los estruendos de la música, los disparos de la artillería y las aclamaciones y vivas al Presidente. Las plazas y las calles estaban iluminadas a giorno, con globitos de colores, dando el aspecto más encantador y poético a la población.

En el Palacio de Gobierno alojó el Estado al ilustre huésped, y en el de Hernán Cortés dio una suntuosa comida, a la que concurrió lo más notable de la Administración. ¡El siglo XIX alojándose en los castillos feudales del siglo XVI!... Todo aquello era romanesco y se prestaba a los delirios de los soñadores, con los grandes episodios de nuestra historia.

Grande era la animación que reinaba en aquel banquete, donde la caravana tomaba la revancha de su desastre en la Cruz del Marqués. Los empleados del Estado haciendo los honores con exquisita finura, prodigando todo género de atenciones a sus huéspedes, pues repetimos que no era un particular el que recibía, sino los Supremos Poderes de Morelos los que daban su franca y galante hospitalidad.

Pasóse la mayor parte de la noche en la alegría más entusiasta; la plaza estaba concurridísima y las serenatas no cesaron hasta horas avanzadas.

Las salvas de artillería y los repiques a vuelo anunciaron que la fiesta continuaba, porque el señor Lerdo se detenía por 24 horas en Cuernavaca. Visitáronse los edificios más notables, mientras una parte de los viajeros iba a aplicar su labio sediento a las aguas del Salto de San Antonio, preciosísima cascada, deslizándose entre las rocas un torrente de plata, con un estruendo que alegraba en vez de aterrorizar. ¡Qué paisaje tan hermoso! ¡Qué cuadro tan pintoresco!... aquello era una antesala del paraíso, con sus flores y sus perfumes, con sus guías y su yerba trepándose en las piedras y descolgándose en el precipicio coronado por el arcoiris. El sol caía a torrentes y el calor arreciaba con esa fuerza vital que es el alma de la naturaleza. Era necesario ampararse a la sombra, y esa se nos brindaba en el jardín monumental del Palacio de Borda.

VI

Borda era un hombre sumamente poderoso; la cuna de esta grandeza salió de las entrañas de Taxco, en la más rica bonanza de aquellos minerales. Este personaje

notable por su ostentación, deja una memoria en un presente de oro hecho a la Catedral de México y en multitud de edificios que aún conservan el nombre de esa familia, cuya tercera generación acabó en la miseria y en las celdas de un hospital de dementes...

La casa de Borda era hermosísima allá a principios de siglo, el jardín es una tradición de belleza y elegancia.

Hoy está en un abandono criminal; se conoce desde luego que la mano del fisco le está secando. La casa está destruyéndose día a día y presenta el aspecto de una ruina. El jardín se va haciendo salvaje a medida que el hombre se retira. Todo es hermoso, todo crece, pero sin dirección; la naturaleza está entregada a su instinto, los senderos se turban, los arcos se derrumban, los árboles se juntan y se confunden, la yerba crece e invade las callecillas, el agua del estanque parece dormir el sueño de un siglo, todo se afea a fuerza de ser hermoso, y es que la ausencia de la cultura deja entregado al capricho de la planta su desarrollo que mata a la antigua armonía.

Es uno de los sitios que bien pudiéramos llamar históricos; se dispuso una enramada con pabellones de hojas de plátano que puestas al sol daban el reflejo verde de la luz de bengala: sirvióse una espléndida comida donde el entusiasmo rayó en locura, los brindis más elocuentes, las protestas de amistad más sinceras los chistes más oportunos, todo se mezclaba, se confundía, estallaba al son de la música, y a la vista de aquel espectáculo delicioso de la naturaleza.

Al caer la tarde se abandonó aquel jardín, no sin desearle una pronta resurrección. Hoy que la paz deja tomar asiento a la sociedad, tornará a procurarse todo lo que la guerra le ha arrebatado, y no faltará una mano culta que emprenda una reconstrucción. Entonces volverá el antiguo esplendor de los días de Borda, y se alzarán sobre aquellas ruinas una obra más grande todavía, donde siempre se recuerde con gratitud, la memoria del fundador.

VII

Dejamos el mundo de los calaveras buscando las glorias del carnaval en el Teatro Alarcón y en los reconocimientos de buen tono sobre las bellezas de la ciudad, mientras nosotros teníamos una sesión de literatura con Guillermo Prieto en nuestro alojamiento. Divertidos estábamos en la conversación cuando recibimos tarjeta para una cena. Aquello era imposible, dos horas hacía que habíamos dejado a Borda; no obstante y más bien como punto de reunión, asistimos al salón de sesiones, que lo encontramos perfectamente ataviado y en tren de banquete. Aquello era una profusión, un lujo de convites, en que la galantería de Morelos se manifestaba ostentosa y exquisita.

A pesar de nuestro propósito volvimos a comer, al grado que los peritos en la materia declararon que nuestros estómagos no habían probado alimento en setenta y

ocho horas.

Cargados de sueño y de champagne, nos entregamos a un dulce sueño, que se turbó a las seis de la mañana, hora señalada para la partida a la gruta. Entramos en los carruajes y marchamos en dirección al punto objetivo de nuestra expedición.

El camino no era precisamente lo que pudiera llamarse carretero, así es que se reprodujeron las escenas de la «cuesta de rompe costillas»: subidas y bajadas, pendientes y planos llenos de piedra, sembrados desiguales, todo cuanto puede conspirar contra la vida humana, todo cuanto puede hacer desconfiar de una larga existencia; tanto nos amagó en eso, que aún no nos atrevemos a llamarle camino.

Era tal el calor y la agitación, y los tumbos de la diligencia, que tentados estuvimos de precipitarnos en el cauce peligroso donde bajan tranquilas las aguas del Amacusac.

Llegamos al fin a Tetecala, donde jamás se había oído el ruido de un carruaje; esta novedad la llevamos a costa de nuestra Individualidad, bien maltratada por cierto, al país clásico de los alacranes. La recepción hecha al Presidente fue entusiasta. El Jefe Político Pedro Sonano, compadre y ahijado mío (de matrimonio), se esmeró de tal manera que dejó sentir la idea de acabar con la caravana a fuerza de obsequiarla. Podía haber dado de comer al ejército permanente y a la marina porque mandó al horno cuanto borrego, ternera y ave encontró en la población; hizo un Sedán, un Waterloo, con la raza comible.

Tetecala es un lugar de calor horrible; esta circunstancia nos hizo prescindir del placer de visitar la población, estando en guardia y alerta por los alacranes, cuyo piquete es simplemente cuestión de apuntarse en el registro civil, y no entre los nacidos. Con el estómago lleno y el corazón encendido de miedo permanecemos dos horas en esa seductora localidad, hasta que sonó la voz consoladora de «vámonos», que no se repitió dos veces, porque al Instante ya estábamos en los carruajes, que a escape abandonaron Tetecala.

VIII

Llegamos a Cuatlán del Río, con sus palmeras, sus huertos, sus lagos azules y su atmósfera de 90°, capaz de hacer sudara un esqueleto. Allí tuvimos que abandonarlos carruajes, ya que debíamos emprender una marcha trabajosa por un camino de pájaros, todo anunciaba que nos acercábamos al prodigio. Montamos a caballo y como quien atraviesa las arenas del desierto, emprendimos el camino a Cacahuamilpa. Nada de notable: crestas desnudas como las de los alrededores de Jerusalén, yerba muy pobre, sucesión de cerros sin vegetación y todo envuelto en una atmósfera pesada.

Era peligroso llegar entre la obscuridad a la gruta; hay despeñaderos donde hubiera sido fácil un accidente, que habría convertido en tristeza aquella alegría que

no desmayó durante la expedición.

Llegamos a la Hacienda de Cocoyotla, a esa finca albergue en otros días de lujo; y hoy abandonada del todo; en esto nos referimos a la casa. La huerta es notable por su hermosura; árboles gigantescos, naranjos en profusión, y todo género de flores, respiro de ese clima donde se produce lo más hermoso que pueda ofrecer la naturaleza. Trascendía el azahar, se respiraba un ambiente dulcísimo y perfumado que parecía aquietar el fuego del día y derramar una frescura deliciosa. Pernoctamos en Cocoyotla, sin esperanza de obtener una cama porque el campamento estaba dispuesto al frente de Cacahuamilpa. La hacienda es natural que estuviera, por su abandono, plagada de alacranes, y esto engendraba gran temor que se aumentaba al oír el silbido agudo y cantante de ese animal, que se solazaba en el jardín a la sombra de las plantas y de los árboles...

¡Música tremenda, opera espantosa, que denunciaba la presencia del peligro!

La caravana estaba de fortuna, ninguna desgracia ocurrió en esa noche triste de la expedición. Amaneció al fin, y partimos definitivamente a Cacahuamilpa, con la ansiedad que siente todo viajero de llegar al punto objeto de sus desvelos y de sus ilusiones. El camino se hacía difícil por momentos. Cerca del pueblo que lleva el nombre de la gruta, el Gobernador del Estado de Guerrero, que venía de la Providencia, salió al encuentro del señor Presidente para hacerle los honores de la visita.

Atravesamos dos ríos, cruzamos unas laderas y ¡nos encontramos de improviso frente a la gruta de Cacahuamilpa!

IX

¡Descubrámonos la frente, estamos en presencia de una maravilla!

La montaña ha abierto sus terribles mandíbulas y enseña el abismo.

Las sombras son amenazantes en el fondo del antro, y sin embargo, es necesario penetrar con la osadía del valor.

Descendemos por los molares de granito de esa espantosa boca.

La luz ha muerto, la oscuridad se recobra en medio de aquel silencio lúgubre.

La gruta es el gigante, el hombre es el átomo.

La oruga visitando la mole.

La grandeza humana puesta a la acción del microscopio.

El insecto paseándose en aquel vientre oscuro, sin preocuparle su presencia.

El hombre y la nada confundidos en medio de la tiniebla.

Avanzar es perderse.

Encender una luz, alumbrar un solo paso.

Ensayemos algo para percibir lo que nos rodea.

Centenares de hombres han penetrado, y no obstante son apenas los infusorios en

aquel vaso gigante.

Cada uno toma su antorcha.

Algo se delinea, algo se arranca del seno oscuro.

Se ve mucho que se parece a las obras humanas, en una proporción titánica.

Se escucha un grito de aclamación que se lo traga la gruta sin repetirlo.

El rayo perdería su majestad.

Es una noche sin estrellas ni relámpagos.

Un paréntesis de la luz y del ruido.

Las múltiples antorchas y la luz eléctrica logran dominar la densidad y la sombra.

¡Espectáculo maravilloso!

¡Una inmensa catedral con sus bóvedas altísimas, con sus dioses, sus altares, sus crujías, sus capiteles de acanto, sus columnas y sus cipreses!

Todo en desorden, todo revuelto como en el último día de una religión.

Formaciones caprichosas del cataclismo.

Obras monumentales de una catástrofe.

¡Pero las deidades son de todos los ritos, el ídolo, la imagen, el crucifijo!

La naturaleza delinea en las cristalizaciones y la fantasía engendra la visión, determina el fenómeno.

¡Cuantos siglos para levantar gota a gota una de esas pirámides!

Es necesario detenerse delante de esta formación a pensar, a meditar; porque el espíritu se abisma en presencia de lo maravilloso.

Pero no hay tiempo, la multitud dejando tras sí el hilo de la vida, avanza, y todo aquel mundo se envuelve en el silencio.

Todos aquellos hombres con teas encendidas siguen una corriente.

Sigamos, que detenerse es morir.

Penosa la peregrinación.

Las rocas obstinadas no quieren el paso de los hombres.

Es necesario vencer.

Parece una ceremonia antigua.

Las catacumbas recibiendo a los cristianos con los mártires del circo.

Remeda una procesión fúnebre en las pirámides.

Un pueblo de tres siglos escondiendo su religión proscrita entre las entrañas de la tierra.

Los oráculos de una religión nueva.

Las novedades tremendas de un rito desconocido.

El camino se estrecha.

Es crucero de una nave que conduce a otra cavidad más temible. El silencio se turba con los sonoros ecos de la música.

Los monstruos de la gruta estarán asorados.

Espanto horrible los que penetran.

Espanto horrible los que reciben tan extraña visita.

Nadie habla.

¡Todo es admiración!

Nadie comprende lo que pasa alrededor.

Ya no es aquel templo gótico con el tren de sus grandes riquezas. El espectáculo ha variado.

Estamos en el antro de los gigantes.

Cortinajes espléndidos cubriendo estatuas de alta talla.

Riscos monumentales.

Caballeros armados en bajo relieve.

Mujeres blancas.

Monstruos descolgándose por las bóvedas.

Grupos de fantasmas horribles como huyendo de una catástrofe.

Serpientes espantosas enroscándose a las rotas columnas.

El pavimento sembrado de piedras que brillan como la marmaja.

Trasgos y endriagos por las crujeas.

¡Todo este imponente cuadro a la luz roja de Bengala, que al oscilar da movimiento a ese mundo petrificado!

Parece que todo camina, que las estatuas oscilan, que los fantasmas tienden las manos.

Que los dioses se agitan.

Que los monstruos devoran.

¡Que el universo aquel se pone en actitud espantosa para vengarse de la osadía del hombre que ha penetrado en el misterio de los siglos!

Un lienzo de pizarras talladas cierran el paso, no sin dejar sentir comunicación con el resto de la gruta por entre las molduras de filigranas.

¡Pero hay un acceso marcado por una alta portada como un arco triunfal!

Los genios del antro han corrido una cortina de piedra marcada con pliegues soberbios desprendidos de un dosel con todos los accidentes del arte.

¡Por aquí! grita la escultura.

¡Por allí! responde la multitud que avanza con una fatiga, como la de los buzos al salir del fondo del mar.

Desde el dintel de aquella puerta gótica se domina el otro magnífico salón, que tiene distinto aspecto de los demás.

De improviso nos encontramos en uno de esos momentos de las auroras boreales. Pabellones Inmensos poblando aquel cielo espléndido y majestuoso.

Y en toda la extensión, rocas calcáreas, formaciones cristalizadas, como los témpanos de hielo de los mares árticos.

Un caos incoherente.

Decoraciones magníficas en esa concurrencia providencial de las estalactitas y estalagmitas.

Y todo atravesando por esas corrientes subterráneas, verificadas en las

dislocaciones del globo.

Repentinamente las estatuas se animan y se presentan en lo alto de la bóveda con cirios encendidos.

Se asoman al abismo a ver quien perturba su sueño y su quietud.

Parecen los genios de las grutas del Ganges.

Aquello es el atrevimiento del hombre que lo lanza al peligro.

Piensa que crece sobre los riscos.

Aborda el peligro.

Se encarama en los capiteles.

Se ostentan a la altura como las visiones tutelares de aquel misterioso sitio.

Entonces se descubren los bancos de nieve de las aguas polares.

Y no obstante, todo aquello está muerto.

Todo está amortajado.

¡Y todo vive en el silencio de los siglos!

El desfallecimiento ha comenzado.

Grupos de hombres descansan sobre las húmedas rocas de la gruta, a la luz de una tea.

La sed crece y la fatiga es horrible.

Sólo un hombre, centro de un grupo atrevido, continúa con una entereza sin nombre.

Parece que su corazón no ha precipitado sus pulsaciones, que sus sienes no latén con violencia.

Que sus miembros están rígidos como los de las estatuas.

Que el cansancio no sobreviene a su marcha.

Parecía el Dante visitando las espirales de su infierno.

Aquello era un canto de la Divina Comedia.

Osadía por osadía.

Grandeza por grandeza.

El espíritu de aquel hombre y la gruta, guardaban una armonía perfecta.

¡Ese hombre era LERDO!

Parece el término de la caverna.

Las agujas babilónicas y los monumentos egipcios obstruyen el paso.

Nadie ha penetrado hasta allí.

Nadie sabe qué guardan esos nichos de piedra.

Se conserva el secreto pavoroso que sobrecoge el corazón.

Repentinamente la luz avanzada del guía converge a un ángulo y desaparece.

La multitud sigue el reflejo y se entra por un intestino estrechísimo de la gruta.

Es necesario inclinar la cabeza y adelantar las manos.

Las rocas salientes amenazan de muerte.

Los hombres penetran uno a uno y con dificultad inmensa.

Si en aquel momento aconteciera una obstrucción, las arenas de aquella ampollita

quedaban incomunicadas en los dos salones.

Sería la incomunicación de la muerte.

Una roca cualquiera equivaldría a la piedra de un sepulcro.

Daba terror esa idea en los momentos del paso.

El espectáculo hacía borrar tan profunda impresión.

Figuraos el panteón más soberbio que hayan dejado las edades.

Los monumentos más asombrosos que haya engendrado el genio humano.

Nada son los sepulcros de los reyes y de los pontífices.

Nada los sarcófagos de los emperadores antiguos.

Nada las tumbas que haya en el corazón de las pirámides.

En el centro una gran piedra como la de los sacrificios; pero inmensa como un ara levantada a la divinidad.

Frente a esa piedra una esfinge gigantesca, quien sabe si una deidad recibiendo las altas ofrendas y las adoraciones de un culto sacrílego. En derredor masas informes acumuladas al acaso, como dioses desesperados, como crujías hechas pedazos.

Restos de pasados indios.

Fragmentos de esos templos que guardan las ruinas desoladas del Asia.

Todo disperso en hacinaciones monstruosas. La piedra y la esfinge son blancas como el mármol de Carrara y guardan esculpidos a punta de puñal los nombres de los viajeros.

¡Allí dejamos los nombres más queridos de nuestro corazón!

El asombro había llegado a sublimarse.

Se oían gritos insensatos, exclamaciones raras.

Nosotros escuchamos esta exhalación del espíritu: ¡Viva Dios!

No es una goce esa sucesión de maravillas.

El espíritu se siente lastimado por tanta superioridad.

Parecen no caber en el cerebro tantas imágenes, ni tantos horizontes.

El corazón se postra a fuerza de tantas impresiones.

Los ojos amenazan salirse de las órbitas en busca de tantos accidentes asombrosos.

A pesar del cansancio y de no querer separarse de la escena que tanto preocupa, se desea continuar por ver el término y se continúa penetrando en las entrañas de la gruta.

Ya no es el panteón con sus sarcófagos gigantes y sus túmulos monumentales.

Hemos pasado de los mármoles blancos a los edificios negros.

Estamos entre los dioses de Egipto.

No, no hay suficientes imágenes para dar idea de lo que presencia asombrada nuestra vista.

Parece haber hervido la tierra produciendo maravillas.

Allá se ha petrificado una generación en todos sus monumentos.

Allí se ha detenido a dar cuenta de su existencia.

Allí vive y se significa con una intención horrible.

Hombres recostados en las piedras y viendo de hito en hito a los viajeros, interrogan desde sus mármoles sobre lo que está pasando.

Gigantes deteniendo las bóvedas como cariátides de un templo de titanes.

Vírgenes en sus repisas con la túnica purísima de la santidad.

Grupos de genios.

Y en las altísimas bóvedas, sucesión de figuras, como las de esas glorias que encontramos en nuestra basílica.

Las paredes sembradas de figuras terribles de monstruos como los del Apocalipsis.

En medio de una fuente cincelada como la de un artífice, con sus relieves y sus tallados, como una obra de la escultura en el tiempo de los moros en los patios de la Alhambra.

Los viajeros significan este salón en el nombre de *El Agua Bendita*.

Allí hay un depósito de agua purísima.

Parece que Moisés ha herido la roca con su vara mágica.

La multitud aplica allí sus sedientos labios.

Se detiene jadeante como en un punto de estación para proseguir su camino.

Cada imaginación ve de distinta manera aquel fenómeno.

Cada corazón late agitado de distintas emociones.

Cada ojo ve distinto espectáculo.

¡No es posible reunir en un solo pensamiento, meter en un solo cráneo el conjunto de cada idea!

No es posible en medio de una fatiga tan espantosa, detenerse en los detalles.

Cuadros son estos como las grandes pinceladas del Supremo Artífice.

Sería preciso vivir dentro de la gruta para estudiarla.

Sería preciso ser un genio para describirla.

Estamos en el salón de los órganos.

¡Nada de lo que hemos visto es tan asombroso! ¡Allí está la obra maestra de la naturaleza!

Parece haber guardado ya en el confín de lo explorado, algo superior e ineludible.

El acaso ha hecho aglomeraciones artísticas que parten simultáneas del asiento de la gruta a las alturas de las bóvedas.

Columnas que se entretejen en filigranas admirables.

Trazos inmensos que se asimilan en figuras extrañas y desconocidas.

Algo de Nínive.

Mucho de los monumentos fenicios.

Los órdenes todos de la arquitectura antigua y moderna.

El estilo que guardan los templos más suntuosos de la Iglesia Católica.

Restos que superan a los de Pompeya.

¡Magnificencia más soberbia que lo que queda de la Roma antigua!

Todo tirado al acaso.

Todo levantado por la mano de la naturaleza como en el gran estudio de un arquitecto.

La pobre y mezquina luz artificial perdiéndose en los múltiples colados de aquellos órdenes de anarquía.

¡El hombre como un pigmeo sobre el asiento escabroso de las rocas, perdido demente en sus locas contemplaciones!

¡Pobre criatura humana que cae de rodillas delante de la obra más pequeña del Hacedor Supremo!

El terreno es inaccesible.

Los pies y las manos sirven para adelantar en el camino.

La fatiga es inmensa.

Los declives y accidentes llegan a la imposibilidad física.

El agua brota de la tierra y se desprende del cielo.

La planta resbala en las piedras empapadas.

El fango está próximo.

La gruta vela sus últimos misterios.

Ese último salón ha sido el *non plus ultra* de la investigación, las Columnas de Hércules de la gruta.

Continúa un camino tremendo que no puede vencerse en una sola jornada.

No obstante, la caravana, ya en un grupo pequeño, avanza con una osadía sin nombre por aquella cripta.

El salón es pequeño en sus referencias.

Es necesario no creer en el fin, porque después de una compuerta hemos visto cavernas inmensas.

Parece el sagrario de los genios.

El *santa sanctorum* de las deidades.

Allí hay un reposo sepulcral.

Las figuras duermen.

El dios del quietismo cubre con sus alas cuanto le rodea.

Todo es sombra y misterio.

¡Es la eternidad que empieza!...

Los pabellones son las gasas del sepulcro.

Las piedras son cadáveres.

¡Todo espera allí el toque de la resurrección!

Sobre una de aquellas lápidas sin inscripción y donde no se ha posado hasta hoy la mano de los hombres, queda como un monumento histórico el nombre de D. Sebastián Lerdo de Tejada, Presidente de la República.

La peregrinación había terminado.

La maravilla estaba descubierta.

El pensamiento seguía agitado en sus investigaciones penetrando el abismo.

¿Qué habrá más adelante?

¿Cubrirán las cúpulas gigantes de las cordilleras, más estancias de la misteriosa gruta?

¿Esos dos ríos que se precipitan furiosos en el cauce cercano y que parten del seno de la montaña, atravesarán las soberbias galerías? ¿Habrá un sitio en que se interrumpa el silencio?

¡Nadie lo sabe!

La inteligencia humana se asocia a la oscuridad impenetrable.

¡El hombre se envuelve en el misterio! ¡La tiniebla es la tiniebla!...

¡La sombra, es la sombra!...

Volvamos la vista al espacio andado.

El fenómeno está fuera de comparación.

En todos los salones hay luces de Bengala.

Entonces se descubre algo que aterra.

La gruta es una.

La división mentira.

Las barreras sueño.

Es una sola cavidad ancha, majestuosa, obstruída por múltiples monumentos.

Todo vive bajo un solo horizonte.

¡Cielo, monolitos, peñascos, ruinas, anfiteatros, todo hacinado en la misma caverna!

¡Las galerías de columnas sosteniendo aquella bóveda prolongada!

Aquel fondo es el depósito de tantas y tantas maravillas.

Desde la altura se percibe el oleaje de todo lo pequeño, el ensanche de todo lo grande.

Los grupos blancos de las gigantescas concreciones se asemejan a los bancos soberbios del Estrecho de Bering.

Así debe haberse presentado a su visión profética. Babilonia, la ciudad lóbrega de Isaías, trastornada por las trepidaciones de la tierra y asomado por entre las nubes de la noche sus marmóreas arquitecturas hendidas por el relámpago.

¡Nuestro pobre espíritu, no pudiendo concebir que las leyes de la naturaleza bastaran solas para edificar aquella creación portentosa, volvíase con gusto a las creencias de la juventud y obsecado por las imágenes de la leyenda, hallaban estampadas en la estalagmita las sandalias de los obreros celestes, y en la profundidad de aquellas naves, sobre los espejos de agua insondables, inmovilizados por los siglos, creía ver el espíritu de Dios vagando entre las tinieblas!

¿Quién trazó aquellos arcos? ¿Quién niveló aquellas altísimas columnas? ¿Por qué no se desploman aquellas torres de cimientos carcomidos y aquellas rotondas que descansan sobre repisas de cristal? ¿Por qué no caen aquellos candiles que oscilan con sus estatuas de alabastro, colgadas de la bóveda por hebras de escarcha?

Y si no es Dios, ¿qué brazo pudo aglomerar aquellos soberbios materiales, hasta

los abismos de aquella inmensa altura?...

La ciencia ha descifrado el enigma y se sonríe ante los misterios que nosotros y la poesía acostumbramos colocar tras de los fenómenos de la naturaleza.

¡Una gota de agua es el infatigable obrero de aquel edificio prodigioso!

Una gota de agua lleva en su seno el material de la obra; pone sobre las piedras una partícula cristalizada, y luego vuela y se evapora.

La multitud cansada se levantó llena de asombro, dando gritos arrancados del alma.

Gritos de admiración que se traducían en un himno al Todopoderoso.

Al descubrirse la luz del día que bajaba dulce y pálida como la del crepúsculo; al sentir el aire tibio de la montaña, volvimos desde las rocas una última mirada al fondo de la caverna.

¡Con el corazón oprimido y lleno de veneración dimos un último adiós, llevando en nuestro cerebro como el más sublime de nuestros recuerdos, nuestras horas de vértigo en la incomparable gruta de Cacahuamilpa!

Después de este viaje que pudiéramos llamar de ultratumba, volvimos a encontrar los mismos cuidados y galanterías con que se ha distinguido el Estado de Morelos; de notable hallamos los dos convites de las Haciendas de Miacatlán y Temisco; en esta última se renovó el esplendor antiguo, con todo el fausto de los españoles del siglo pasado. El Gobernador del Estado, general Leyva acompañó al Presidente hasta la Cruz del Marqués, donde el Ayuntamiento de Huichilac nos dio una espléndida revancha del desastre tremendo del primer día del viaje.

Regresamos a México después de ocho días en que ni una nube vino a turbar el clarísimo cielo de nuestros goces, llevando todos en la historia de nuestras reminiscencias, un sentimiento de gratitud hacia el señor Lerdo, que nos ha proporcionado un viaje de recreación inolvidable.

El sol de mayo^[40]

I

Estamos en las primeras horas del cinco de mayo de 1862.

Los celajes de la mañana comienzan a sonrosarse en el confín de un horizonte claro por las brisas purísimas de la madrugada.

En el fondo del cielo levanta su frente la Malintzin como la deidad ante la cual se prosternaron nuestros mayores, y más allá esos dos gigantes hermanos cubiertos con su armadura de hielo, que se llaman el Popocatépetl y el Iztaccíhuatl.

El Atoyac ocurre rompiendo en las márgenes de flores sus cristales transparentes.

La lluvia de la noche convertida en perlas y brillantes oscila en las hojas de los árboles y salpica la alfombra de esmeralda de la llanura.

La extensión está sola; algunas bandadas de pájaros atraviesan por intervalos volviendo a desaparecer y dejando limpia y transparente esa gaza que media entre el cielo y el abismo.

La ciudad sale de las sombras de la noche y la luz comienza a iluminar su blanco caserío, y sus agujas se desatan con majestad y elegancia en el zafiro hermoso de la atmósfera.

Entre las confusas sombras del amanecer se percibe una serpiente de escamas de hierro que parece salir del corazón de la ciudad.

Se escucha el ruido de sus anillos acerados, y se adelanta atrevida entre las laderas del camino, y sigue su ruta hacia el Oriente.

Aquel monstruo es el genio de la guerra.

Es un ejército que busca con sus armas el pecho de sus enemigos.

Todo aquel ruido sombrío se apaga y el silencio recobra su majestad y su dominio.

Si un peregrino atravesase entre el crepúsculo de la mañana por aquellas rocas, no sospecharía ante aquel cuadro de paz y prolongada calma, que estaba sobre el formidable teatro de una catástrofe.

II

¡Rasgóse al fin la bruma del horizonte, y los primeros rayos de un sol incandescente reflejaron sobre los volcanes, alumbrando de súbito la ciudad, y las montañas y la llanura, y vibrando en un cambiante de gloria sobre las armas de nuestro ejército, y dando de lleno con su esplendor en esos estandartes venerados nacidos en la hora primera de nuestra independencia!...

Las sonoras campanas de la basílica dieron el toque del Ave María, y como si

aquel toque hubiese sido no un eco religioso, sino una señal de alarma, las músicas todas del ejército que iba a combatir rompieron sus sonos marciales a que respondieron mil vivas de entusiasmo que repercutieron en el fondo del valle y en el seno de granito de las montañas.

El estandarte nacional ondeaba en las altas torres de las iglesias y de los palacios, y desplegaba sobre el campo de la lid llamando a la lucha a sus adversarios.

Aquel sol cuya radiante luz había sido llamada por Dios en el cuarto día del Génesis, llevaría la gloriosa memoria de una batalla a las regiones occidentales.

III

La verdad histórica suple en esta vez a la imaginación del novelista: oigamos lo que dice sobre este memorable acontecimiento.

El general Zaragoza ha formado su batalla hacia la parte occidental de su campamento.

La ala derecha de su línea lo cubren los invencibles cuerpos de Oaxaca, los compañeros de aquellos valientes que guardaban las tumbas abiertas por el incendio de San Andrés Chalchicomula.

Allí se ostentaban los carabineros de Pachuca, los lanceros de Toluca y los de Oaxaca.

El centro, que es el lugar de honor, la ocupan el valiente Berriozábal y Lamadrid, con las brigadas de México y San Luis.

La izquierda está apoyada en los cerros de Loreto y Guadalupe, con Negrete a la cabeza de 1,200 soldados de Puebla y Morelia.

Aquel ejército estaba orgulloso de sus combates, y se sentía capaz de afrontar el choque enemigo, por formidable que fuese.

La artillería sobrante se situó sobre los fortines de la ciudad.

Zaragoza asumió entonces la actitud histórica que determinó en ese día su gigante figura en el mundo de la heroicidad y de la fama.

Esperó tranquilo la llegada del enemigo, sus labios permanecieron en silencio y en su faz había algo de sombrío.

Napoléon I, estaba triste, dicen los historiadores, la víspera de Austerlitz.

IV

Alzóse una pequeña nube sobre uno de los baluartes del cerro de Guadalupe y vibró instantáneamente una detonación.

El enemigo estaba a la vista.

Aquel telégrafo de la muerte produjo un estremecimiento nervioso en la ciudad e

hizo discurrir un frío terrible en el ejército de la República.

¡El enemigo estaba a la vista!

Zaragoza sintió el golpe eléctrico en el cerebro, y la inspiración cernió sus alas sobre aquella frente de gigante.

Corrió sus acicates por los espumosos ijares de su corcel y avanzó hacia sus soldados que yacían inmóviles viendo el camino por donde comenzaba a aparecer el enemigo.

—¡Soldados, gritó con voz de trueno, os habéis portado como héroes combatiendo por la Reforma, vuestros esfuerzos han sido coronados siempre por el mejor éxito, y no una, sino infinitad de veces que habéis hecho doblar la cerviz a vuestros adversarios: Loma Alta, Silao, Guadalajara y Calpulalpam, son nombres que habéis eternizado con vuestros triunfos. Hoy vais a pelear por un objeto sagrado; vais a pelear por la patria y yo me prometo que en la presente jornada, le conquistaréis un día de gloria. Nuestros enemigos son los primeros soldados del mundo; pero vosotros sois los primeros hijos del mundo y os quieren arrebatar vuestra patria!

¡Soldados!... ¡Leo en vuestra frente la victoria! ¡Viva la independencia nacional! ... ¡Viva la patria!

¡Un grito unísono de entusiasmo se levantó de aquella muchedumbre, un solo grito que hizo estremecer los corazones con el aliento abrasador de la esperanza!

Zaragoza recorrió la línea deteniéndose ante los batallones, dejando caer un recuerdo de gloria, una memoria de triunfo, una esperanza para el porvenir.

Las dianas, la música, los gritos de entusiasmo se sucedían como el fuego de la erupción.

Aquel ejército solemnizaba la victoria antes del combate.

Zaragoza estaba satisfecho.

Aquella patriótica fiesta calló repentinamente al toque de atención dado por el clarín de órdenes del general.

V

Las guerrillas de caballería venían batiéndose en retirada y fogueando al enemigo, que avanzaba como una nube de tempestad sobre el campo republicano.

Avanzó a lo largo del camino iniciándose la batalla frente a la garita de Amozoc.

Repentinamente aquella masa se cargó a su flanco derecho y en su movimiento oblicuo llegó al pie del cerro de Amalucan, apoyándose en la Hacienda de Los Álamos, mientras sus baterías se situaron convenientemente frente a las posiciones de Loreto y Guadalupe.

Zaragoza comprendió el plan de Laurencez al ver su movimiento de flanco y con la rapidez del rayo dio otro orden a su batalla.

Berriozábal, con la división de México, ascendió a paso veloz por las rocas, y se

situó en la hondonada que media entre los cerros de Loreto y Guadalupe.

Honra a ese bravo general el orden con que efectuó el movimiento y su gran serenidad al frente del enemigo.

El general Antonio Álvarez, con los carabineros, cubrió la izquierda de las fortificaciones.

A la derecha, formando ángulo con los fortines, se extendía la línea de batalla desde el cerro de Guadalupe a la plazuela de Román, frente de las posiciones del enemigo.

A la misma altura del cerro, y sobre el camino que sale para la garita, se situaron dos piezas de batalla protegidas por la brigada al mando de Lamadrid hasta la iglesia de los Remedios.

Cerraba el costado derecho la división de Oaxaca apoyada en la plazuela de Román con su detonación de artillería, y a la espalda los batallones de Toluca y Oaxaca.

Tal era la situación de los combatientes, momentos antes de comenzar el combate.

Zaragoza sacó su reloj y dijo a su Cuartel Maestre:

«Señor general, las once y tres cuartos».

A esa hora había comenzado la batalla de Waterloo.

VI

De aquella tormentosa posada en la cima de Amalucan se desprenden los primeros relámpagos que deben preceder a la catarata.

Los zuavos desparraman en tiradores, cambiando sus tiros con las tenaces guerrillas de caballería, que no se repliegan hasta ver salir las columnas de ataque.

Cuatro masas compactas de 1,000 hombres caminan sobre su flanco derecho en dirección al cerro de Guadalupe.

Pasan a lo largo del pie de la montaña siempre en movimiento oblicuo, hasta ponerse a tiro de cañón de las posiciones republicanas.

¡Qué bello era aquel espectáculo!

Los soldados marciales de la Francia no desmentían esa fama que ha llegado al apoteosis; caminaban serenos, impasibles, arrastrando a su paso aquel lujo de trenes y sin desordenarse, al recibir el mortífero fuego de la artillería que jugaba implacable sobre las columnas.

Colocan sus cañones en medio de aquel huracán de proyectiles, y responden a la muerte que los ha seguido en todo su trayecto, con el bronce de sus baterías.

Las columnas atravesaban lentas y silenciosas el espacio de Rementería que media entre Amalucan y Guadalupe, perdiéndose entre las ondulaciones y sinuosidades del terreno.

Desaparecieron unos instantes: era que ascendían por las rocas ocultándose de los

defensores.

De repente las cabezas de los tiradores zuavos, con la roja calotte coronando su tostada frente, con la mirada chispeante, asomaron por las orillas de la colina, ascendiendo atrevidos en pos de la victoria.

Los fortines hicieron el primer disparo y la columna se sintió conmovida por la metralla.

Entonces la división Berriozábal se lanzó como el huracán al encuentro de la columna, y las bayonetas se cruzaron y la sangre corrió a torrentes, y la muerte discurrió haciendo un estrago espantoso.

Aquella masa compacta onduló un instante, vaciló y retrocedió al fin en un buen orden, hasta ponerse fuera de tiro.

VII

Un momento bastó para que se repusieran en su moral, los clarines tocaban a ataque, y las columnas tornaron a embestir con denuedo.

Los zuavos, con la desesperación de la derrota, desafiaban a la muerte con un valor exagerado.

La columna avanzaba a paso de carga en medio de una tormenta de metralla.

Los fuertes de Loreto y Guadalupe vomitaban bronce y nuestra línea de batalla permanecía como una cadena de hierro eslabonando los dos cerros.

Los regimienos primero y segundo de marina y los zuavos intentan decidir el combate, y como leones se precipitan sobre la línea que los recibe a bayoneta.

Negrete, que había mandado a los zacapoaxtles ponerse pecho a tierra gritó con ese acento que Dios les presta sólo a los buenos hijos de una patria agonizante.

—Ahora, en nombre de Dios, ¡nosotros!

Aquella voz fue la evocación sagrada al genio de la victoria, porque la columna francesa fue arrollada completamente y puesta en dispersión.

La gritería, dice un testigo presencial, era horrible; al ronco acento del francés se mezclaba la aguda gama del zacapoaxtla y el grito burlón de nuestros soldados del pueblo, apenas distinguidos entre los tiros y los clamores de muerte y exterminio.

En aquellos momentos el pundonoroso y valiente general Rojo avisa al general Álvarez que era tiempo de lanzar la caballería para alcanzar una completa victoria.

Nuestros dragones se precipitan sobre los restos de la columna que con una serenidad admirable se repliega a su campo, batiéndose en retirada.

No habían pronunciado aún su última palabra en la arena de la liza.

VIII

Laurencez estaba perdido y desmoralizado, dos ataques con un éxito desgraciado lo tenían casi demente.

Se propone dar un último asalto, pero simultáneo, buscando de dos probabilidades una de éxito favorable.

Organiza una columna con los cazadores de Vincennes y el regimiento de zuavos, y torna a dirigirlos sobre el cerro de Guadalupe, mientras pone en marcha otra compuesta del resto de sus tropas y ataca la derecha del ejército de Zaragoza.

Entonces los zapadores al mando de Lamadrid le salen al encuentro, y se empeña un terrible combate a bayoneta.

Una casa que se halla situada en la falda del cerro es el punto objetivo; los franceses se posesionaron de ella, y son arrojados por los zapadores; la tornan a recobrar, y una lucha más sangrienta aún se renueva en el sitio fatal.

El cabo Palomino se mezcla entre los zuavos y se bate cuerpo a cuerpo con un arrogante soldado francés, y el guión de los zuavos pasa a sus manos cuando su guarda ha lanzado el último suspiro por la herida abierta en el centro del corazón.

—Señor general, gritaba Haro a Laurencez, habéis perdido en tres encuentros; dadme las fuerzas que os quedan, y me comprometo a tomar la ciudad por el lado del Carmen; ha sucedido lo que anoche os he pronosticado, el orgullo militar os ha perdido.

—¿Y quién sois vos, gritó Laurencez, para atreverse a amonestar a un general del ejército francés?

—No es tiempo de recriminaciones; reunid vuestra gente y emprended el ataque como os indico, porque esa columna que va sobre Guadalupe, será derrotada irremisiblemente.

—Callad, caballero, y dejadme, aún tengo fe en mis soldados.

—Haced que se bata todo el 99 de línea, aún podéis pretender una victoria.

—¿Y con qué me retiro?, dijo Laurencez sin pensar en la prenda que había soltado.

Haro y Almonte se vieron con asombro, Laurencez tenía razón.

Los mexicanos que militaban a la orden de los franceses, estaban admirados, no podían creer lo que palpaban en aquellos momentos.

Los franceses se creían presa de una pesadilla horrible.

IX

Las nubes se habían condensado y flotaban en los picos de las montañas.

Oscureció el cielo y una sombra cayó sobre aquel campo escarbado y lleno de cadáveres.

Desprendióse una horrible tormenta confundiéndose truenos del rayo con las

detonaciones de la artillería.

Abriéronse las cataratas de las nubes y el agua cayó a torrentes envolviendo a los batalladores.

La lluvia había determinado la derrota de Waterloo.

La columna ascendía con dificultad en medio de la tormenta que se desplomaba, los toques de los clarines no cesaban de mandar el asalto.

Comprometiósese el combate de una manera terrible; Zaragoza, que veía lleno de ansiedad cuanto pasaba, envió a paso veloz al batallón Reforma en auxilio de los cerros donde zuavos y cazadores se disputaban la victoria.

Los mexicanos salvaron las trincheras; se jugaban el todo por el todo.

Los franceses llegaron hasta los fosos.

En los parapetos de Loreto había una pieza de batalla que hacía un formidable estrago en las filas de los asaltantes; entonces los zuavos hicieron un empuje desesperado y se arrojaron sobre la pieza.

En aquellos momentos el artillero tenía en las manos el proyectil que iba a colocaren la boca del cañón, sin que hubiera tenido tiempo por la rapidez con que el zuavo había llegado al parapeto.

Tras de aquel hombre venía una multitud, que una vez apoderados del fortín, levantarían la moral de su ejército y se perdería en un instante la gloria adquirida a costa de tanto sacrificio.

El soldado arrojó el proyectil a la cabeza de su adversario, que herido mortalmente, rodó en el foso del parapeto.

Los zuavos retrocedieron, avanzó la línea mexicana, y ya encarnizada en el último combate, acribilló a los franceses y se gozó siniestramente en su derrota.

Aquellos valientes que habían tocado con sus manos las piedras de los fortines, no sobrevivieron a la catástrofe de su ejército, ni a la vergüenza de su bandera.

X

Cuando las columnas enviadas por Laurencez llegaban a los fortines de Guadalupe y Loreto, las fuerzas francesas se destacaban a la posición del general Díaz, avanzando protegidas por un escuadrón y una línea formidable de tiradores.

El valiente general acudió en auxilio del batallón de San Luis que estaba a punto de ser envuelto por el enemigo.

Movió en columna al batallón Guerrero a las órdenes de Jiménez, desplegando instantáneamente su batalla, ganando el terreno a los franceses.

Empeñóse un serio combate siempre avanzando y haciendo retroceder al enemigo.

Habían adelantado tanto hacia las posiciones de Laurencez, que estaba próxima la columna a quedar aislada y comprometida; entonces el general Díaz envió a los

batallones primero y segundo de Oaxaca al mando de Espinoza y Loaeza, dando un impulso formidable con aquel auxilio, que desalojaron al enemigo de las trincheras naturales con que el terreno lo favorecía.

El éxito alentó al joven caudillo, que desató al batallón Morelos, reserva de la línea y mando por Ballesteros, con dos piezas de batalla, reforzó a la izquierda, y por la derecha envió a Rifleros con los escuadrones de Toluca y Oaxaca.

Díaz quedó dueño del campo y necesitó de repetidas órdenes de Zaragoza para regresar a sus posiciones.

En aquellos momentos las columnas de Laurencez bajaban de Guadalupe esparcidas y en completa dispersión, rechazadas en su última intentona y replegándose a la Hacienda de San José.

Los restos ensangrentados de la última columna de ataque llegaron simultáneamente a la hacienda, donde tomaban aliento sus compañeros de infortunio.

Laurencez, al ver descender a sus soldados perseguidos por la caballería y en perfecta dispersión, se cubrió el rostro con las manos y lloró desesperadamente como un miserable, sin atreverse a levantarse la tapa de los sesos como Lord Raglan al vacilar las columnas inglesas en la toma del reducto de Malacoff.

XI

La tempestad se había alejado en el horizonte arrollándose las nubes por el aliento pujante del vendaval.

El cielo estaba bañado con la luz del crepúsculo vespertino, y los pabellones de fuego del sol, en su descenso al occidente, inundaban la extensión reflejando en visos de escarlata sobre los volcanes y extendiéndose en olas de oro sobre la llanura.

La ciudad repicaba a vuelo, la población acudía en masa al teatro del combate, y los parches guerreros y las músicas saludaban al ángel de la victoria.

El general Zaragoza que había permanecido durante la acción en la iglesia de los Remedios, desde donde había dirigido hábilmente la batalla, atravesó delante de las filas de sus heroicos soldados con la frente descubierta, sin poder pronunciar palabra, embargado por la más santa de las emociones.

La presencia del general causó una profunda sensación, los soldados lloraban, tomaban las riendas de su caballo, y Zaragoza llevaba húmedos los ojos y las sienes circundadas con el lauro inmarcesible de la victoria.

El sol de mayo, alumbraba aquella grandiosa escena y se tendía en un magnífico dosel tras aquella gigante figura, adoración de un ejército y semidiós en el templo de la patria.

XII

El pabellón tricolor acribillado por Wellington en Waterloo se había levantado sobre aquella arena ensangrentada y recorrido victorioso los campos de la Europa, aplastando a su paso a las naciones aguerridas del viejo continente.

Había llamado desde lo alto de sus glorias al genio de la fortuna.

Atravesó los mares tumultuosos del Septentrión para dejar en nuestros altares las hojas arrancadas a sus laureles en la más negra de las derrotas.

Desde hoy, el nombre de México formará época en las memorias dolorosas de la nación francesa.

Al enlutar a las águilas imperiales el 5 de mayo, aniversario de la muerte de Napoleón I, la ráfaga de esos recuerdos arrojará el nombre de Zaragoza sobre ese monumento que se alza sombrío en el cuartel de los Inválidos a orillas del Sena.

La estafeta la cruz^[41]

El periódico católico de Oaxaca publica un artículo intitulado «El Catolicismo y la Masonería», en que desfogando rencores antiguos, se ocupa de la alta personalidad del Presidente Juárez, cuya memoria es sagrada en las reminiscencias de la tierra mexicana. Creemos un verdadero sacrilegio, el que salga de la misma cuna del ilustre patricio, un vejamen tan indigno, un artículo que no merece los honores de la réplica, sino es por la idea de que no dejaremos pasar nunca algo que mengüe el crédito del hombre de la Reforma. Grande sensación debe haber producido en Oaxaca ese fárrago de disparates, esas exalaciones pútridas de las almas corrompidas de los fanáticos, esos gritos de desesperación de los beatos, que miserables y cobardes delante de la majestad augusta de la República, se acogen a sus garantías para ultrajar lo que reconoce de más digno la patria.

La Cruz de Oaxaca no representa el signo de la redención, no, esa *Cruz* de que se abraza el fanatismo, es el patíbulo donde morían los ladrones de baja esfera, los criminales de sucia ralea; ¡qué relajamiento pensar que esos escritores llevan la voz de una religión!... No, ¡ellos representan el vicio, la degradación, lo que tiene la sociedad de más oprobioso y corrompido!... harapos ensangrentados, desechos asquerosos de una época maldita, ellos no han quedado entre nosotros sino como un documento de la antigua barbarie, respiradero de las bajas pasiones, órgano cascado por donde se quejan los vicios combatidos y los errores proscritos, hormiguean a nuestros pies sin lograr herirnos. Sueñan con un valor heroico por el silencio que hacemos en derredor de su importancia, y porque esclavos de nuestros principios no borraremos de nuestras banderas la tolerancia.

Como los energúmenos de la biblia, como los endemoniados de la edad media, necesitamos del exorcismo del desprecio y el asperges de la saliva.

Oigamos a estos leprosos del ultramontanismo moderno.

«¡Juárez!... Juárez, el tirano de nuestra Iglesia, el que con sus leyes de 12 y 13 de julio y 4 de diciembre, con su reforma impía, atentatoria al derecho natural y a la soberanía de la Iglesia, con su política masónica, infernal; el que en su administración de luctuosa memoria, pisó los más sagrados derechos del pueblo, él cuyo nombre será perpetuado en nuestros anales, no ciertamente como un dulce recuerdo, sino como una triste memoria, como el resumen de tantos y tantos hechos que tantos años de amargura han dado a la religión y a la patria; este hombre que pudiendo hacer mucho bien por la elevación y firmeza de su carácter, por sus altas dotes, hizo tan graves males, gracias a las inspiraciones de la masonería, de la que era servil y predilecto esclavo; Juárez recibió los honores de la apoteosis; a su muerte la masonería se cubrió de luto, y sobre su tumba sombría, velada por el siniestro misterio que rodea siempre la tumba de los que pusieron airadas manos en las mejillas sacratísimas de la Iglesia augusta, colocaron los masones la simbólica acacia, y quemaron incienso y pusieron su ofrenda de dolor y lágrimas, y dijeron que Juárez era su amigo, su

hermano muy querido, y se gloriaron de contar entre los suyos al gran liberal, al hombre que en virtud de las amplias facultades de que estuvo investido, legalizó el concubinato, el robo, la indiferencia, el ateísmo político y oficial; improvisó ricos, quitó al pueblo recursos que tenía en los bienes de la Iglesia, abrió ancho campo a todas las sectas, y desgarró en fin el seno de la patria, legalizando y consagrando el gran principio reformador de la libertad de cultos, cuyas consecuencias, bien fatales, han sido hasta hoy y lo serán más en el porvenir.

»Y cuando lo que la Iglesia condena en Juárez es precisamente su gloria a la faz del mundo masón, y cuando la masonería hace alarde de los hechos anti-católicos y atentatorios de Juárez, ¿podrá ser católico? ¡Ah! no: pueblo abre los ojos y ve que no puede ser sino estigma del catolicismo esa sociedad que santifica como virtudes en Juárez, los sentimientos criminales que lo impulsaron a perseguir a la religión de tus padres. ¡¡No; mil veces no!! ¡La Fracmasonería no puede ser católica; es enemiga irreconciliable de la Iglesia; no pueden unirse, por la misma razón que no pueden identificarse la obediencia y la rebelión!

»Pero no es esto todo, diremos aún más. Francisco García».

He aquí la baba venenosa con que los enemigos de la Reforma pretenden manchar los mármoles de la tumba que la nación mexicana venera. Nosotros no defendemos la masonería, no; esa institución ha pasado como otros dogmas filosóficos y otras instituciones. Desde que la Constitución abrió ancho campo a las asociaciones de los hombres, han perdido todo su objeto las reuniones secretas; respetamos su memoria, porque los masones proclamaban desde la altura de su templo la libertad de los hombres, la emancipación de la conciencia humana.

La calumnia y la adulación se disipan, y queda en pie la historia, severa, inflexible, imponente, juzgando los hechos de los hombres, pesándoles en una balanza sagrada. Ciertamente que Juárez tuvo faltas, inherentes a la naturaleza humana; pero de esos errores no se acuerda el retroceso, no, sólo se refiere a la Reforma, a nuestra gloria, porque la Reforma es la cruz de honor en el pecho de la República. La historia levanta por ese solo hecho la personalidad de Juárez, a una grande altura donde no pueden llegar los insultos de sus enemigos.

Revuélvanse pues, los adversarios de las instituciones en el fango de la diatriba, que nosotros responderemos con una carcajada de desprecio, cébense en buena hora con la personalidad de Juárez que mientras más la denigren, mayor será nuestra veneración por el hombre de la Reforma.

Vidas y Haciendas^[42]

Cuando sobre la mansa superficie del Océano se mira levantar una nube amenazadora y se escuchan los rugidos de la tempestad que se aproxima, la sonora voz del capitán da la señal de alarma, brotan de las escotillas hombres que se lanzan rápidamente a la maniobra; se aterra el timonel a su rueda, como dispuesto a emprender una lucha gigante con los elementos, y los tímidos pasajeros buscan inquietos en el rostro y movimientos de los marineros, las señales de la salvación o de la catástrofe.

Estamos sobre la nave, la tormenta se anuncia por el norte y el occidente, la madera cruje bajo nuestros pies, y la arboladura cimbra con el viento de la revolución, y nosotros, navegantes que cruzamos este mar proceloso sin participio en las altas maniobras de la política, volvemos también nuestro rostro, buscando en los poderes de la República la marcha que debe seguir la nave del Estado y el porvenir que aguarda a esta sociedad.

Ahí están el Ejecutivo y el Congreso; altos, muy altos, quizá fuera del alcance de nuestra voz, quizá olvidados de que existe una nación y de que amenaza un peligro. A ellos vamos a dirigirnos, sin embargo, a riesgo de que nuestras palabras se pierdan en esa revuelta atmósfera que les rodea, o de que sean recibidas con una sonrisa de desdén y de menosprecio; no importa, ejercemos en estos momentos supremos el sacerdocio del periodismo y hablaremos desde esa tribuna que ha levantado la civilización y la democracia.

No estamos ya en los años de ochocientos cincuenta y ocho, y sesenta y dos, en que el partido del progreso y de la Reforma luchaba contra el bando del retroceso, o en que los defensores de la República combatían a los soldados de la Francia y aliados de la intervención; entonces cada ciudadano sabía dónde estaba su puesto, cada combatiente conocía los colores de su bandera; entonces había un credo político y una palabra de reconocimiento; ahora el partido liberal se ha dividido, ahora nadie podría distinguir al hermano del enemigo, ahora es la lucha en la oscuridad, con todos los sombríos perfiles de la guerra fratricida.

Del caos brotó la luz, ¿por qué entre nosotros el caso ha brotado de la claridad? ¿Por qué?... Fuerza es decirlo, aunque nuestra voz hiera la susceptibilidad de altos dignatarios y de hombres de gran significación en la política. Ninguna situación más a propósito que la que encontró el gobierno al volver a la capital entre las armas victoriosas de la República, sin enemigos que combatir, sin las complicaciones del extranjero, sin exigencias de ninguna clase de parte de los hombres que habían reconquistado la independencia, y con toda la fe de un pueblo que le aclamaba con entusiasmo. Éste era el cuadro de ochocientos sesenta y siete. Dejemos pasar unos cuantos años, volvamos unas cuantas hojas de la historia; ¿qué hay en ochocientos setenta y uno? La confianza pública ha desaparecido por completo, la expectativa de una revolución apaga todo espíritu de empresa, el comercio languidece, la miseria se

extiende sobre los pueblos y las ciudades como una gangrena, y la nación espera temblando un cataclismo.

Y es porque la Constitución no es más que una sombra; porque las urnas electorales, fuentes del poder público, han sido corrompidas; porque el espíritu de bandería y de personalismo ha penetrado en los salones del Ejecutivo y en el recinto de la Cámara; porque antes que la voz del patriotismo, se escuchan los gritos del interés personal y de las aspiraciones bastardas. Un gabinete que ha ahondado más y más el abismo de las disensiones políticas y que no lleva la bandera de la concordia sino la segur del exclusivismo, que no busca a los hombres por el brillo de sus méritos, ni por la claridad de su inteligencia, si no por su ciega adhesión y su incontrastable obediencia, ha rodeado al gobierno de un círculo de acero cuyos eslabones se estrechan día a día, y que en los momentos supremos acabará por asfixiarle. Esos hombres que tienen la conciencia de su propio valer y del falso equilibrio de su posición, no pueden tolerar sin estremecerse de celo y de inquietud, que un hombre superior se acerque al bufete presidencial, porque temen que una mano valerosa descorra el velo que cubre el abismo de la situación. Por eso el Presidente está aislado, por eso las desiertas antesalas de palacio resuenan apenas con los acicates de los ayudantes, o con el paso vacilante de un inválido o de un pensionista, por eso los ecos de la prensa llegan a los oídos del primer magistrado a través de ese prisma color de rosa que juega con tanta distinción el Diario Oficial. Pero los muros macizos de ese palacio han sido impotentes para contener la vibración sonora del viento, que ha traído el eco de los cañones de la frontera, de Tampico y de la Ciudadela, y el ruido de los aprestos guerreros de Oaxaca.

¡La hora del conflicto ha sonado! El gabinete, responsable de esta situación, que debía presentarse trémulo y avergonzado ante el Presidente de la República, llevando en las carteras su dimisión, este gabinete que no ha tenido el talento de conservar siquiera en la Cámara la mayoría que la casualidad le había deparado, este gabinete que ha cifrado su política en un indiferentismo criminal, llevado hasta la ingratitud de no ayudar al hombre que los sostiene en ese puesto contra el viento y mares de la opinión, ha encontrado como un gran recurso político, la muerte de la Constitución, las facultades extraordinarias, como si fuera posible que los que no han podido cimentar un gobierno en medio de la paz y con la antorcha de la ley, pudieran afrontar con su sola inteligencia las terribles eventualidades de una revolución.

Las facultades extraordinarias conforme al espíritu de nuestra carta fundamental, son una gran prueba de confianza que se da, no al Presidente, sino a los ministros, porque ellos son los responsables; porque ellos pueden ser llevados al banquillo del reo; porque sobre ellos está suspendida la espada de la ley. Pero cuando a un gabinete se le ha juzgado en el tribunal de la opinión pública, cuando la conciencia y el patriotismo lo han sentenciado, cuando se ha medido su debilidad, su torpeza y su desprestigio, ¿cómo podrá el Congreso armarlo con el sumo derecho de vidas y haciendas? ¿Cómo podrá hacerle árbitro y señor absoluto de la sociedad y del

ciudadano? ¿Qué supone el Congreso que podrán hacer estos hombres armados de facultades extraordinarias? ¿Imponer préstamos? ¿Multiplicar las exacciones? ¿Organizar ejércitos? ¿Levantar patíbulos? ¿Llenar las cárceles de acusados políticos? ¿Amordazar la imprenta? ¿Sembrar el terror? Ésta es la peor situación que pudiera suponerse en la República. La suerte de las armas podría ser favorable al gobierno, sobre un campo de victoria podrían levantarse cien patíbulos; ¿pero esto bastaría para cimentar las instituciones y asegurar un porvenir de paz a la nación? No, aun cuando todo lo contrario pretendan hacernos creer los hombres de esta situación, nosotros repetiremos que el sable y el patíbulo no pueden hacer la felicidad de un país. El Congreso podrá conceder estas facultades a este gabinete; pero en ese caso la reprobación pública caería sobre el Congreso, que se tornaría en fácil cómplice de esa política que ha provocado tan serios conflictos a la República.

No es el toque de combate en los clarines del ejército lo que espera la nación para vivificarse; no es la sangre la que aguarda para redimirse; no es el terror lo que anhela para robustecerse; no, es la unión del partido liberal, es el respeto absoluto a la Constitución, es la moralidad en el gobierno, es la verdad en el cumplimiento de la palabra, es la desaparición completa del nepotismo, es el llamamiento franco y sincero a todos los hombres de corazón y de inteligencia, es, en una palabra, el cambio absoluto de la administración. Entonces, cuando las grandes figuras de nuestro país y de nuestra historia estén al frente de los destinos de la nación, los trastornos públicos tendrán la vida de un relámpago; esos hombres se avergonzarán de ver un obstáculo en la Ley Suprema de la República, y no se dará el ejemplo de un ministro que se presenta en la tribuna parlamentaria en demanda de los reprobados derechos de los antiguos señores, de vidas y haciendas.

El último día^[43]

El país entero se echa en oración luego que el reloj de la Cámara apunta las últimas horas de su periodo; porque las pretensiones exageradas, las ambiciones particulares, los negocios descabellados, los proyectos absurdos y cuantos pertrechos de guerra pueden hacinarse para atacar el tesoro nacional, tantos aparecen en la cartera del Congreso, esperando un momento favorable en la hora de las transacciones. Ese gran regateo parece la explosión de la inmoralidad, y no es sino el momento de la vergüenza; porque en los distritos se presentan los diputados como reos ante el tribunal de la opinión a dar cuenta de sus trabajos, aunque extraoficiales.

El tiempo se ha pasado, nada de bueno ni útil han hecho en favor de la nación ni de sus localidades, y quieren como es natural, llevar alguna buena nueva a sus representados, arrancada en el tumulto del último momento.

Recordamos aún con bochorno las agonías del 5.º Congreso Constitucional; esa multitud de extravagancias votadas el mismo día de la clausura, y que afortunadamente han sido arrojadas al San Hipólito de la política. Negocios que hubieran provocado la hilaridad en la primera sesión, pasaban con dispensa de todo trámite, con una solemnidad dogmática, y los proyectos de ley y de las minutas se sucedían con la rapidez de las bolas en una lotería, con la diferencia de que aquí todos los números eran premiados.

El gobierno callaba ante aquel espectáculo grotesco, contentándose con prometer, desde la oscuridad de su fuero interno, que aquellas disposiciones vivirían solamente sobre la hoja de papel donde estaban puestas, dejando a los niños de la patria divertirse con los cambiantes de aquel prisma, que se disiparían como diría el Presidente del Congreso, «como las visiones fantásticas de la bruma».

Ya sabemos que los juegos florales de última hora no tienen importancia alguna; pero esa farsa risible, es un ejemplo inmoral para la nación, la Cámara pierde su majestad, las instituciones, su prestigio y el porvenir, todo su encanto.

Mañana, una salva de veintidós cañonazos nos anunciará que la Asamblea clausura sus sesiones, satisfecha de sus trabajos, que han sido terribles en este periodo.

Ha forjado un Presidente y desbaratado una Constitución.

El 6.º Congreso Constitucional tiene un cargo gravísimo ante la historia, un cargo indeclinable ante el porvenir, que no se formulará ante los tribunales, porque la responsabilidad no existe; pero que traído ante el juicio de la nación, será condenado irremisiblemente. En tres meses ha efectuado un derrumbe tan completo, que, al disolverse, no encuentra las puertas por donde hizo su entrada, y salta sobre los escombros, porque todo es ruina y desolación.

Cuando vimos a las diputaciones acercarse en grupos a la plataforma y protestar guardar y hacer guardar la Carta de cincuenta y siete, no preveíamos que en unas cuantas horas ese libro sagrado sería arrojado a la hoguera de la dictadura.

Este candor nos valdrá la sonrisa de la veteranos políticos, y será una lección para

lo futuro.

Los escándalos de este periodo, no se registrarán en el año y medio de vida que tiene este Parlamento.

Hay, sin embargo, algo que atenúa el pesar de ese gran desastre de las instituciones, y es el haber visto a los hombres de principios defender palmo a palmo el terreno, sufrir las vejaciones del poder, los insultos y la diatriba, con una resignación heroica, con esa fuerza que presta la fe de las ideas y la esperanza de la reivindicación. La tribuna ha sido honrada por la voz de la historia y la filosofía, ha sido el pedestal de la Constitución, la cátedra de esas doctrinas que el pueblo tiene que recoger para salvarse. Esa tribuna ha sido a la vez la picota de vergüenza, donde han quedado azotadas las ideas criminales del despotismo, ideas que viven entre nosotros, que dominan, que están triunfantes para caer después entre las imprecaciones de los mismos que las sostienen, porque la víbora se volverá contra el seno que la está calentando.

Los representantes del 6.º Congreso recibieron abierta la Constitución, y la devuelven al pueblo sellada, como los libros de un quebrado fraudulento.

Se sentaron en las curules bajo el sol de las libertades, y salen entre las sombras de la opresión; no es difícil que los equivoquen entre la densa oscuridad de esta noche siniestra. El crimen colectivo pierde mucho de su peso, pero no acalla el remordimiento. ¡Cuando el tañido de la campana anuncie en son de rogativa que un hombre sube las gradas del cadalso, allí estará con su antorcha en la mano el último de los que votaron la suspensión de garantías, alumbrando el espantoso drama, y sin querer volverá una mirada a sus hijos, temblando tal vez por ellos que están fuera de la égida de la ley!... ¡Donde se escuche el alarido del dolor de una viuda, allí estará también el responsable, el que encadenó la libertad arrojando en la miseria a los desvalidos... temblando ante responsabilidades tan tremendas! ¡Crear una situación de absolutismo y de arbitrariedades, poner la vida y la libertad en manos de pasiones violentas y terribles, entregar al ciudadano a merced de las venganzas, abrirle las puertas de la prisión y cerrarle las de la ley, arrojarlo a la persecución, a la miseria y a la muerte!... ¡He aquí lo que significa esa ley que se balancea sobre nuestras cabezas pendientes de la voluntad de un hombre!

El pacto social se hizo bajo el amparo de las leyes, porque ellas libraban al hombre del instinto y de la perversidad del hombre: el pacto social recogió al salvaje para unirlo a su semejante, bajo la base de un convenio de moralidad y de civilización, domó los instintos, dulcificó las costumbres, le puso una red al corazón y apagó el espíritu de odio y de destrucción, símbolo de la barbarie; pues bien, luego que este pacto cae en desuso, luego que a la fuerza se le quitan esas trabas, y más aún, a la hora en que más las necesita, porque es la hora de la guerra y de las venganzas, a esa hora habéis puesto a la sociedad a la merced de una voluntad exaltada, nos habéis decretado la muerte, mucho tenemos que agradecer.

En tres meses el Congreso ha cambiado la situación, ha dado vuelo a la tormenta

revolucionaria, ha envenenado las aguas vivas de la paz, y desde su asiento ha llamado al cataclismo.

¿Qué deja el Parlamento durante su receso? Algo le avisan las caravanas del infortunio que atraviesan las calles de la ciudad dando gritos espantosos de dolor, algo le dicen los hombres del trabajo encerrados en los cuarteles como unos criminales, algo ese tesoro exhausto a fuerza de despilfarro, algo esos negociantes políticos que absorben la sangre y el sudor del pueblo, algo esos hombres frente a los cañones de la revolución, algo en fin ese gabinete desprestigiado y maldecido que lleva al abismo y al naufragio la nave de la República.

Ya no es un misterio para la sociedad lo que ha pasado en la sesión del sábado, en que por sorpresa se quiso sacar de la asamblea el decreto de las legaciones, para repartírselas entre los comprometidos en esta situación, que quieren abandonar al hombre que los ha sostenido y alimentado en el poder, para esperar el resultado de la revolución del otro lado del océano. El mismo Congreso se sintió indignado con una petición tan absurda, como la de enviar representantes al extranjero sin haber hecho las previas convenciones con los embajadores. Los mismos diputados sostenedores de esta situación, se rehusaron a dar un voto de aprobación: en vano el Ministerio de Relaciones con su ya conocida oratoria, trató de arrastrar a la asamblea; en vano los corredores de palacio recorrían las tribunas, los pasillos, el salón de desahogo; en vano hicieron esfuerzos desesperados, nada valió ante la voluntad inquebrantable de la Cámara. El Ministerio que ya tenía gastada su gran estocada de recursos, es decir, su filibusterismo, su anexión y todo lo mucho que trajo en su saco de viaje del país vecino, no pudo contener el impulso del Congreso y sufrió una derrota que formará época en los anales del Parlamento. Si hay en este desaire al ejecutivo algún misterio, nosotros no lo queremos saber, nos basta con el resultado.

Salióse indignado el diplomático, y se asegura en los momentos en que escribimos estas líneas, que el partido juarista será extrañado por el Presidente y que a última hora será botado ese decreto. Creemos que ya es tarde para ese último juego.

Estos golpes que se da a sí mismo la comunión juarista, le avisan a su jefe que ya es la hora de iniciar otra política, que este rechazamiento perpetuo, que estos vergonzosos desaires, que estos signos marcados de reprobación piden algo que no es lo que existe en las regiones del gobierno, que si un hombre quiere marchar con un partido, tiene que seguir sus exigencias, bajo la pena de encontrarse solo en un momento supremo.

El negocio de las legaciones, que deja hundidos en una dolorosa postración a los que se soñaban llenos de bordados y vuelos y guantes blancos, y sombreros al tres, y sueldos adelantados por dos años representándonos en las cortes europeas, tiene una importancia que no la desconocerán los enviados diplomáticos que están acreditados cerca del gobierno de México. Cuando las negociaciones se hayan signado, cuando esos expedientes se encuentren bajo las leyes tutelares del derecho internacional, entonces partirán las legaciones a ocupar su asiento en las cortes de Europa.

Si esta medida y buen deseo de la Asamblea se hubiera hecho sentir durante todo el periodo, la República no se encontraría en crisis tan desesperada.

El hecho es que los que han decretado hasta la retroactividad de las leyes, han sido impotentes para detener el curso del tiempo, y ya estamos en el día de la clausura. El ejecutivo, siguiendo el ceremonial fúnebre de los antiguos reyes, bajará a la sala *De profundis* del Cuerpo Legislativo, rodeado de sus Monteros de Espinosa, donde el Presidente de la Cámara, acercándose al mutilado cadáver de la Constitución, clamará por tres veces: «¿Señora, estáis, muerta?»... y luego agregará con voz lúgubre: «Puesto que no responde, ha dejado de existir»... y quebrantando su bastón en el féretro, entregará la llave del ataúd al Presidente de la República.

¡Esta generación ya casi extinguida por la lucha, pero fortalecida por sus triunfos, ha roto todas sus ligas con sus antecesores, ha pasado sobre todas sus afecciones, ha abandonado a la familia a la indigencia y a los azares todos de una revolución sangrienta en que se encontraban dos siglos para exterminarse!... Ha caído y se ha levantado, y hoy, después de algunos años de silencio, a un grito de la Reforma amenazada, se despierta y vuelve a presentarse trayendo sobre sus cañones el lema de Napoleón el Grande, «Batería de los hombres sin miedo...» Yo traigo, señores, a este debate, una tradición del cadalso levantado en las tempestades revolucionarias la noche del 11 de abril en Tacubaya. ¡Un hermano querido ascendió a ese patíbulo proclamando la Reforma y envolviendo en su último suspiro un grito a la libertad de su patria, que baja sobre mi memoria desde aquellas rocas ensangrentadas que forman el calvario de la libertad! (Aplausos prolongados.) Yo respondo a esa voz sagrada y a través de tantos años, votando en presencia de esta augusta Asamblea en favor de las reformas constitucionales. (Aplausos.)

No se trata de las Hermanas de la Caridad, sino de la extinción de una orden religiosa; no venimos a combatir a la mujer, sino a la corporación: he aquí el arma que se os ha presentado delante de vuestra generosidad, señores diputados, un arma demasiado sutil, porque nosotros como hombres y caballeros nos hemos inclinado siempre delante de las damas. Sabemos que bajo esos gorros blancos y esas túnicas azules se oculta el corazón de una mujer; no la combatimos, no, desarraigamos una institución, y nada más.

No me había preocupado en el debate de las reformas, y lo confieso sinceramente, esta cuestión de la permanencia de las Hermanas de la Caridad en el seno de la República. Era una transacción ya aceptada; sin embargo, habían venido reclamando año con año contra este establecimiento, la prensa y los hombres de la Reforma, porque mientras las mexicanas habían salido de los conventos, porque las habíamos arrojado de allí nosotros los inquisidores rojos, como nos había llamado uno de los oradores, esta corporación subsistía como una violación flagrante del espíritu reformista.

Nosotros somos los inquisidores del sayal; nosotros no quemamos hombres, quemamos conventos, y por esos conventos derribados pasa hoy la sociedad

mexicana, glorificando la Reforma. Si los primeros días, espíritus débiles y tímidos, aun del seno mismo de la Cámara, volvían la cara para santiguarse en presencia de un claustro derribado; hoy esas ruinas son las anchas vías del progreso por donde pasan los extranjeros y la sociedad culta de la República. (Aplausos.)

Marquemos una diferencia histórica:

¡Las asociaciones de las monjas y las Hermanas de la Caridad nada tenían de común con esa lepra amontonada durante tres siglos en los monasterios; nada de común con esos hombres de la corrupción de las familias fuera del convento, de los vicios más infamantes dentro del claustro! (Aplausos).

Pues bien, señores, hemos proscrito a la monja, porque la filosofía de la sociedad la viene proscribiendo. La monja es un miembro que se arranca de la sociedad; la monja cuando se encarcela es una lámpara que está ardiendo en la soledad de una noche, es una lámpara que se extingue; y nosotros, hombres nacidos de mujeres, cada vez que se seca un vientre lo lloramos.

La monja es el silencio y la muerte; nosotros estamos aquí para proclamar la libertad y el derecho a la vida, para hacer pedazos las cadenas que oprimen a la mujer y arrancarle esa presa a la tumba.

La mujer, obcecada en la soledad por los consejos de la carne, cae del trono de las vírgenes para entregarse entre los cantos sagrados al éxtasis amoroso de Santa Teresa. Cristo descendía de los cielos para poner sus manos sobre las manos, sus pies sobre los pies y su rostro sobre las frescas mejillas de la santa. (Rumores.)

Estos sueños extáticos son muy naturales cuando una fuerza impide que se desarrolle el sentimiento humano. La filosofía, señores, ha proclamado en primer lugar los derechos de la naturaleza, y por eso, la Reforma que es la filosofía, quitó las monjas, hizo libre a la mujer y la devolvió a la sociedad.

Los impugnadores del dictamen han dicho que las Hermanas de la Caridad no son monjas, porque mientras las monjas se separan de la sociedad para entrar al convento, la Hermana de la Caridad sale de la familia y se pone en contacto con el mundo.

Nosotros podríamos añadir a este, otros argumento de la misma especie:

«La Hermana de la Caridad entra al contacto de la sociedad; si esta mujer tiene un desliz con el médico, con los curanderos o con los mismos enfermos, a la filosofía no le importa la legitimidad de los hijos, quiere dar hombres simplemente, y esto lo agradece la nación porque aumenta el número de sus ciudadanos. ¿Qué, en el seno de un Congreso y a la hora de una jurisprudencia liberal, solamente los hijos legítimos estarían llamados a las prerrogativas sociales? ¿Cuántos hijos naturales no brillarán ahora, merced al desaparecimiento de esas añejas preocupaciones de la sociedad antigua, ocupando puestos distinguidos en la administración? La filosofía no va a la legitimidad, va a la propagación sin mezclarse en las preocupaciones de los hombres.»

Jugando un pensamiento reaccionario se ha dado en llamar cristiana a la caridad para hacerla ultramontana. No; ella ha subsistido desde los primeros días del Génesis,

esa virtud es muy anterior a Jesucristo, quien la encontró a su advenimiento al mundo glorificada en los altares de la humanidad. Él adhirió a ella su doctrina, esa doctrina recogida en las fuentes de Platón, en esa escuela de Alejandría donde el Asia había derramado a torrentes un mundo de civilización; ¡allí se nutrió la ardiente imaginación del gran maestro del cristianismo, haciendo con sus ideas apocalípticas, la metamorfosis de un hombre en un Dios que han reverenciado durante diez y nueve siglos generaciones de generaciones! (Aplausos). ¡La caridad, señores diputados, ha nacido con el espíritu humano!

Pero bajo todas las apariencias y también tras el velo de poético espiritualismo con que cubren el cuadro de la realidad los impugnadores del dictamen, descubrimos las reglas de la comunidad monástica, con sus votos, sus reglas, su vida común y su obediencia; comunión que tiene organizado el espionaje de las familias, que tiene la denuncia de los actos, que tiene la elección de confesores colocados como un vigía, en el alma de las Hermanas para que revelen a la superiora los secretos de la conciencia, violando el sigilo del confesionario, para saber si alguna mujer abriga tales o cuales ideas que no estén de acuerdo con esa institución jesuítica que está hoy dominando a todas las sociedades. Ya vemos, señores, que es infiel este romántico cuadro que se nos presenta de las Hermanas de la Caridad; es una estafa hecha a la verdad.

El señor Martínez de la Torre ha registrado los libros; ha consultado todos los diccionarios, para probar lo que quiere decir en todas las lenguas «sociedad monástica». Sin embargo, no ha consultado el diccionario constitucional, las crónicas parlamentarias del Congreso Constituyente, donde están reveladas las altas miras de aquellos sabios legisladores. Las Hermanas, ya lo ha dicho un orador, socorren con el dinero de la sociedad mexicana. Reciben ricos donativos. En todas partes se les paga, porque esa caridad la ejercen en los establecimientos del Estado. ¿A dónde está pues la caridad que se paga...?

Como han estado bajo la administración de los ayuntamientos y de personas seculares, durante tantos años los hospitales, los enfermos no han tenido menos auxilio que los que ahora reciben, porque ellos han sido siempre dados por la administración.

Y también se nos presenta como un argumento la bondad personal de las Hermanas, cuando la sociedad que forman, y sus miras, y sus sistema de educación, se oponen sin embozo a los principios reformistas... ¡y a la caridad misma! Sus estatutos les prohíben tocar a los enfermos. Les encomiendan simplemente la administración económica y la política religiosa de los hospitales, y la colecta de la limosna, para ir a sepultar en el cofre insaciable de la casa central de Francia.

Porque estas Hermanas son como esas dragas que se han prohibido en las costas del Pacífico, que arrancan hasta las piedras de cuajo con la concha y con la perla. No, no es la institución de aquel hombre que abrigaba sobre su pecho paternal, al expósito arrojado sobre la nieve de las calles de una ciudad impía.

Ha sido tan insolente la sociedad de San Vicente de Paul, no la que fundó aquel hombre digno que tenía tantas virtudes que convirtieron al renegado a quien fue vendido por los piratas sobre los mares de Marsella, a ese digno sacerdote que vino con una misión del Papa al seno de la Francia, donde fue más tarde el limosnero de Margarita de Valois...

He dicho que es tan insolente esa orden, que amparada a la arrogancia francesa, se ha negado a que el superior, que es un jesuita, resida en la ciudad eterna a pesar de que los estatutos fueron redactados por un Cardenal y santificados por un Pontífice. Les ha parecido que ésta era una abdicación de su poder, que aparecía menguado allí donde reside la Santa Sede, donde el Señor de la Cerdeña ungido Rey de Italia no despierta de su asombro al encontrarse de improviso en el Vaticano, soñando delante de esas ruinas del pontificado que van a alzarse los siglos de la historia para derribarle. (Aplausos.) Pero sean cuales fueren las tendencias de esa institución extranjera, ella entra en las prohibiciones de nuestras leyes, al desarraigarnos de toda esa rémora al adelanto de la Nación, y de todo lo que ha oprimido y vejado al pueblo. No extinguimos a esa corporación por lo que se refiere a la individualidad, ni la sostendríamos por sus virtudes; la Constitución reformista no quiere las corporaciones religiosas y la ley reglamentaria las suprime en un orden enteramente lógico: rechazamos la caridad bajo la forma de los jesuitas.

Los impugnadores del dictamen, han pronunciado la palabra más peligrosa en su contra, porque todos han dicho: «Está atacada la libertad religiosa», luego no es una institución civil, que es lo que vienen sosteniendo para libertarlas de la censura de las Leyes de Reforma.

Todas las demás disposiciones que se nos han citado para formar una tesis teológica contra la ley reglamentaria, son importunas porque cuando toda la República ha aceptado las adiciones constitucionales, ya la comisión no ha tenido más que fórmulas en la ley reglamentaria.

El único argumento que nos ha traído el señor Martínez de la Torre, cuando ya estaba un poco fatigada su imaginación, era el siguiente: nos decía: ¿qué hacemos con esos hospitales, con esos niños que están educando las Hermanas? Yo digo, ¡señor, bendita la hora en que podemos arrancar a esos desgraciados seres que están sujetos a la obediencia ciega de que hablan los estatutos de las Hermanas! Feliz el día en que podemos arrancar de su lado a esa generación que están conquistando por aumentar esas turbas disciplinadas que un día, haciendo resonar otra vez el fatídico grito de «religión» renovarán los horrores cuyo recuerdo nos hacen estremecer de rabia todavía.

Quieren renovar a la generación vencida con la que viene, por eso vemos la actitud irritante del clero. Él, puesto a la sombra de esa impunidad que le da la Constitución está impasible y sombrío, como Felipe II que rezando las vísperas en San Lorenzo del Escorial, no separó sus ojos del breviario cuando recibió la noticia del desastre de la Invencible en los mares de la Inglaterra. (Aplausos.)

¡El clero renueva el combate con una insistencia tenebrosa, provocando un antagonismo desesperado!... En la ciudad federal y frente por frente de ésta, los altos poderes de la nación, monseñor Labastida con su cuadrilla de canónigos en la Catedral, con su tren de pastorales y excomuniones. En cada Estado hay un obispo delante de un gobernador, disputándole su poder y su influencia; en cada pueblo, frente a frente del prefecto, está el cura; en cada familia, contrapuesto a la autoridad del padre está el despotismo de un confesor. (Aplausos.)

Yo, señor, seré profeta como el señor Martínez de la Torre, creo que más tarde del seno de un congreso de la República ha de salir el rayo que extinga ese gobierno de la conspiración eclesiástica.

¿Qué clase de sociedad es ésta en que admitimos frailes que, armados con algunas argucias y escudados bajo la tolerancia de cultos se oponen abiertamente a nuestras leyes y las condenan desde la publicidad de la cátedra hasta el silencio del confesonario?

Tenemos el ejemplo de doscientos ayuntamientos que no han querido protestar las adiciones a la Constitución; merced a los anatemas de la Iglesia católica ha habido multitud de personas que se han resistido a la protesta.

Debajo de estos actos, aparentemente espontáneos, palpita la influencia del clero... El clero duerme, pero duerme como la serpiente. Espera su día como Cromwell; pero entonces, señores diputados, los antiguos soldados de la Reforma dirán, echando al aire sus espadas, lo que los caballeros catalanes: ¡hierro, despierta! (Aplausos).

El orador a quien vengo refiriéndome, decía que un momento de entusiasmo podrá costarnos más tarde un doloroso arrepentimiento. Decía, evocando la historia, que el señor Riva Palacio estaba hecho una Magdalena por haber votado la expulsión de los españoles en el Congreso de 29. (Risas.)

Diré al señor Martínez de la Torre unos cuantos hechos para que comprenda la filosofía de las citas históricas.

Los españoles que habían combatido durante setecientos años por su independencia, esos pobres reyes que habían heredado, no como hoy, los palacios y las riquezas, sino una espada para defender a su patria, vinieron por fin al término de aquel camino ensangrentado durante siete siglos. Cuando el Rey llorón les entregó el último baluarte de la Andalucía, ¿qué fue lo que hizo la España? mandó expulsar a los judíos, y entonces las artes, las ciencias, el comercio, todo se iba con el pueblo árabe, y el mundo decía «España es árabe, es necesario que no se vayan los árabes». Los rudos soldados de Isabel la Católica dijeron: «primero la patria», nosotros nos ilustraremos y nos haremos grandes en el porvenir, salvando a la patria, porque las naciones tienen una vida perpetua, y nos queda tiempo para reivindicarnos ante la historia. (Aplausos.)

La noche del jueves 2 de abril de 1756, si mal no recuerdo, el rey Carlos III habiendo visto que su poder era minado día a día, hizo llamar al conde de Aranda

para consultarle la expulsión de los jesuitas. En aquella noche que he mencionado se verificó la expulsión, y en aquella noche salieron las familias gritando (como hoy se nos quiere hacer creer con la ida de las Hermanas de la Caridad): «Nos quedamos huérfanos, nos quedamos sin escuelas, sin ciencias», porque, haciéndoles justicia, los jesuitas en el siglo pasado eran los hombres de saber, y con sus libros y con su palabra repartían la ciencia a los pueblos.

Entonces decía España: «¡Hay huérfanas que se quedan sin pan, hay niños que se quedan sin educación!...» ¿Qué hizo Carlos III? Dijo: «Primero es la conservación del Estado»; y los jesuitas fueron arrojados de trescientas ciudades del viejo y nuevo continente. (Aplausos.)

¿Qué hizo Felipe el Hermoso, cuando por un espíritu de alta dominación se habían hecho grandes y poderosos los caballeros del Temple? Dijo unas cuantas palabras al oído de Clemente V, quien le proporcionó una bula, y entonces el rey de Francia, el rey cristianísimo, mandó al tormento a sus enemigos, como nosotros hemos acabado con esas turbas de frailes de pestilente memoria.

Quisiera yo que mis recuerdos me ayudaran para demostrar al señor Martínez de la Torre, que en todas partes y en todos tiempos han sido primero la patria y las instituciones, que los intereses puramente personales de una clase cualquiera en una nación. La política en las naciones es el arte de la conveniencia, y a México le conviene la extinción de todas esas instituciones que perpetúan el retroceso y la tiranía: su derecho es indisputable.

Todas las escenas sentimentales que se nos han descrito, formarían el interés de un drama; pero no bastarían a conmover aún a los que velan por la patria, ni el fuerte templo de las leyes.

Cuando la Reforma está adoptada, cuando por medio de sus altas resoluciones han concluido esos focos de corrupción, no es posible que hoy no concluyamos con los restos que aún quedan existentes, merced a la complacencia de nuestros gobiernos; yo creo que si los oradores que defienden este último baluarte del retroceso hubieran estado en el Congreso hace veinte años, evidentemente se habrían opuesto a las exclaustaciones, diciéndonos que se quedarían sin la sopa de los conventos un puñado de pordioseros; si ellos daban a los pobres la sopa, nosotros les regalamos los conventos. (Aplausos.)

Se han pasado catorce años y esta generación, menos sensible que el señor Riva Palacio, no ha llorado aún sobre la expulsión de los frailes; han transcurrido catorce años desde aquel día en que mi humilde palabra cayó como un grano de arena en la balanza donde se pesaba el destino de las comunidades y no aparece todavía entre mis párpados la primera lágrima.

No, nadie ha extrañado a los frailes. Volviendo a mi punto objetivo, diré que se ha puesto un parte de México a la casa central de París, en que se pregunta, no lo que han de hacer las superiores extranjeras, sino esto: «¿Qué hacemos con estas desgraciadas que nos han seguido, y a las que hemos rapado y vestido de máscaras?»

(Aplausos y risas)

«Ya no nos sirven para nada, ya se descompuso la compañía». (Aplausos y risas)

Hay sin embargo, un destino que podría llamarse providencial. Todas las lágrimas que los padres de las Hermanas de la Caridad han derramado sobre los umbrales del convento, al perder una hija para siempre, están cayendo ahora gota a gota sobre estas mismas desdichadas, que arrepentidas y cubiertas de vergüenza, volverán más tarde al hogar paterno a empapar con su llanto los pies de los infelices padres a quienes han atormentado con su abandono. (Aplausos.)

Dejemos al curso de los sucesos la hora indeclinable del arrepentimiento, y ya que nuestros padres cumplieron con su alta misión social, cumplamos con el mandato del pueblo en estas horas solemnes de nuestra existencia política. La Cámara unitaria agoniza; de hoy en adelante las decisiones de vuestra soberanía pasarán por el crisol del Senado, en la constitución de esa entidad creada para equilibrio del poder que habéis ejercido sin más límites que vuestra conciencia.

¡Votad, señores diputados, la ley que provoca este debate, que cuando las Hermanas de la Caridad estén a bordo del vapor y se oiga el cañonazo de leva, responderán nuestras baterías con un adiós fúnebre a esos restos del pasado que esta generación devuelve al Viejo Mundo!... ¡Votad, señores diputados, pronunciad vuestra última palabra en el mundo de la Reforma, que ella será magnífica y sublime como el último canto de la Ilíada!

Notas

[1] Muñoz y Pérez, Daniel. *Conciencia de México*. Don Juan A. Mateos. Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda Crédito Público. México, 15 de enero de 1957. p. 1. <<

[2] Colín, Mario. *Bibliografía General del Estado de México*. Tomo I. Impresos del Estado. Biblioteca Enciclopédica del Estado de México. México, 1963. <<

[3] Paz, Irineo. *Los Hombres Prominentes de México*. México. Imprenta y Litografía de «La Patria». 1888. <<

[4] *El Monitor Republicano*. México, 2 de mayo de 1862. p. 3. <<

[5] *El Monitor Republicano*. México, 11 de septiembre de 1867. p. 3. <<

[6] *Historia Moderna de México. La República Restaurada. La Vida Social.* Por Luis González y González Emma Cosío Villegas y Guadalupe Monroy. México, D. F. p. 798. <<

[7] Morales Díaz, Carlos. *Quién es quién en la nomenclatura de la Ciudad de México*. México, 1962. <<

[8] *El Monitor Republicano*. México, 29 de enero de 1861. p. 4. <<

[9] Magaña Esquivel, Antonio. Juan A. Mateos, Dramaturgo. *El Nacional*. México, 15 de enero y 25 de junio de 1961. <<

[10] *Historia Moderna de México*. La República Restancada. La Vida Social. México, p. 569. <<

[11] *Historia Moderna de México*. El Porfiriato. La Vida Social. Por Moisés González Navarro. México, 1957. pp. 608 y 794. <<

[12] Sánchez, Luis Alberto. *Nueva Historia de la Literatura Americana*. Editorial Guaranía. Asunción del Paraguay, 1950. <<

[13] González Peña, Carlos. *Historia de la Literatura Mexicana*. Editorial Porrúa, S. A. México, 1949. <<

[14] Los Ceros. *Galería de Contemporáneos*. Por Cero. México, Imprenta de F. Díaz de León, Editor. 1882. <<

[15] *El Monitor Republicano*. México, 5 de febrero de 1861. p. 4. <<

[16] Buenrostro, Felipe. *Historia del Segundo Congreso Constitucional de la República Mexicana* que funcionó en los años de 1861, 62 y 63. México. Imprenta Políglota. 1874, p. 143. <<

[17] *Ibid.* T. II. p. 152. <<

[18] *Diario de los Debates*. Séptimo Congreso Constitucional de la Unión. T. III México, 1874. p. 811. <<

[19] *Ibid.* T. III. pp. 811 a 816. <<

[20] *Diario de los Debates de la Cámara de Diputados*. Octava Legislatura Constitucional de la Unión. Tomo III. México, 1880. p. 126. <<

[21] *Revista de Revistas*. México, D. F. 4 de enero de 1914. <<

[22] *El Monitor Republicano*, México, D. F. 8 de febrero de 1856. <<

[23] *El Monitor Republicano*. México, D. F. 20 de Mayo de 1856. <<

[²⁴] *El Monitor Republicano* México, D. F., 23 de mayo de 1856. <<

[25] *El Monitor Republicano* México, D. F. 29 de mayo de 1856. <<

[26] *El Monitor Republicano*. México, D. F. 9 de noviembre de 1871. <<

[27] *El Monitor Republicano*. México, D. F. 19 de noviembre de 1871. <<

[28] *El Monitor Republicano*. México, D. F. 5 de diciembre de 1871. <<

[29] *El Monitor Republicano*. México, D. F., 20 de agosto de 1872. <<

[30] *El Monitor Republicano*. México, D. F. 17 de septiembre de 1872. <<

[31] *El Monitor Republicano*. México, D. F. 2 de noviembre de 1872. <<

[32] *El Monitor Republicano*. México, D. F., 3 de diciembre de 1872. <<

[33] *El Monitor Republicano*. México, D. F. 2 de enero de 1873. <<

[³⁴] *El Monitor Republicano*. México, D. F. 19 de marzo de 1873. <<

[35] *El Siglo Diez y Nueve*. México, D. F. 3 de abril de 1875. <<

[36] *El Monitor Republicano*. México, D. F. 9 de julio de 1873. <<

[37] *El Monitor Republicano*. México, D. F. 11 de julio de 1873. <<

[38] *El Monitor Republicano*. México, D. F. 20 de agosto de 1873. <<

[39] *El Correo del Comercio* México, D. F. 1.º de marzo de 1874. <<

[40] *El Correo del Comercio*. México, D. F. 5 de mayo de 1874. <<

[41] *El Correo del Comercio*. México, 7 de mayo de 1874. <<

[42] *El Monitor Republicano*. México, D. F. 11 de noviembre de 1874. <<

[⁴³] *Diario de los Debates* México, D. F. Tomo III 1874. pp. 811-816. <<